

PLAN TEC

Plan Total de la Evangelización Completa

Lectura formativa y misional
del Nuevo Testamento

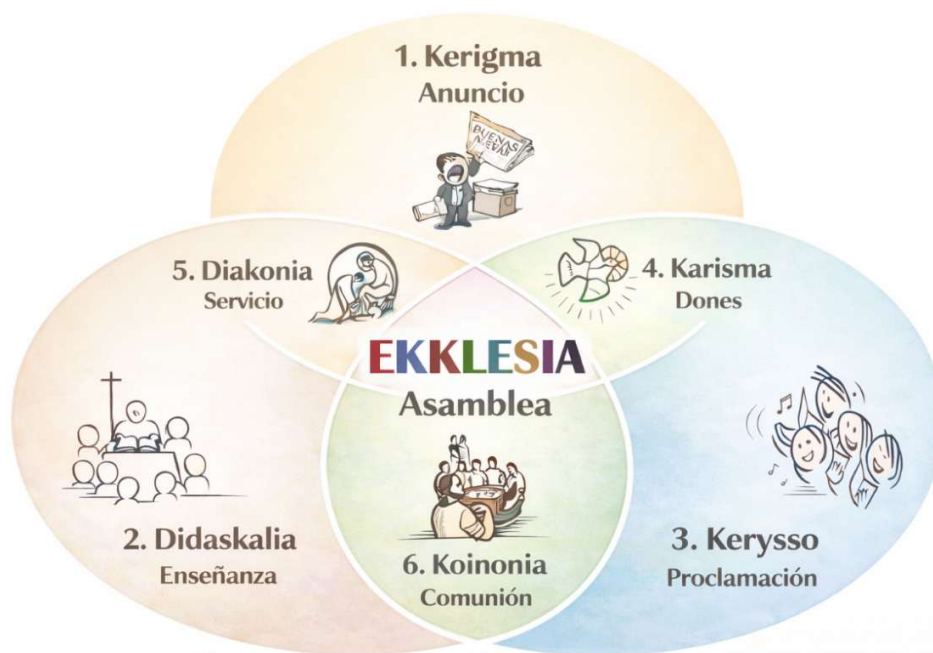
Ricardo Rubio
2026

Contenido

Hexagrama misional.....	5
Presentación.....	7
Introducción.....	11
La misión de formar y enviar discípulos.....	15
Estructura misionera del Nuevo Testamento.....	19
Plan Total de la Evangelización Completa - Plan tec -.....	25
Formación de discípulos según el Plan Total de la Evangelización Completa.....	33
¿Por qué el Nuevo Testamento tiene estos 27 libros y no otros?	43
¿Para qué el Nuevo Testamento tiene estos 27 libros y no otros?	51

Los seis componentes que integran el Plan Total de Evangelización Completa - Plan Tec -.....	63
I. Mateo como Didaskalia. Un curso de educación cristiana.....	71
II. Marcos como Diakonía. Un tratado de conciencia social.....	97
III. Lucas como Kerysso. Un culto de adoración y predicción.....	123
IV. Juan como Kerigma. Un plan de evangelismo.....	149
V. Hechos de los apóstoles como Karisma. Las acciones del Espíritu santo.....	175
VI. Cartas apostólicas y apocalipsis como Koinonía. Para guiar a la iglesia a vivir en comunidad.....	201
Conclusiones.....	227
Operatividad Instrumental.....	231
Cuestionario - evaluación del hexagrama misional.....	237
Hexagrama Misional.....	241

Hexagrama Misional



No fuimos llamados a preservar la Iglesia, sino a desplegar la misión. Porque la Iglesia que no se envía se detiene, pero la que nace del Kerigma, se educa en la Didaskalía, se proclama en el Kerysso, se enciende en el Karisma, se hace carne en la Diakonía y permanece en la Koinonía, esa no puede ser contenida, sino que se convierte en eco de Dios que envía hasta el último rincón de la historia.

Cuando la misión se integra, la Iglesia se libera. No para engrandecer su nombre, sino para encarnar el Nombre sobre todo nombre. Así, el ciclo se cierra sólo para volver a abrirse, porque el Espíritu no concluye caminos, sino que inaugura futuros, donde Cristo será plenitud en todas las cosas.

Medimos la misión para obedecerla, no para poseerla. Y obedecemos la misión para compartirla, no para controlarla. Porque la Iglesia es de Cristo, la misión es de Dios, y el movimiento es del Espíritu Santo. A nosotros nos queda la dicha y la responsabilidad de ser, simplemente, testigos de su envío.

El hexagrama nos da el mapa; el Nuevo Testamento nos da la voz; el Espíritu nos da el fuego. Pero Cristo nos da el envío. Por eso la misión no termina aquí; apenas comienza en quienes la viven.

Presentación

Los seis componentes de la vida, de la existencia y sobre todo del evangelio de la vida, son los siguientes: enfocarse en lo positivo, aprender y enseñar, festejar y celebrar, ser carismático, servir siempre y mantenerse en relación.

He comprobado, a través de mi experiencia, que el hexagrama misional de los seis componentes o ejes fundamentales, que voy a presentar en este libro, cuando se integran a la mente, rompe límites, nuevas posibilidades afloran en el pensamiento, se alcanza la libertad y se descubre el ideal de la vida, de una manera tan extraordinaria, que nada es imposible.

Cuando se aplica el hexagrama, además de hacer posible una vida despierta, viva y consciente, todo se hace fácil, simple y factible. Son seis componentes impulsadoras de las ideas que nacen de la mente y de los deseos del corazón.

La Iglesia no hubiese podido ser el signo del cuerpo de Cristo, si no es por el entendimiento y la razón simbólica humana. Este proyecto se compone de seis elementos sistemáticamente integrados, los cuales funcionan de manera sincronizada para

completar el proceso de madurez en cada creyente y la fructífera acción de la Iglesia. Aquí comienza el descubrimiento del cuerpo de Cristo y, al mismo tiempo, de nuestra identidad: *“Pues Dios trabaja en ustedes y les da el deseo y el poder para que hagan lo que a él le agrada”* (Filipenses 2:13).

La evangelización es el anuncio y la vivencia de los componentes del reino: anuncio, enseñanza, adoración, fructificación, servicio y comunión. Los discípulos fueron enviados al mundo, de la misma manera como Jesús fue enviado por el Padre (Juan 17:18). Por consiguiente, la Iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios 1:22-23), así como Cristo es el cuerpo visible de la Palabra de Dios: *“el que me ha visto a mí, ha visto al Padre”* (Juan 14:9).

El apóstol Pedro resumió la vida de Jesús con las siguientes Palabras: *“Cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret, con el Espíritu Santo y con poder, el cual anduvo haciendo bien, y sanando a todos los que estaban oprimidos del diablo; porque Dios era con él”* (Hechos 10:38); una vida de servicio empoderada por Dios.

Por consiguiente, el mensaje de Jesús no fue promover su fama (Lucas 4:14), ni su vida, ni sus hechos (Mateo 9:30), sino la instalación del reino de los cielos (Lucas 22:29-30) y de su reinado en el mundo: *“Sepa, pues, certísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús que vosotros habéis crucificado”* Hechos 2:36). Por tanto, hay que aceptar a Jesús.

En efecto, la evangelización consiste en seguir continuamente anunciando y propagando el mensaje de Jesús. La evangelización es el verdadero testimonio de los creyentes en Cristo (Juan 15:26-27). Jesús fue un testigo de su mensaje y los que aman su

testimonio son los únicos que lo reconocen: *“Díjole entonces Pilato: ¿Luego rey eres tú? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”* (Juan 18:37). Jesús tiene toda la autoridad y potestad.

El cuerpo perdido es una estructura viviente, conformada por elementos estrictamente bien ubicados. Por eso, el cuerpo de Cristo se compara a una edificación, pues usando los mismos elementos de la manera como se estructuren, forman lo que el arquitecto quiere hacer:

Con ladrillos, arena, cemento, hierro, agua y madera, se puede construir un puente, un castillo, una escuela o una casa. Igualmente sucede con el cuerpo. Los órganos que conforman el cuerpo, si no están todos y en su lugar adecuado, forman cuerpos deformados y fenómenos de proporciones anormales. Sería un cuerpo perdido. Por tanto, hay que guardar el orden y el propósito de Dios para estructurar la Iglesia.

El reino de los cielos tiene un orden diseñado por Dios. Hay una entrada (Mateo 4:17); se produce un cambio (Romanos 12:2), en el significado y el sentido de percibir a Dios, para hacer su voluntad con nuestro cerebro espiritual (Romanos 14:17). Luego viene el comienzo del reino de Dios, que consiste en cultivar la vida interior, lo cual no es un suceso, sino un proceso, que se logra guardando su Palabra (Juan 14:23).

El reino de los cielos es el fruto de un trabajo continuo: *“Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora obra, y yo obro”* (Juan 5:17). El reino de Dios se construye entre nosotros, como un cultivo. Se

quita y se destruye la maleza, se remueve la tierra entre fértil y árida, luego se siembra la semilla, entre buena y mala, después hay que esperar, porque Dios obra en lo oculto, como lo explicó Jesús mediante las parábolas de la semilla que crece y del grano de mostaza (Marcos 4:26-34).

Porque cuando se trata de la evangelización, no sólo se refiere a cierta disponibilidad o voluntariedad al servicio de la obra de Dios, sino de entregarse por completo a la misión evangelizadora, entendiendo y aplicando los siguientes seis componentes del reino: *Kerigma*, *Didaskalia*, *Kerysso*, *Karisma*, *Diakonía* y *Koinonía*. La Iglesia es evangelizadora por naturaleza y evangelizar es formar y enviar discípulos para la transformación del mundo (Disciplina #120).

Introducción

En 1995, durante diversos encuentros de capacitación continua, comencé a notar que algunos expositores recurrían al uso de ciertos términos griegos, para enriquecer sus enseñanzas, particularmente al citar o explicar pasajes bíblicos. Movido por la curiosidad académica, bíblica y espiritual, empecé a registrar esas palabras, a indagar en sus significados y a estudiar sus matices lingüísticos y teológicos.

Lo que inició como un ejercicio personal de anotación, pronto se transformó en un proceso de descubrimiento: el mensaje bíblico comenzó a revelarse ante mí con una claridad estructurada, casi progresiva, como si se corriera un velo. Primero fueron dos términos, luego cuatro, hasta que finalmente identifiqué seis conceptos que, con el tiempo, se convirtieron en ejes de mi comprensión teológica y práctica ministerial: *kerigma*, *didaskalia*, *kerysso*, *karisma*, *diakonía* y *koinonía*.

Tras incorporarme a la Iglesia Metodista Unida, advertí que cuatro de estos términos ya estaban presentes en el lenguaje y praxis ministerial de la denominación. Posteriormente, hallé en los escritos de Juan Wesley la centralidad del *karisma* en la

manifestación del Espíritu Santo y de la *koinonía* en la dinámica organizativa de la Iglesia. Ese reconocimiento me llevó a integrar los seis componentes o ejes fundamentales en un proyecto ministerial que inicialmente denominé “Nuestro Ministerio”, marco conceptual desde el cual escribí cinco libros sobre el tema, otro dedicado a la espiritualidad misional y uno más orientado a la vivencia de la fe en la sociedad.

Mi aspiración era completar la visión articulada de los seis elementos en un sólo ciclo integral. Fue entonces cuando el Nuevo Testamento se convirtió en mi hoja de ruta: primero de forma embrionaria, luego con mayor nitidez, hasta consolidarse en un modelo teológico y misional de carácter cíclico y formativo.

En ese proceso, surgió también el impulso de documentar historias de iglesias locales mediante videos testimoniales. Para facilitar esta etapa misional, adquirí un vehículo recreativo (Motor Home / RV) que me permitió recorrer distintas congregaciones y registrar sus relatos comunitarios. En junio de 2025 renuncié a mi cargo pastoral, y entre julio y septiembre de ese mismo año me dediqué a la fase de planeación del proyecto. A partir del 14 de octubre de 2025, comencé la etapa de desarrollo intensivo, que culminó el 19 de diciembre de 2025, tras semanas de trabajo ininterrumpido, día y noche.

El resultado de ese recorrido espiritual, teológico e investigativo es el proyecto que hoy presento como el Hexagrama Misional de las Seis Dimensiones de la Misión, un modelo que articula el propósito formativo y de envío de Cristo a través de

seis ejes misionales, mapeados en correspondencia con los 27 libros canónicos del Nuevo Testamento.

Diversos autores han propuesto explicaciones sobre la configuración cuádruple del canon neotestamentario. Para algunos biblistas y teólogos, las figuras están vinculadas con el texto de Ezequiel 1:5-14, en donde a Lucas lo relacionan con el toro, porque comienza con la presencia en el templo. Marcos con el león, puesto que empieza en el desierto. Mateo con el hombre, dada la genealogía. Juan con el águila, porque tiene una mirada más profunda de la vida, obra y acontecimientos. Otros, comparan a los cuatro evangelios con los cuatro puntos cardinales señalando que cubren toda la tierra. También hay quienes identifican los cuatro evangelios con sus destinatarios culturales de la época: Mateo para los judíos, Marcos para los romanos, Lucas para los griegos y Juan para los helenistas.

Según la crítica bíblica, en el análisis de sus libros, se identifican patrones simbólicos en el uso del número siete en las cartas paulinas, siete originales, siete atribuidas a su autoría y siete universales. En el Apocalipsis las figuras de siete iglesias, siete copas y siete trompetas, representando el juicio de Dios, el llamamiento al arrepentimiento a través de mensajes proféticos del fin de los tiempos. Tanto las trompetas como las copas se refieren al llamado que hace Jesús para que los creyentes den razones de la fe antes del fin. Las siete iglesias representan a las comunidades de fe de todas las iglesias del mundo.

No obstante, hasta donde alcanza mi investigación, ningún autor anterior o modelo hermenéutico previo, había integrado el

canon del Nuevo Testamento, desde la lógica interna de seis dimensiones misionales, en un sólo sistema teológico, formativo y diagnóstico. Este es mi aporte original, en cuanto que es una herramienta para diagnosticar el estado de la iglesia local. Dicha integración se expresa del siguiente modo:

1. *Kerigma, Juan: anuncio de Cristo y del Evangelio.*
2. *Didaskalia, Mateo: formación y educación cristiana.*
3. *Kerysso, Lucas: proclamación y predicación del mensaje.*
4. *Karisma, Hechos de los Apóstoles: manifestación y activación de los dones del Espíritu Santo.*
5. *Diakonia, Marcos: servicio práctico y compromiso social.*
6. *Koinonía, Cartas y Apocalipsis: unidad, comunión y organización del cuerpo de Cristo.*

Al converger estas seis dimensiones en un sólo ciclo integral, emerge la séptima figura implícita: la Iglesia, no como un eje aislado, sino como el fruto vivo y dinámico de la integración misional. La misión forma, el Espíritu guía, la comunidad encarna, y la Iglesia es enviada.

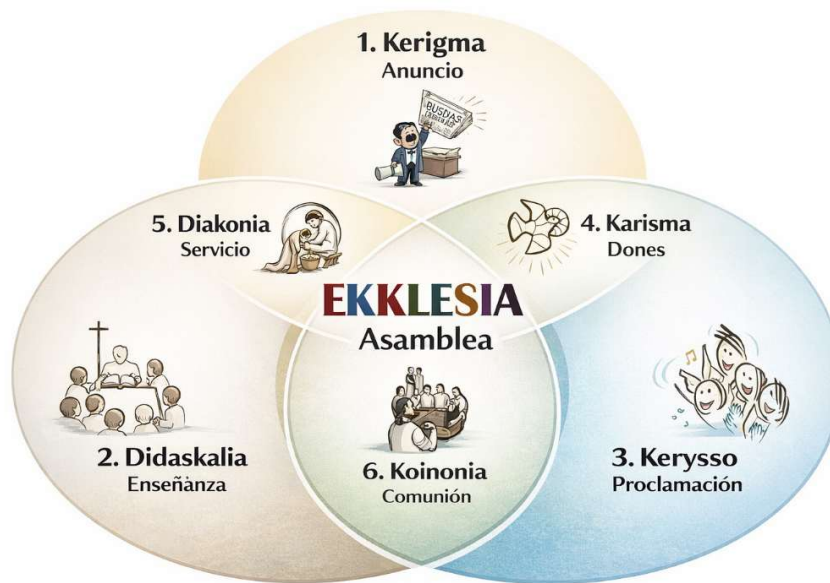
La misión de formar y enviar discípulos

La misión surge de la intención deliberada de Jesús de enviar a sus discípulos al mundo: “*vayan, hagan discípulos, bauticen, enseñen, testifiquen, pastoreen*” (Mateo 10:5-16; Marcos 6:7-13; Lucas 10:1-20; Juan 20:21). La misión divina es el fundamento de este libro. Jesús forma discípulos que encarnen su vida, vivan sus enseñanzas y participen en su misión de transformar el mundo (Disciplina #120).

El diseño de Jesús fue claro: revelar al Padre, *kerigma* (Juan 1:18). Formar discípulos, *didaskalia* (Mateo 28:18-20). Mostrar su soberanía, *kerysso* (Lucas 4:18-19). Servir con valor, *diakonía* (Marcos 10:45). Dar testimonio, *karisma* (Hechos 1:8). Organizar su asamblea, *koinonía* (Efesios 2:19-22). El fin es extender el reino βασιλείας, *basileías* (Mateo 24:14) a través de la reconciliación, καταλλαγῆς, *katallagês* (2 Corintios 5:18-20). El plan es guiar al creyente a creer y a participar en la formación, acompañamiento y envío.

La misión de la Iglesia se entiende, cuando se accionan seis dimensiones bíblicas en un camino integral, que bebe de la enseñanza del Nuevo Testamento: *kerigma*, *didaskalia*, *kerysso*,

karisma, diakonía y koinonía. Cada dimensión o eje fundamental expresa un aspecto de esa intención original de Jesús y describe cómo la Iglesia es formada por la Palabra, orientada por el Espíritu y enviada al mundo a extender el evangelio.



Estas seis dimensiones no son categorías inventadas; emergen de la forma en que el Nuevo Testamento presenta el proceso misional, desde el anuncio de Jesús hasta la vida plena de la Iglesia. A través de una lectura atenta, descubrimos que la misión cristiana avanza en un movimiento integral, compuesto por seis ejes fundamentales:

1. Kerigma es el impulso de anunciar y Juan nos recuerda el fuego ardiente del primer amor, el encuentro que enciende la noticia de Jesús y de su misión. Es la revelación del Hijo que llama a creer y a proclamar lo visto y oído.

2. Didaskalia es el proceso de enseñar que forma estudiantes obedientes. La postura de Mateo es la enseñanza que discipula y ordena la vida en el Reino.

3. Kerysso es la predicación que aviva y fortalece al pueblo de Dios. Lucas refleja la proclamación que convoca, interpela y llama al arrepentimiento.

4. Karisma es el don que impulsa y habilita la misión. Los Hechos de los Apóstoles cuenta la vida en el Espíritu Santo que capacita y empodera para la misión.

5. Diakonía es el servicio que toca la necesidad del prójimo. Marcos recoge el servicio que encarna el evangelio y lleva el Reino a las necesidades del mundo.

6. Koinonía manifiesta la unidad de la fe. Las Cartas y el Apocalipsis, exhortan a la asamblea de fieles en una comunidad que sostenga, integre y envíe a sus integrantes del cuerpo formado y guiado por Cristo.

Estas seis dimensiones forman un mapa completo de la misión. No son etapas lineales, sino realidades interdependientes que deben mantenerse en equilibrio. Cuando una iglesia sólo enfatiza una de ellas, por ejemplo, la proclamación sin enseñanza, o la enseñanza sin servicio, o el servicio sin vida en el Espíritu, su misión pierde fuerza, claridad y profundidad. En cambio, cuando estas dimensiones se integran, la Iglesia vive su llamado con plenitud bíblica.

Este modelo de seis ejes, permite a los líderes diagnosticar la salud misional de su iglesia, identificar fortalezas y áreas de

crecimiento, y establecer un camino de renovación. Pero, más que un método, es una invitación a regresar a la Palabra, a ver lo que Jesús hizo, lo que enseñó, lo que proclamó, cómo sirvió, cómo formó comunidad y cómo envió a sus discípulos.

Medir la misión, no es cuantificar la obra de Dios, sino reconocer sus huellas. Es observar dónde estamos y hacia dónde nos llama el Espíritu. Es ayudar a la Iglesia a mirar la Palabra con nuevos ojos, discernir sus seis dimensiones y dejarse orientar por los ejes de la misión, para cumplir con fidelidad el mandato de Cristo en nuestro tiempo.

Este enfoque de las seis dimensiones de la misión de ninguna manera es una verdad final, sino una herramienta para el diálogo y el discernimiento. Que cada lector pueda tomar lo que edifique su fe, lo que ilumine su ministerio y lo que refuerce su pasión por la misión que Jesús nos encomendó. Que el Señor, que llamó a su Iglesia a llevar el Evangelio a toda persona y a toda cultura, nos guíe mientras avanzamos en este viaje de redescubrimiento de la misión de la Iglesia.

Hasta dónde llega el estado actual de la literatura pastoral, nuestro modelo de las seis dimensiones de la misión no copia ni se deriva directamente de ningún marco previo, lo cual nos permite afirmar con veracidad:

Este libro presenta una propuesta original de lectura misional del Nuevo Testamento en seis dimensiones.

Estructura misionera del Nuevo Testamento

Este proyecto muestra que las seis dimensiones de la misión forman la estructura pastoral y misionera del Nuevo Testamento. Este esquema de seis componentes refleja la misión de Jesús, que nace de la revelación divina. En ningún momento dichos ejes son para formar una institución, fundación o empresa humana, ya que el modelo de las seis dimensiones: *kerigma*, *didaskalia*, *kerysso*, *karisma*, *diakonía* y *koinonía*, surge directamente del diseño bíblico.

No es una estructura impuesta al texto, sino una lectura pastoral que emerge de la propia lógica del Nuevo Testamento. Cada dimensión refleja un énfasis fundamental en la vida de la Iglesia y juntas forman un marco integral que describe cómo Dios hace avanzar su obra en el mundo.

1. *La misión comienza con la revelación y el anuncio (kerigma).* El evangelio no es una doctrina ni una ética. Es la voz de Jesús impulsando la misión: La misión nace de oír la voz de Jesús (Juan 10:27; 10:27; 12:26). El envío es explícito: “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Juan 17:18; 20:21). El poder misional es soplado por Jesús y confirmado por el

Espíritu (Juan 20:22). El propósito es ir y dar fruto (Juan 15:16). La iglesia continúa el movimiento del envío del Padre al Hijo y del Hijo a los discípulos (Juan 20:21; 17:18) y los discípulos son fieles testigos: *“este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías, que traducido es, el Cristo”* (Juan 1:41). Es un encuentro con Cristo, que abre la obra misionera: *“lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos”* (1 Juan 1:1:3).

2. *La misión continúa con la enseñanza formativa (didaskalia).* Jesús no sólo predicó: *“vayan y proclamen”* (Mateo 10:7), sino que también educó: *“enseñen a obedecer todo lo que les he mandado”* (Mateo 28:20). La enseñanza produce raíces y frutos permanentes en el creyente. La *didaskalia* forma discípulos: el Sermón del Monte, las parábolas, la ética del Reino, la instrucción apostólica y la edificación de la iglesia. La misión requiere revelación y formación, anuncio y obediencia. Por eso la *didaskalia* es una dimensión teológica indispensable.

3. *La misión se expresa mediante la proclamación pública (kerysso).* El Nuevo Testamento destaca la proclamación pública. Jesús *“predicaba”* (kerysso) con autoridad (Lucas 4:18). Los apóstoles fueron enviados: *“y nos mandó que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos”* (Hechos 10:42). La predicación es esencial en la expansión del evangelio (Romanos 10:14-17). El *kerysso* es la voz profética del Reino: convoca, confronta, dirige, e invita a responder. La fe crece mediante la proclamación pública de la verdad que transforma.

4. *La misión es impulsada y sostenida por el Espíritu (karisma).* Los discípulos no pueden avanzar “*hasta que sean revestidos de poder*” (Lucas 24:49). La misión es guiada, empoderada, dirigida y realizada por el Espíritu Santo. Los dones espirituales (*karisma*) capacidades dadas para la obra del evangelio (1 Corintios 12; Romanos 12). La misión cristiana es posible con poder, discernimiento, sabiduría, valentía y dirección espiritual. La misión es divina en origen, en medios y en resultados.

5. *La misión se encarna en servicio (diakonía).* Jesús no sólo enseñó y predicó: sirvió. Su vida entera fue diaconía (Marcos 10:45). El Nuevo Testamento presenta el servicio como manifestación tangible del evangelio (Gálatas 5:13; Santiago 2:14–17; 1 Pedro 4:10). La diaconía es la dimensión que conecta el evangelio con las necesidades reales del mundo. Expresa la encarnación, la compasión del Reino, la justicia de Dios, la misericordia divina. Sin servicio, la misión queda incompleta.

6. *La misión se vive y se reproduce en comunidad (Koinonía).* La misión es tarea en equipo. El Nuevo Testamento presenta la Iglesia como cuerpo (1 Corintios 12), como familia (Gálatas 6:10), como casa espiritual (1 Pedro 2:5) y como pueblo enviado (Juan 20:21). La *koinonía* es donde se forma, se sostiene y se envía al discípulo. La comunidad: edifica, corrige, anima, envía, sostiene y celebra. Sin *koinonía*, las otras dimensiones se dispersan, ya que ancla la misión en la identidad eclesial y es el instrumento de Dios para la misión.

7. *Las seis dimensiones son un movimiento de unidad.* No compiten entre sí; se complementan: El anuncio sin enseñanza no

forma. La enseñanza sin proclamación no convoca. La proclamación sin Espíritu no transforma. El poder sin servicio se deforma. El servicio sin comunidad se agota. Y la comunidad sin misión se cierra. Estas seis dimensiones surgen del mismo Cristo, están capacitadas por el mismo Espíritu Santo y se expresan en la misma Iglesia. Las seis dimensiones juntas, continuamente activas, ofrecen un marco integral para entender la misión plenamente bíblica. Este sistema de *las seis dimensiones* permite ver la misión en una obra completa en Cristo, viva por el Espíritu y compartida por la Iglesia en la actualidad.

Ahora lo que nos corresponde hacer es:

Leer para conocer a Dios: en la Biblia se descubre el carácter de Dios, sus promesas y su plan de salvación. Meditar en los evangelios y en las cartas apostólicas, nos lleva a profundizar en la relación con Jesús. Un ejercicio práctico, es dedicar un tiempo diario a la lectura y a la reflexión de la Palabra.

Comprender para transformar la vida de fe: Estudiar la Palabra y reflexionar sobre su significado práctico, su mensaje lleva a los creyentes a entender el contenido bíblico. Por eso es importante preguntar, discutir y aprender en comunidad para profundizar en la fe. Un ejercicio efectivo, es asistir y participar en grupos de estudio bíblico o de discipulado.

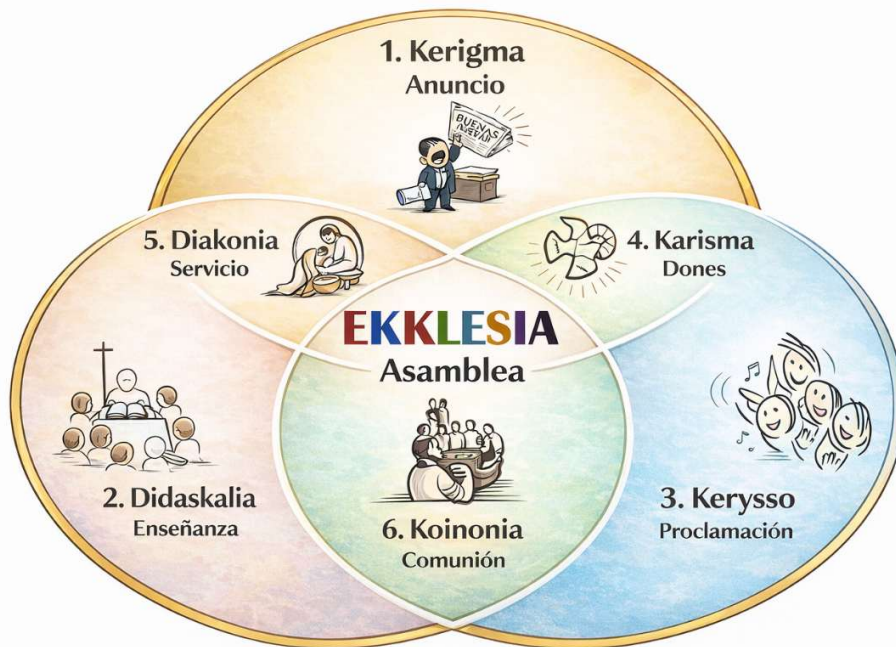
Enseñar para testificar a Dios según su Palabra: Aplicar la enseñanza bíblica a la vida diaria, nos ayuda a formar una sana ética, a tomar decisiones, a establecer relaciones y a prestar el servicio oportuno. Hay que permitir que la Palabra transforme nuestra forma de pensar, de sentir y de actuar. Un

ejercicio práctico, es usar principios bíblicos para resolver conflictos o guiar nuestra conducta en el trabajo y en la familia.

Al tener un amplio conocimiento del mensaje bíblico, nos lleva a participar activamente en la misión de evangelizar en el ambiente donde estemos, que nos impulsa a compartir el evangelio con palabras y acciones. Al comprender la Biblia, se nos facilita enseñar a otros la Palabra de Dios, hacer discípulos y servir a la comunidad. Un ejercicio práctico, es invitar a alguien a un estudio bíblico, ayudar a los necesitados y testificar de nuestra experiencia con Cristo, a los nuevos creyentes.

En resumen, el contenido del Nuevo Testamento nos da herramientas para conocer a Dios personalmente, profundizar en la fe y comprender la verdad del evangelio, nos permite transformar nuestra vida según su Palabra. Podemos ver más posibilidades de compartir el mensaje de salvación y participar en la misión global de Dios. En pocas palabras: leer, entender, vivir y enseñar la Biblia, sirve para formar discípulos y cumplir el plan total de Dios en el mundo.

Plan Total de la Evangelización Completa - PLAN TEC -



El Plan Total de la Evangelización Completa, Plantec, se refiere a la visión integral con la que Dios conduce la misión de anunciar el evangelio. Plantec abarca todo el mensaje bíblico del plan de salvación, propuesto por Dios por medio de Jesucristo, incluyendo a todas las personas, en todas sus dimensiones de la vida y en todas las etapas del proceso de hacer discípulos de Jesucristo para la transformación del mundo.

El Plan Total de la Evangelización Completa describe el propósito misional de Dios (*missio Dei*) que integra que toda la revelación del evangelio (creación, caída, redención, restauración). Todo el ministerio de la iglesia (proclamación, servicio, discipulado, justicia). Todo el ser humano (mente, corazón, voluntad, relaciones y vocación). Toda la misión de Cristo (encarnación, cruz, resurrección, envío del Espíritu y establecimiento del Reino). Es una visión donde la evangelización no es sólo “proclamar un mensaje”, sino acompañar a las personas hacia una vida transformada bajo el señorío de Cristo.

Llamamos Plan Total de la Evangelización Completa, Plantec, a la estrategia divina, revelada en la Escritura y continuada por la Iglesia, mediante la cual Dios busca alcanzar y restaurar al ser humano en todas sus dimensiones. Este plan integra la proclamación del evangelio, la formación espiritual, la transformación comunitaria y la manifestación del Reino de Dios en toda cultura y en todo lugar.

La evangelización completa, forma parte del plan total de Dios mediante la obra del Espíritu Santo, quien convence, regenera, transforma y envía. No se trata sólo de comunicar verdades, sino de cooperar con el Espíritu en la formación de discípulos que encarnan el evangelio en la vida cotidiana.

Plantec es la participación de la iglesia en la misión global de Dios, abarcando la proclamación del evangelio, la compasión hacia el necesitado, la denuncia del mal y la transformación cultural. Involucra a toda la Iglesia, llevando todo el evangelio a todo el mundo y a toda persona:

1. *Todo el evangelio: salvación del alma y restauración integral.*
2. *Para toda persona: cultural, social o generacional.*
3. *Para toda la vida: ética, vocación, relaciones y comunidad.*
4. *Para todo el mundo: misión personal, local, global y estructural.*

Basada en Mateo 28:18-20; Hechos 1:8; Efesios 1:9-10: El Plan Total de la Evangelización Completa es el cumplimiento del propósito de Cristo resucitado de hacer discípulos en todas las naciones, llevando su poder, su presencia y su enseñanza a cada pueblo y a cada esfera de la vida, para reunir todas las cosas bajo su señorío.

El Plan Total de la Evangelización Completa, es una visión bíblica de la misión integral. Es la evangelización plena dentro del plan total de Dios. Es todo el evangelio para toda la persona. Es el plan total de Dios en la evangelización. Es la misión de Dios y es el plan total de la evangelización completa.

El Plan Total de la Evangelización Completa es la misión integral de Dios para llevar todo el evangelio a todas las personas y en todas las dimensiones de la vida. El tema es la evangelización como un proceso integral, global y completo dentro del propósito de Dios.

El tema de Plantec, es la comprensión teológica y misional del proyecto total de Dios para anunciar, encarnar y extender el evangelio a nivel personal, comunitario y global:

La evangelización completa no es una actividad aislada de la Iglesia, sino la participación de toda la comunidad de creyentes en el plan total de Dios, cuyo propósito es llevar el evangelio integral,

proclamación, discipulado, transformación y servicio, a todas las personas, en todas las culturas y en todas las dimensiones de la vida, cumpliendo así la misión global de Dios en el mundo.

Integralidad del evangelio: La evangelización no se limita a la conversión individual, sino que abarca mente, corazón, voluntad y comunidad. Incluye proclamación, enseñanza, discipulado, justicia y transformación social.

Alcance universal a toda persona: sin distinción cultural, étnica, social o generacional.

Todo lugar: desde la iglesia local hasta las naciones, reflejando la expansión del Reino de Dios.

Participación de la Iglesia: Cada creyente tiene un rol activo en la misión. La evangelización completa involucra a la comunidad en oración, servicio, testimonio y discipulado.

Base bíblica y teológica: Plantec está fundamentado en la Misión Dei: Dios es el autor de la misión (Mateo 28:18-20; Hechos 1:8; Efesios 1:9-10). La Iglesia coopera con el Espíritu Santo para cumplir el plan total de Dios. Plantec se propone realizar la transformación global y cultural: La evangelización completa busca que la vida de las personas, comunidades y estructuras sociales reflejen los valores del Reino de Dios.

La evangelización completa es la participación integral de la Iglesia en el plan total de Dios, que busca llevar todo el evangelio a toda persona, para que sus vidas sean transformadas por la Palabra, al igual que su ambiente cultural, y así darle cumplimiento al propósito de Jesús en su misión global del Reino.

La evangelización completa es motivar a los creyentes a leer la Biblia, comprender su mensaje y aplicar sus enseñanzas a sus propias vidas, de modo que puedan practicar y compartir el evangelio integral con claridad y convicción, participando activamente en el plan total de Dios para que se implemente la evangelización completa.

Leer la Biblia con el propósito de exponer y conocer el evangelio completo: La lectura constante permite que los creyentes conozcan todo el plan de Dios: creación, caída, redención y restauración. Se relaciona con la tesis de Plantec, porque sólo conociendo el evangelio integral se puede participar en la evangelización completa.

Entender la Biblia para el discernimiento y la aplicación personal de su mensaje: La comprensión permite discernir cómo aplicar el evangelio en la vida propia y en la misión. La tesis de Plantec, enfatiza que la evangelización es integral, es el conocimiento con aplicación concreta a la vida.

Enseñar y compartir la Biblia es la evidencia de la participación en la misión: Compartir el mensaje de salvación es la forma práctica de cumplir el plan total de Dios. Enseñar a otros refuerza el ciclo de leer, entender, vivir, compartir y hacer discípulos, que es el corazón de la evangelización completa.

El propósito de este estudio es capacitar a los creyentes para que lean la Biblia con entusiasmo, comprendan profundamente su mensaje integral y adquieran la habilidad de enseñar y compartir el evangelio con claridad, participando así activamente en el plan total de Dios para la evangelización completa del mundo.

Leer, entender y enseñar la Biblia para participar en la evangelización completa según el plan de Dios.

La evangelización completa no es simplemente un mandato; es la participación de la Iglesia en el plan total de Dios para alcanzar a todas las personas y transformar toda la vida bajo el señorío de Cristo. Para cumplir este propósito, cada creyente necesita conocer profundamente la Palabra de Dios, comprender su mensaje integral y aplicarlo en su vida cotidiana.

Leer la Biblia con entusiasmo permite descubrir el plan redentor de Dios en su totalidad, entendiendo cómo la creación, la caída, la redención y la restauración se conectan con nuestra vida y misión en la vida de la Iglesia. Al comprender las enseñanzas bíblicas, se fortalece la fe y el discernimiento, preparándonos para enseñar y compartir con claridad el mensaje de salvación cristiano.

De esta manera, leer, entender y enseñar la Biblia no sólo enriquece la vida personal del creyente, sino que también lo capacita para participar activamente en la evangelización completa, cumpliendo el propósito de Dios de llevar todo el evangelio a toda persona en todas las culturas y contextos.

Este estudio busca, por tanto, motivar y equipar a los creyentes para que la Palabra de Dios se convierta en la base de su vida y en la fuerza impulsora de su misión en el mundo.

La evangelización completa es más que un mandato; es la participación de cada creyente en el plan total de Dios para llevar todo el evangelio a toda persona. Para ser parte de esta

misión, necesitamos leer la Biblia con entusiasmo, comprender su mensaje y compartirlo con claridad. La Palabra de Dios nos revela el plan redentor de Cristo en toda su amplitud y nos capacita para vivir y enseñar el evangelio de manera integral.

Viviendo el evangelio en su totalidad, no sólo transformamos nuestra vida, sino que nos convertimos en instrumentos activos del Reino, llevando la salvación y la esperanza de Cristo a quienes nos rodean.

Este estudio busca motivar y equipar a los creyentes para que la Biblia sea la fuente de su fe, su guía en la vida y su herramienta para cumplir la misión de Dios en el mundo.

El mandato de hacer discípulos de Mateo 28:18–20: *“Id y haced discípulos...enseñándoles”* y Hechos 1:8 con el poder del Espíritu Santo para testificar, define el papel de la Iglesia, que consiste en que cada creyente participe en la misión de la comunidad como vehículo de enseñanza y transformación.

La evangelización completa, como participación en el plan de Dios, es el llamado y la invitación a que los creyentes sean lectores, estudiantes y maestros de la Biblia: *“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, entrégalo a hombres fieles que sean capaces de enseñar también a otros”* (2 Timoteo 2:2).

Formación de discípulos según el Plan Total de la Evangelización Completa

Relacionar cada una de las seis dimensiones de la misión, con un libro específico del Nuevo Testamento, es muy interesante para quienes buscan enseñanza aplicada de la Biblia y no sólo teoría teológica. Es muy atractivo para los creyentes que quieren acción misionera y formación espiritual práctica, más que estudios académicos formales.

En esta parte de Plantec, se presenta una propuesta completa, lista para usar en cada iglesia local o grupo de discipulado. Está organizada por módulos (uno por cada componente de Plantec), con objetivos, textos bíblicos, contenidos, dinámicas y aplicación práctica.

La propuesta es ayudar con la formación de discípulos comprometidos con la misión integral de Jesús: anunciar, enseñar, predicar, testificar, servir y enviar, viviendo con pasión el Evangelio en todas las dimensiones de la vida.

Estructura general del programa:

Duración sugerida: *6 semanas (una por módulo)
o seis sesiones intensivas.*

Modalidad: *presencial o virtual.*

Método: *exposición bíblica + reflexión
grupal + práctica misionera.*

Meta: *que cada participante llegue
a ser un discípulo capaz de
leer, entender, aplicar y en-
señar la Biblia, según el mo-
delo de Jesús.*

Módulo 1:

Kerigma - el encuentro con Jesús

Tema central: *El impulso de ANUNCIAR al Cristo vivo.*

Texto base: *1 Juan 1:1-3.*

Objetivo: *Redescubrir la experiencia personal del encuentro con Jesús como fuente del anuncio del Evangelio.*

Contenido:

- *Qué es el kerigma: el anuncio original de la fe cristiana.*
- *Testimonio de los apóstoles: “Lo vimos, lo oímos, lo tocamos”.*
- *El anuncio como fruto del encuentro personal con Cristo.*

Dinámica: *Testimonio personal: “Mi encuentro con Jesús.”*

Aplicación: *Cada participante escribe y comparte su historia de fe en un breve testimonio de tres minutos.*

Módulo 2:

Didaskalia - el conocimiento cristiano

Tema central: La misión de ENSEÑAR la Palabra.

Texto base: Mateo 28:20.

Objetivo: Comprender que el discipulado implica enseñar en su Totalidad, la verdad de Cristo con fidelidad y amor.

Contenido:

- *Jesús, el Maestro por excelencia.*
- *La enseñanza como manera de formar carácter cristiano.*
- *Métodos de enseñanza bíblica en la comunidad.*

Dinámica: Lectura grupal del Sermón del Monte (Mateo 5-7).

Aplicación: Preparar una breve lección bíblica para compartir en el grupo.

Módulo 3:

Kerysso - el mensaje del reino

Tema central: El llamado a PREDICAR la Buena Noticia.

Texto base: Lucas 4:18-19 y Lucas 4:43-44.

Objetivo: Despertar el entusiasmo por proclamar en su totalidad el Evangelio con convicción y gozo.

Contenido:

- La predicación del Reino en labios de Jesús.
- El poder transformador del Evangelio.
- La predicación con palabras y con la vida.

Dinámica: Dramatización de una parábola de Jesús.

Aplicación: Escribir una breve predicación o un corto mensaje de cinco minutos.

Módulo 4:

Karisma - el testimonio del creyente

Tema central: La responsabilidad de TESTIFICAR con integridad y convicción.

Textos base: Lucas 24:48 y Hechos 1:8.

Objetivo: Entender que el testimonio del discípulo da credibilidad al mensaje del Evangelio.

Contenido:

- El Espíritu Santo y el testimonio cristiano.
- Carismas: dones y frutos del Espíritu para la misión.
- Testimonio público y coherencia de vida.

Dinámica: Hacer un mapa de dones espirituales y descubrir los carismas personales.

Aplicación: Que cada discípulo se comprometa a servir según sus dones y talentos.

Módulo 5:

Diakonía - el servicio y el seguimiento

Tema central: La vocación de SEGUIR a Cristo sirviendo.

Textos base: Juan 21:19, 22.

Objetivo: Formar líderes servidores que sigan el ejemplo de Jesús, el Siervo fiel.

Contenido:

- *Diakonía: el servicio como forma de liderazgo.*
- *Seguir a Cristo implica sacrificio, obediencia y amor.*
- *La comunidad como lugar de servicio.*

Dinámica: Comprometerse a realizar servicio comunitario (visita, ayuda o actividad solidaria).

Aplicación: Planificar un proyecto de servicio en grupo.

Módulo 6:

Koinonía - la comunión y la misión

Tema central: El envío misionero de ENVIAR al mundo.

Textos base: Juan 17:18; 20:21.

Objetivo: Descubrir que el discípulo maduro es enviado a continuar la misión de Cristo en comunidad.

Contenido:

- La Iglesia como comunidad misionera.
- La comunión como fuerza evangelizadora.
- Enviados por Cristo al mundo contemporáneo.

Dinámica: Oración de envío y compromiso misionero.

Aplicación: Cada participante define su campo de misión (familia, trabajo, comunidad, redes).

Conclusión del programa:

Plantec forma discípulos integrales que anuncian, enseñan, predicán, testifican, sirven y son enviados, cumpliendo la Gran Comisión con visión bíblica y corazón pastoral.

Evaluación final: Presentación grupal de un proyecto evangelizador comunitario.

Objetivo: Hacer un compromiso personal de continuar discipulando a otros.

Contenido del proyecto:

- Portada y presentación general del programa.
- Introducción PLANTEC
(*visión, propósito, metas y metodología*).
- Seis módulos completos:

1. *Kerigma – Anunciar*
2. *Didaskalia – Enseñar*
3. *Kerysso – Predicar*
4. *Carisma – Testificar*
5. *Diakonía – Seguir*
6. *Koinonía – Enviar*

¿Por qué el Nuevo Testamento tiene estos 27 libros y no otros?

Aquí buscamos la causa, el motivo, la razón

La razón por la que el Nuevo Testamento (NT) tiene 27 libros y no otros, se debe a un proceso histórico, teológico y comunitario que duró varios siglos, en el que la Iglesia primitiva discernió cuáles escritos reflejaban auténticamente el evangelio de Jesucristo y eran dignos de ser considerados Escritura. Aquí te explico paso a paso:

1. Origen de los escritos: Tras la resurrección de Jesús, sus discípulos y apóstoles comenzaron a enseñar oralmente. Algunos eventos y enseñanzas se pusieron por escrito: los Evangelios, cartas apostólicas, y otros escritos (Apocalipsis, Hechos). Los libros que conocemos del NT, fueron escritos aproximadamente entre los años 50 y 100 después de Cristo, en contextos diversos, para enseñar, corregir y alentar a las iglesias.

2. Criterios de canonicidad: La Iglesia primitiva usó varios criterios para decidir qué escritos eran auténticos:

Apostolicidad: El libro debía estar escrito por un apóstol o alguien cercano a un apóstol. Ejemplo: Mateo y Juan fueron

discípulos directos; Pablo escribió cartas a las iglesias. Marcos fue discípulo de Pedro: *“La iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros, y Marcos mi hijo, os saludan”* (1 Pedro 5:13), también fue compañero de Pablo *“Aristarco, mi compañero de prisiones, os saluda, y Marcos el sobrino de Bernabé, acerca del cual habéis recibido mandamientos; si fuere a vosotros, recibidle”* (Colosenses 4:10), o Lucas que estuvo con Pablo: *“Os saluda Lucas el médico amado, y Demas”* (Colosenses 4:14).

Ortodoxia / Conformidad con la fe recibida: El contenido debía coincidir con lo que la Iglesia ya enseñaba sobre Jesús, la salvación y Dios. Debía ser patrimonio genuino por el común de los grupos cristianos y por la inmensa mayoría de las iglesias: *“Como Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero”* (Gálatas 3:13). Es la iniciativa de Dios, encarnado en Jesús para redimir al mundo (Juan 1:1,14), por gracia (Efesios 2:8-9). Debido al pecado (Romanos 3:23), Dios envió a su Hijo (Juan 13:16) para ser salvos por la fe en Cristo (Marcos 9:23; Hechos 16:31, Juan 6:47), entre otros temas.

Uso litúrgico y aceptación general: Se consideraron confiables los libros que las iglesias leían regularmente en la adoración y la enseñanza. Se refiere a los textos que se pasaban de iglesia en iglesia, para ser leídos en las reuniones cristianas, como explícitamente lo sugería Pablo: *“Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodiceenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros”* (Colosenses 4:16) y que nadie se quedara sin adquirir su conocimiento: *“Os conjuro por el Señor, que esta carta se lea a todos los santos hermanos”*

(1 Tesalonicenses 5:27). Se trataba de instrucciones concretas para las diversas comunidades de fe: *“cuando les escribí anteriormente, les dije que no se relacionaran con personas que se entregan al pecado sexual”* (1 Corintios 5:9). Así que la liturgia en las comunidades cristianas de diferentes regiones, deberían reconocer como autoridad la enseñanza y el culto.

Tiempo limitado: Las obras literarias debían ser de la primera generación de la iglesia, para considerarlas inspiradas, ya que habían salido de la pluma de los apóstoles o de sus seguidores inmediatos. Se fijó como fecha límite el año 125 de la era cristiana, porque se suponía que los colaboradores directos de los apóstoles podrían haber vivido hasta alrededor de esa época. Se considera que los últimos escritos, fueron 2 Pedro y el evangelio de Juan, entre los años 90 y el 120 de la era cristiana. Así que a partir del año 125 ya no habría escritos creíbles para considerarlos auténticamente inspirados.

3. Proceso histórico de aceptación: Durante los primeros siglos, existían muchos otros escritos cristianos, como el Evangelio de Tomás, Evangelio de Pedro, Hechos de Pablo, etc. Algunos fueron muy valorados localmente, pero no tenían autoridad apostólica ni aceptación general.

Por eso, a fines del siglo IV, los participantes de los diversos concilios y líderes de la Iglesia, como Atanasio de Alejandría en el 367 después de Cristo, hicieron una lista de 27 libros del NT que ahora conocemos. Este canon fue ratificado en varios concilios, como el de Cartago del año 397 después de Cristo, y consolidado en la tradición cristiana.

En sí, el Nuevo Testamento tiene 27 libros porque fueron escritos por apóstoles o sus cercanos. Enseñan la fe verdadera y ortodoxa sobre Cristo. Fueron aceptados y usados por la Iglesia de manera general. Fueron considerados inspirados por el Espíritu Santo.

Los otros libros se quedaron por fuera porque no cumplían los criterios para la canonicidad. El canon no se impuso arbitrariamente, sino que surgió del discernimiento de la comunidad creyente guiada por el Espíritu.

Cuando preguntamos el por qué, estamos buscando la respuesta a las causas y a los motivos históricos y pastorales que llevaron a los autores sagrados a escribir con una mirada hacia el pasado. Así es como los primeros cristianos, con sus escritos evangelísticos conservaron, lo que de manera oral se transmitía del mensaje de Jesús desde los comienzos de la Iglesia.

Sin embargo, las cartas de Pablo y las demás misivas se escribieron en el presente que estaban viviendo, en respuesta a la necesidad de las comunidades de fe para orientarlas, animarlas y corregirlas. En cambio, los evangelios fueron un recuerdo de los hechos que habían visto y oído con Jesús, para que las nuevas generaciones conocieran la verdad del evangelio:

“También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas” (2 Pedro 1:15).

El Nuevo Testamento tiene 27 libros porque, en los primeros años de la difusión del naciente pensamiento cristiano, los

líderes de la Iglesia, se interesaron por conservar una línea coherente en los valores y principios que fundamentaran la doctrina cristiana. El propósito era asegurar su pureza y originalidad, como lo habían hecho sus antepasados con los escritos del Antiguo Testamento. Es una continuidad de los mismos principios, ahora aplicados a la naciente doctrina que se iba desprendiendo de la comunidad judía.

Por eso, se popularizó pronto la frase de que a la Biblia no se le añade, cambia o quita nada. Así lo atestiguan algunas reseñas bíblicas:

“No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordeno” (Deuteronomio 4:2).

“Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás” (Deuteronomio 12:32).

“Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro” (Apocalipsis 22:18-19).

Entre tantas personas que se animaron a escribir, iban apareciendo documentos que conservaban los criterios auténticos de la fe de los apóstoles, conceptos que se habían conservado en la memoria y se habían transmitido oralmente, guardando

la enseñanza directa de los seguidores de Jesús y la de sus discípulos, los cuáles eran considerarlos inspirados.

Las autoridades de la iglesia fueron quienes tomaron la decisión de que el Nuevo Testamento tuviera estos 27 libros y no otros. Pues los autores sagrados escribieron para sus comunidades específicas, sin pensar en un canon definido. Sin embargo, el criterio y la decisión de recolectar los escritos sagrados en los primeros tiempos del cristianismo y reconocerlos con autoridad y guía doctrinal, se fundamenta en lo que dice Pedro de las cartas de Pablo:

“Y recuerden que la paciencia de nuestro Señor da tiempo para que la gente sea salva. Esto es lo que nuestro amado hermano Pablo también les escribió con la sabiduría que Dios le dio, al tratar estos temas en todas sus cartas. Algunos de sus comentarios son difíciles de entender, y los que son ignorantes e inestables han tergiversado sus cartas para que signifiquen algo muy diferente, así como lo hacen con otras partes de la Escritura. Esto resultará en su propia destrucción” (2 Pedro 3:15-16).

Por eso, aunque Damaso I, no ordenó crear el canon del Nuevo Testamento, se le considera la persona que aprobó oficialmente la lista de los 27 libros, para unificar la Biblia. Aconteció que, siendo Damaso I, obispo de Roma, convocó el Sínodo en dicha ciudad en el año 382, en esa reunión se aceptaron los 27 libros del Nuevo Testamento, los cuales fueron certificados después en un escrito llamado el “Decreto Gelasiano”, refiriéndose al Papa Gelasio y setenta obispos en Roma, quienes firmaron el documento en el año 495.

Además, el mismo Dámaso encargó a Jerónimo traducir la Biblia al latín, conocida como la Vulgata, así fue como el canon de 27 libros del Nuevo Testamento quedó consolidado en toda la Iglesia. Pero, es en el Concilio de Trento (1546) cuando se ratifica definitivamente el canon de 27 libros de manera oficial para la Iglesia Católica, entre tanto, después de algunas indecisiones las Iglesias ortodoxas y protestantes se convencieron de que era mejor aceptar el mismo canon del Nuevo Testamento.

4. Por qué no los otros libros: Los otros textos no tenían autoridad apostólica directa. Contenían enseñanzas contrarias o problemáticas al evangelio. No eran aceptados por la mayoría de las iglesias. Los libros que quedaron reflejan la enseñanza auténtica, universal y transformadora de Jesús.

El término apócrifo viene del griego *apókryphos*, que significa algo oculto o escondido. En el contexto bíblico, eran escritos que se referían a los libros que se usaban en entornos privados o en centros espirituales cerrados. Así fueron llamados los escritos como el evangelio de Tomás, el de Pedro, el de María Magdalena, el de Judas, el proto (primero) evangelio de Santiago, los Hechos de Pablo y Tecla y Apocalipsis de Pedro.

Aunque eran muy conocidos en ciertas comunidades cristianas, no entraron en el canon del Nuevo Testamento, porque carecían de los criterios ortodoxos para ser de origen apostólico. Enseñaban doctrinas gnósticas, tenían narraciones fantásticas, eran de menos circulación, algunos fueron escritos después del año 125 y en muchas iglesias los rechazaban. Por experiencias y la fe de quienes ostentaban la autoridad de la

iglesia, en estos libros no reconocían la voz auténtica de los apóstoles y la fe viva en Jesús.

En definitiva, la respuesta al por qué se escribieron estos 27 libros sagrados y por qué fueron escogidos por la Iglesia, para formar el canon del Nuevo Testamento, se debe a un interés pastoral para iluminar el ministerio a la luz de la Biblia. Con estos textos se ha cuidado, guiado y liderado espiritualmente a la Iglesia conforme a la voluntad de Dios.

Cuando la Iglesia ha seguido las Sagradas Escrituras, el liderazgo cristiano se transforma en un ministerio de servicio y no del poder, y de cuidado a la vida comunitaria, frente al activismo moderno de cada época. La Palabra bíblica guía a la Iglesia a mantenerse como cuerpo de Cristo. La Biblia enseña, orienta, forma, acompaña y prepara fielmente al liderazgo de la Iglesia, para su genuina misión al servicio del reino de Dios.

Escritos que no entraron en el canon: *Evangelio de Tomás*: tradición gnóstica, 114 dichos de Jesús. No apostólico, gnóstico, contenido heterodoxo. *Evangelio de Pedro*: pasión y resurrección. Apostolicidad dudosa, teología problemática. *Evangelio de María Magdalena*: revelaciones sobre Cristo. No apostólico, contenido gnóstico. *Evangelio de Judas Iscariote*: enseñanzas secretas. No apostólico, doctrina contraria al NT. *Hechos de Pablo*: historias legendarias. Ficticio, no apostólico, no aceptado. *Pastor de Hermas*: parábolas y exhortaciones. Muy usado en algunas iglesias, pero no apostólico. *Apocalipsis de Pedro*: visiones del cielo-infierno. Ortodoxia parcial dudosa, no universal.

¿Para qué el Nuevo Testamento tiene estos 27 libros y no otros?

Aquí buscamos la finalidad, el objetivo, el propósito

El Nuevo Testamento tiene estos 27 libros para proporcionar a la Iglesia una guía completa, confiable y universal del evangelio de Jesucristo, de manera que los creyentes puedan conocer a Dios, vivir según su Palabra, comprender la fe y participar activamente en la misión de evangelizar el mundo. Otros escritos no cumplieron plenamente este propósito, por lo que no fueron incluidos.

Los 27 libros fueron seleccionados para preservar la enseñanza auténtica de Jesucristo y los apóstoles, transmitir fielmente la vida, muerte, resurrección y mensaje de Jesús. Es para mantener la doctrina correcta frente a enseñanzas falsas o distorsionadas. En sí es para formar y guiar a los creyentes en la fe. Para enseñar cómo vivir como discípulos, en cuanto a la ética, la moral, la adoración, las relaciones y la oración.

Estos 27 libros fueron escogidos para equipar a los cristianos en cuanto a la lectura, la comprensión y la enseñanza de la Palabra de Dios. Con estos escritos se unifica a la Iglesia. Se crea un canon común, aceptado por todas las iglesias, para evitar

confusión doctrinal y para asegurar que todos los creyentes compartan el mismo mensaje central del evangelio.

Con estos 27 libros se facilita la evangelización completa y se proporciona a la Iglesia un recurso integral para enseñar y compartir la salvación, puesto que conecta la misión personal de cada creyente con la misión global de Dios (*Missio Dei*), que garantiza ser guía inspirada por el Espíritu Santo. Los libros reconocidos son autoridad espiritual confiable para la enseñanza, la corrección y la formación de discípulos.

Cuando preguntamos el para qué, estamos buscando la respuesta a las causas y a los motivos teológicos y espirituales, que llevaron a los autores sagrados a escribir con una mirada hacia el futuro. Así es como los primeros cristianos, con sus escritos, animaron a los nuevos convertidos a anunciar el mensaje de Jesús y a continuar formando nuevos creyentes para la misión de la iglesia.

Los manuscritos del Nuevo Testamento no salieron de manera espontánea, sino que los hechos y acontecimientos, las enseñanzas y los diversos géneros literarios fueron planeados y estrictamente redactados, usaron el lenguaje natural del griego apropiado, con intencionalidad y propósito: *“Estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”* (Juan 20:31). La idea fue proveerle a los creyentes y a las nuevas generaciones la información útil y necesaria para que conocieran a Jesucristo.

Además, cada texto fue conservado con mucho cuidado, esmero y celo para alimentar la confianza de los creyentes,

guiarlos en el camino del amor y de la esperanza, y formar comunidades que vivan según el ejemplo de Cristo:

“Para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido” (Lucas 1:4). Estos libros se guardaron y fueron protegidos contra el deterioro por el tocamiento y el uso continuo, pero también por el mal uso, la inclemencia climática y las posibles malas intenciones de quienes osaban cambiar, agregar o quitar parte de su contenido: *“Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro”* (Apocalipsis 22:19). Es un criterio muy parecido a los mandatos del Antiguo Testamento: *“No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos del Señor vuestro Dios que yo os ordeno”* (Deuteronomio 4:2).

El Nuevo Testamento está compuesto por los libros que, reseñan el pasado y que iluminan el presente, con miras a lo que está por venir. Son escritos que contienen la palabra viva y eficaz, que penetra y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Hebreos 4:12), que siguen transformando almas y edificando a la Iglesia en la actualidad: *“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”* (2 Timoteo 3:16). Son obras de literatura sagrada con alma teológica y espiritualidad.

Por afirmación de los expertos, las cartas de Pablo fueron los primeros escritos que empezaron a circular entre las diversas iglesias locales, y es evidente que sus argumentos y su retórica estuvieron muy bien pensados y estudiados, pues su estructura es coherente y lógica en sostener la regularidad del

saludo, acción de gracias, doctrina, exhortación y despedida en sus diversas publicaciones.

Igualmente, los posteriores autores de cartas, de los evangelios y de otros escritos, todos buscaban ansiosamente capacitar al discipulado cristiano en las actividades de la fe y de la tarea evangelizadora: *“Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación”* (1 Corintios 14:26), es decir, los cristianos tienen la convicción de fortalecer la continua acción de Jesucristo en la Iglesia en el ámbito espiritual: *“Deseo veros para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados”* (Romanos 1:11).

Además, muchos autores escribieron textualmente en sus documentos para qué eran sus escritos: *“para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido”* (Lucas 1:4). Para tener certeza de la verdad: *“se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”* (Juan 20:31). Igualmente, para la firmeza en la gracia: *“mi propósito al escribirles es alentarlos y asegurarles que lo que están atravesando es en verdad parte de la gracia de Dios para ustedes. Manténganse firmes en esta gracia”* (1 Pedro 5:12).

También los autores sagrados escribieron para la seguridad de la vida eterna: *“Les he escrito estas cosas a ustedes, que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna”* (1 Juan 5:13). Para la defensa de fe: *“Queridos amigos, con gran anhelo tenía pensado escribirles acerca de la salvación que compartimos. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que debo escribirles*

sobre otro tema para rogarles que defiendan la fe que Dios ha confiado una vez y para siempre a su pueblo santo” (Judas 3). Para revelar la acción de Dios en la victoria final: “Esta es una revelación de Jesucristo, la cual Dios le dio para mostrar a sus siervos los acontecimientos que deben suceder pronto” (Apocalipsis 1:1).

En sí, estos 27 escritos que forman el NT fueron redactados para sostener la fe, para afirmar la verdad de las buenas nuevas, para fortalecer la esperanza, para valorar el testimonio, proclamar el evangelio, formar y equipar a la comunidad cristiana, para vivir en el reino de Dios, que es la Iglesia:

“Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos” (Mateo 16:18-19). Reino de Dios conformado por los que aceptan a Jesús como su Rey y Señor (Apocalipsis 19:16), reinado que se hace visible en la Iglesia, cuando ejerce su misión de reconciliación en el mundo, anunciando la buena noticia y fortaleciendo la fe en Cristo.

¿Para qué el Nuevo Testamento tiene estos 27 libros y no otros? No se trata de cuestionar el origen y la autoridad del canon del Nuevo Testamento. Tampoco si los 27 libros son inspirados, genuinos y reconocidos por la autoridad apostólica de la Iglesia y si es el testimonio auténtico de lo que enseñó Cristo y de la experiencia viva de sus primeros discípulos. No se trata de cómo se formó el canon, sino por qué y para qué estos 27 libros forman el Nuevo Testamento.

Ante la situación social del conflicto entre el pueblo judío y los invasores romanos, se escribieron estos libros para que sirvieran de base a la creación de una organización comunitaria, la que más tarde llegó a ser una institución llamada Iglesia cristiana. Se escogieron los textos que mejor correspondieran, llenaran y cubrieran los seis componentes que la Iglesia necesitaba para continuar incorporando, capacitando y equipando a las nuevas generaciones: *“Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”* (Marcos 16:15).

Explorando los 27 libros aparecen las siguientes reflexiones, acerca de la ilustración de los problemas de causa y efecto: O no estaban los libros hechos y, ante la necesidad de la misión de la Iglesia, con el fin de cumplir la voluntad de Jesús de *“id, y haced discípulos a todos... enseñándoles”* (Mateo 28:19-20), los autores inspirados por Dios se dedicaron a escribir estos documentos, para que la iglesia con intención los incorporara en el desarrollo de su ministerio evangelizador.

Fueron primero los Seis Secretos del Reino y luego se creó la obra literaria para nutrir sus seis componentes. O primero se escribió la literatura y a partir de los escritos, la iglesia fue incorporando la lectura y paso a paso, aparecieron los seis elementos que hoy estructura el quehacer de la Iglesia.

O estaban ya los libros circulando y a partir de la lectura de los escritos, en las diversas comunidades de fe, apareció la necesidad de crear la estructura y sistematizar los componentes de las Seis Dimensiones de la Misión, para poder darle uso a estos libros. O debido a la necesidad que tenía la primitiva

iglesia para continuar con la evangelización, fueron creando los libros y más tarde la iglesia los incorporó en el canon que se llama el Nuevo Testamento.

Desde el comienzo del ministerio público de Jesús, junto con los líderes que escogió, la evangelización arrancó y hasta nuestro días no se ha detenido como tarea primordial de la Iglesia. Al igual que Jesús *“recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”* (Mateo 9:35), los discípulos regresaban contentos: *“Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre”* (Lucas 10:17) y en la actualidad sucede igualmente.

Después de pentecostés el ánimo de los discípulos se avivó mucho más para seguir evangelizando (Hechos 2:1ss) y aunque luego se hacía difícil la misión, era tal el ímpetu de Pedro, de Pablo y de sus otros compañeros que valoraban la incorporación a la iglesia de algunos pocos, sin fijarse en la cantidad de energía invertida: *“Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos”* (1 Corintios 9:22).

Empecemos por el contenido de los 27 libros. En los evangelios se narra la vida de Jesús y de sus enseñanzas, con sus prodigios, signos y señales. Se describe su dramática pasión, muerte y resurrección, y en los Hechos de los Apóstoles se relata la expansión del cristianismo primitivo desde Jerusalén, Asia Menor y por todo el imperio romano.

El Nuevo Testamento presenta a Jesús como el Mesías prometido, Hijo de Dios, Salvador universal y Siervo sufriente, poderoso en acciones y palabras, compasivo y misericordioso, Verbo divino encarnado. Es el centro de la creación y cabeza de la Iglesia. Es perfecto sumo sacerdote y mediador del nuevo pacto, vendrá por segunda vez, victorioso sobre el mal, restaurando el Reino de Dios.

La doctrina que se conserva en el Nuevo Testamento es sobre la salvación por la fe y la gracia de Dios. La autoridad es apostólica, y su función es organizar la vida cristiana de la Iglesia; su potestad es generosa, amorosa, llena de esperanza y de reconciliación, apostolicidad que se enfrenta a los falsos maestros, quienes causan divisiones y desordenes en las comunidades de fe.

Los discípulos de Jesús cumplen su labor de extender el evangelio, formando comunidades y capacitando a nuevos líderes para conservar el legado de Jesús. Los destinatarios son judíos convertidos al cristianismo y gentiles de origen romano y griegos. Aunque hay comunidades cristianas ya formadas, estas iglesias necesitan ser fortalecidas en la fe y en la sana doctrina, acciones que cumplen los apóstoles llevando el mensaje bajo el nombre y la autoridad de Jesucristo y con la presencia permanente del Espíritu Santo, dando cumplimiento al ejercicio misionero que le fue encomendada a la Iglesia.

Respecto a la cuestión: ¿Para qué el Nuevo Testamento tiene estos 27 libros y no otros? Para que la Iglesia cumpla su misión. A través de estos 27 libros, cuando la Iglesia promueve

la lectura de los escritos en las comunidades de fe, luego las personas cristianas, receptivas de las enseñanzas bíblicas, entienden el mensaje de los textos sagrados y lo comparten con otras personas, esta Iglesia está cumpliendo con su misión de dar a conocer a Cristo a toda creatura, de vivir su mensaje y de darle continuidad a su obra evangelizadora en el mundo.

Cada uno de los libros en el Nuevo Testamento, cumple un propósito y tiene una intencionalidad, para que la Iglesia ejerza su labor evangelizadora. Estos 27 libros colman las seis expectativas del trabajo de la Iglesia: enseñar, servir, predicar, evangelizar, recibir los dones del Espíritu Santo y mantenerse en comunidad.

La sucesión apostólica jamás ha perdido su continuidad a través de la historia de la Iglesia, sigue formando discípulos como Jesús lo hizo, transforma sus vidas y los envía por todo el mundo a continuar su misión evangelizadora de amor y de salvación, con la gracia y el poder del Espíritu Santo.

La tesis que sostenemos en este material que tienes en tus manos y que vamos a desarrollar y a sustentar de aquí en adelante es la siguiente:

El Nuevo Testamento recoge y transmite la experiencia de los primeros seguidores de Jesús, quienes, movidos por el Espíritu Santo, asumieron el mandato de anunciar, enseñar, predicar, servir y vivir en comunidad. Este testimonio garantiza la continuidad de las enseñanzas de Cristo y orienta a la Iglesia actual en el seguimiento fiel al Señor. Así, la Sagrada Escritura nos impulsan a proclamar las buenas

noticias de salvación, a formar y equipar discípulos, y a organizar la vida comunitaria bajo la acción transformadora del Espíritu Santo.

Vamos a conocer en profundidad y a entender plenamente las intenciones de los autores sagrados. Para eso debemos escudriñar con honesta seriedad y audaz determinación espiritual, los siguientes seis puntos, que se encuentran misteriosamente a lo largo de los libros bíblicos.

Ahora, la pregunta es: ¿qué podemos hacer los cristianos con este contenido del Nuevo Testamento? Podemos derivar acciones prácticas y espirituales directamente del propósito del NT. Aquí te lo explico paso a paso:

1. Conocer a Dios: Debemos leer la Biblia regularmente para descubrir el carácter de Dios, sus promesas y su plan de salvación. Meditar en los Evangelios y en las cartas apostólicas, nos ayuda a profundizar en la relación con Jesús. El ejercicio práctico es dedicar un tiempo diario a la lectura y reflexión de la Palabra.

2. Vivir según su Palabra: Aplicar la enseñanza bíblica a la vida diaria en cuanto a la ética, a las decisiones, a las relaciones y al servicio. Permitir que la Palabra transforme nuestra forma de pensar, sentir y actuar. El ejercicio práctico es usar principios bíblicos, para resolver conflictos o guiar nuestra conducta en el trabajo y la familia.

3. Comprender la fe: Estudiar la Biblia y reflexionar sobre su significado teológico y práctico. Preguntar, discutir y aprender en comunidad para profundizar en la fe. El

ejercicio práctico es participar en grupos de estudio bíblico o discipulado.

4. Participar activamente en la misión de evangelizar el mundo: Compartir el evangelio con palabras y acciones. Enseñar a otros la Palabra de Dios, hacer discípulos y servir a la comunidad. El ejercicio práctico es invitar a alguien a un estudio bíblico, ayudar a necesitados o testificar de nuestra experiencia con Cristo.

El contenido del Nuevo Testamento nos da herramientas para conocer a Dios personalmente, transformar nuestra vida según su Palabra, profundizar en la fe y comprender la verdad del evangelio, compartir el mensaje de salvación y participar en la misión global de Dios. En pocas palabras: leer, entender, vivir y enseñar la Biblia para formar discípulos y cumplir el plan total de Dios en el mundo.

Los seis componentes que integran el plan total de evangelización completa - Plan Tec -

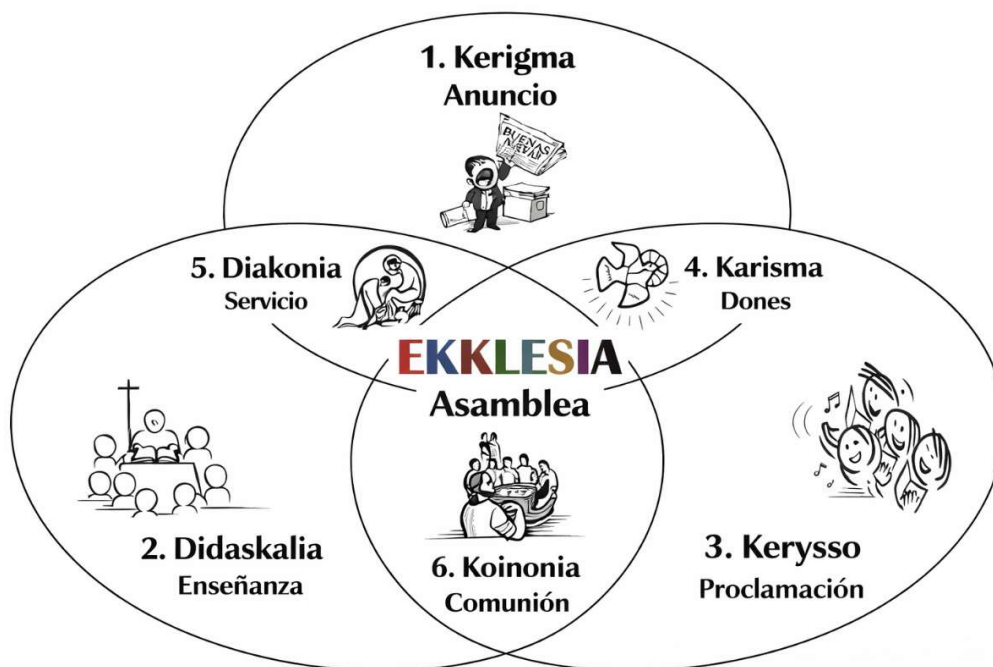
La evangelización completa no es una actividad aislada de la Iglesia, sino la participación de toda la comunidad de creyentes en el plan total de Dios, cuyo propósito es llevar el evangelio integral —proclamación, discipulado, transformación y servicio— a todas las personas, en todas las culturas y en todas las dimensiones de la vida, cumpliendo así la misión global de Dios en el mundo.

Llamamos el plan total de la evangelización completa a la estrategia divina, revelada en la Escritura y continuada por la Iglesia, mediante la cual Dios busca alcanzar y restaurar al ser humano en todas sus dimensiones. Este plan integra la proclamación del evangelio, la formación espiritual, la transformación comunitaria y la manifestación del Reino de Dios en toda cultura y en todo lugar.

El plan total de la evangelización completa es la participación de la iglesia en la misión global de Dios, abarcando la proclamación del evangelio, la compasión hacia el necesitado, la denuncia del mal y la transformación cultural. Involucra a toda

la Iglesia, llevando todo el evangelio a todo el mundo y a toda persona.

El plan total de la evangelización completa es el cumplimiento del propósito de Cristo resucitado de hacer discípulos en todas las naciones, llevando su poder, su presencia y su enseñanza a cada pueblo y a cada esfera de la vida, para reunir todas las cosas bajo su señorío, mediante seis dimensiones:



1. Kerigma: la incidencia del encuentro con Jesús.

Se trata del ímpetu de ANUNCIAR: - *“Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)”* (Juan 1:41). - *“Pero éstas se han escrito para que creáis*

que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre " (Juan 20:31).

2. Didaskalia: la pedagogía del conocimiento cristiano.

Corresponde a la didáctica de ENSEÑAR: - *"Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino"* (Mateo 4:23). - *"Enseñen a los nuevos discípulos a obedecer todos los mandatos que les he dado"* (Mateo 28:20).

3. Kerysso: el entendimiento del mensaje de Jesús.

Hace referencia al entusiasmo de PREDICAR - *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para predicar la buena nueva a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para liberar a los oprimidos,"* (Lucas 4:18).

4. Karisma: la integridad de la Palabra de Dios.

Se relaciona a la experiencia de TESTIFICAR: - *"Ustedes son testigos de todas estas cosas"* (Lucas 24:48). - *"Serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes"* (Hechos 1:8).

5. Diakonía: el despliegue del servicio cristiano.

Tiene que ver con la decisión de SERVIR: - *"Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos"* (Marcos 9:35). - *"Porque el Hijo del Hombre... vino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos"* (Marcos 10:45).

6. – Koinonía: la señal de Jesús en el mundo.

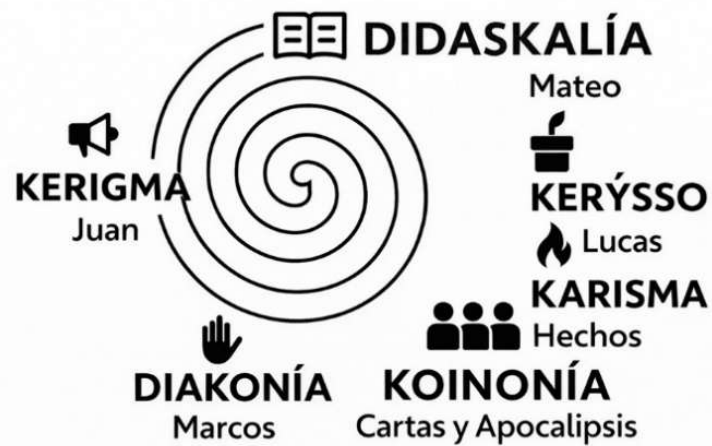
Consiste en el discernimiento de CONVIVIR: - *“Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa”* (Filipenses 2:1-2). - *“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”* (Apocalipsis 21:3).

Hexagrama Misional:

1. κήρυγμα (*kérygma*) – anuncio, proclamación
2. διδασκαλία (*didaskalía*) – enseñanza
3. κηρύσσω (*kēryssō*) – predicar con autoridad
4. χάρισμα (*chárisma*) – don de gracia
5. διακονία (*diakonía*) – servicio
6. κοινωνία (*koinōnía*) – comunión

Las Seis Dimensiones de la Misión, es una estructura que forma una especie de espiral formativa y de envío en movimiento llamado el Hexagrama Misional:

HEXAGRAMA MISIONAL



1. Kérigma: encuentro / anunciar
2. Didaskalía: formación / enseñar
3. Kéryssso: misión pública / proclamar
4. Kharisma: testificar / dar evidencia
5. Diakonía: servicio / seguir
6. Koinonía: comunidad enviada / compartir

Hexagrama Misional:

1. κήρυγμα (kērygma) – evangelio para aún no creyentes.
ΚΗΡΥΓΜΑ
2. διδασκαλία (didaskalía) – educación de fe para creyentes.
ΔΙΔΑΣΚΑΛΙΑ
3. κηρύσσω (kēryssō) – proclamación pública del evangelio.
ΚΗΡΥΣΣΩ
4. χάρισμα (chárisma) – dones divinos dados a los creyentes.
ΧΑΡΙΣΜΑ
5. διακονία (diakonía) – ministerio o labor de los creyentes.
ΔΙΑΚΟΝΙΑ
6. κοινωνία (koinōnía) – unión entre miembros de la Iglesia.
ΚΟΙΝΟΝΙΑ

ALFABETO GRIEGO

MAYÚSCULA	MINÚSCULA	EQUIVALENTE LATINA	NOMBRE DE LA LETRA
A	α	a	<i>alfa</i>
B	β	b	<i>beta</i>
Γ	γ	g	<i>gamma</i>
Δ	δ	d	<i>delta</i>
E	ε	e	<i>epsilon</i>
Z	ζ	z	<i>zeta</i>
H	η	e	<i>eta</i>
Θ	θ	th	<i>theta</i>
I	ι	i	<i>iota</i>
K	κ	k	<i>kappa</i>
Λ	λ	l	<i>lambda</i>
M	μ	m	<i>my</i>
N	ν	n	<i>ny</i>
Ξ	ξ	x	<i>xi</i>
O	ο	o	<i>omicron</i>
Π	π	p	<i>pi</i>
P	ρ	r	<i>ro</i>
Σ	σ	s	<i>sigma</i>
T	τ	t	<i>tau</i>
Υ	υ	u	<i>ipsilon</i>
Φ	φ	f	<i>fi</i>
X	χ	j	<i>ji</i>
Ψ	ψ	ps	<i>psi</i>
Ω	ω	o	<i>omega</i>



I. MATEO COMO DIDASKALIA

UN CURSO DE EDUCACIÓN CRISTIANA

1. El discipulado

La misión de la Iglesia de hacer discípulos de Jesucristo para la transformación del mundo implica la conversión personal y el desarrollo de las características cristianas en la vida de los creyentes. Esta misión se enfoca en seguir el mandato de Jesús de ir y hacer discípulos, enseñándoles a obedecer todo lo que Él enseñó (Mateo 28:19-20), no sólo la doctrina, sino la vivencia completa de la fe.

El discipulado se trata del proceso de seguir a Jesús, aprender de Él y ayudar a otros a hacer lo mismo. El discipulado es el corazón de la vida cristiana y de la misión de la Iglesia. La vocación cristiana es un llamado personal para seguir a Jesús: *“Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres”* (Mateo 4:19). Contribuyendo en formar y acompañar a otros: *“Id y haced discípulos... enseñándoles”* (Mateo 28:19–20).

Los capítulos 5, 6 y 7 de Mateo se conocen como el Sermón de la Montaña. En este compendio Jesús, viendo a la multitud, les habla a sus discípulos (Mateo 5:1). En su enseñanza establece como deben vivir y comportarse sus discípulos en la Iglesia, para establecer el reino de los cielos. Jesús va directo al

corazón de sus discípulos, por encima de todo conocimiento racional o ley humana. La búsqueda más profunda del ser humano se define clara y específicamente en un término griego que se conoce como *macarios*, el cual se traduce como dicha bienaventuranza, gozo o felicidad (Mateo 5:1-12).

Si un discípulo de Jesús quiere estar en el reino de los cielos, debe ser y vivir pobre en espíritu (Mateo 5:3) y padecer persecución por ser justo (Mateo 5:10), aunque conlleve sufrimiento y rechazo, es mejor mantener la bondad dentro de los valores cristianos, aunque el resto de la humanidad piense y actúe de manera distinta.

Si un discípulo quiere recibir la tierra por heredad debe ser manso (Mateo 5:5). Para ver a Dios hay que ser limpio de corazón (Mateo 5:8). Es el discípulo sin doble ánimo, sincero, leal y de conducta recta. Si queremos ser llamados hijos de Dios, debemos ser pacificadores (Mateo 5:9). Consiste en ser promotores de la reconciliación, la armonía y el equilibrio.

Después de que Jesús enumera las bienaventuranzas de forma sucinta, en el resto de la exposición de su discurso, hace un desarrollo de los temas en conjunto, de cómo los discípulos deben tener una nueva manera de vivir. La relación sincera con Dios lleva al discípulo a la verdadera piedad, el cultivo de la fe práctica lo conduce al buen discernimiento y a tener siempre una recta intensión. Los discípulos de Jesús persiguen la paz, la armonía y el equilibrio de la vida, y sólo se consiguen estos valores en la cordial hermandad y el buen entendimiento en las relaciones interpersonales (Mateo 5:13-48).

Pero Jesús en vez de abolir la ley, como pensaban algunos judíos que habían abrazado al cristianismo, dice: *“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir”* (Mateo 5:17). Este cambio, no era de ley sino de propósito: para entrar en el reino de los cielos hay que cumplir los mandamientos, tanto exterior como desde el interior, el corazón, lo espiritual.

Por eso la limosna, la oración y el ayuno, son acciones externas que nacen del corazón sincero y sin apariencias. La discreción y la mesura son virtudes humanas y el reconocimiento es de Dios. Por eso, el obrar del cristiano tienen la intención espiritual de la genuina modestia y no busca la aprobación de la gente, ni el aplauso de los demás, como tampoco la gloria terrenal: *“Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”* (Mateo 6:4,6,18).

La vida del discípulo de Jesús es la actitud de vida íntima de cada uno en la relación con Dios (Mateo 6:1-18), en el desapego de las posesiones (Mateo 6:19-24) y en la verdadera prioridad, que consiste en buscar el reino de Dios y su justicia (Mateo 6:25-34). El reino de Dios satisface toda la vida de los seres humanos. La regla de oro y los resultados conducen a vivir una vida plena. Todo depende de si la gente sigue o no estas palabras de vida (Mateo 7:1-29).

2. El apostolado

El término apóstol, se deriva del griego ἀπόστολος (apóstolos) y significa enviado o mensajero. La palabra apóstol se usaba en la literatura secular griega como mensajero, emisario o enviado naval, ahora la expresión apóstol se utiliza en el contexto evangelizador y misionero: *“Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó”* (Mateo 10:1-4).

Designación que en ningún momento significaba un privilegio o puesto de honor, ni un cargo para ganar más prestigio o devengar un mejor sueldo. Jesús mismo les advierte: *“Seréis odiados de todos por causa de mi nombre”* (Mateo 10:22). El apostolado es la acción fiel y la obra leal del apóstol enviado para cumplir una misión. Es un representante de quien lo envía a llevar un recado. Un mensajero no habla de sí mismo, ni por su

propia cuenta. Su autoridad reposa en el emisor, quien delega en el enviado la autoridad espiritual para vivir en servicio, sacrificio y fidelidad. Es un portador de la palabra.

En Mateo 10, Jesús da instrucciones a los discípulos, a quienes ha llamado apóstoles y les ha encomendado lo que deben hacer mientras cumplen con su misión. En efecto, se les confiere autoridad para el ejercicio misionero (Mateo 10:1-4), se les especifica el auditorio donde deben actuar y se les determina su audiencia, aquellos que los irán a escuchar (Mateo 10:5-6), se les especifica qué es lo que deben predicar y cuáles son los resultados que van a obtener (Mateo 10:7-8).

Partirán a su labor con lo necesario, irán con poco y tendrán que adaptarse a las circunstancias que se les vaya presentando (Mateo 10:9-15), no temerán a las consecuencias porque sus acciones tendrán mucho más valor y los resultados serán contundentes (Mateo 10:16-33), practicarán el desapego (Mateo 10:34-39), con la promesa de que la recompensa es mucho mejor (Mateo 10:40-42).

El apostolado de los enviados de Jesús desplegaba autoridad y poder: *“Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia”* (Mateo 10:1). Los apóstoles obedientemente siguieron sus instrucciones: *“Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia”* (Mateo 10:7-8).

Tanto Pablo como Bernabé, fueron hechos apóstoles o misioneros, enviados con la autoridad de los líderes de la Iglesia primitiva y bajo la guía del Espíritu Santo: *“Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron”* (Hechos 13:3).

En lo sucesivo, Pablo y Bernabé siempre fueron considerados apóstoles: *“Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo, rasgaron sus ropas, y se lanzaron entre la multitud, dando voces”* (Hechos 14:14), además se le reconocieron con algunas características propias y adecuados calificativos, como cuando Pablo también se llamaba a sí mismo apóstol de los gentiles: *“Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio”* (Romanos 11:13).

Así el apostolado se fue desarrollando y ampliando a través del tiempo, por muchos lugares y abnegados creyentes que iban respondiendo con diversos ministerios. Timoteo recibió la sucesión de Pablo: *“Por eso te recomiendo que reavives el don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”* (2 Timoteo 1:6) y Pablo le sugiere a Tito que continúe con la cadena ministerial: *“Te dejé en Creta para que corrigieras lo deficiente y establecieras presbíteros en cada ciudad”* (Tito 1:5).

3. La doctrina cristiana

En este tercer discurso, Jesús se presenta en público a la orilla del mar y le habla a la multitud, pero en parábolas: *“Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Y se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. Y les habló muchas cosas por parábolas”* (Mateo 13:1). En este capítulo 13 de Mateo, Jesús les revela a sus seguidores la doctrina que Él vino a impartir. Usando las alegorías, en ocho parábolas, proclama el reino que vino a establecer.

Se llaman las parábolas del reino a este grupo de historias cortas y sencillas. Son ilustraciones que toma elementos comunes de la vida cotidiana, y que en forma de comparación usa Jesús para exponer la profundidad de su doctrina. Estas analogías no son normas ni códigos de conducta, sino verdades espirituales sobre el Reino de Dios. Son muy fáciles de memorizar, pero difíciles de entender su significado, ya que lo novedoso no es la anécdota de la fábula, sino la moraleja o el mensaje que conlleva dentro.

Por eso, la gente reconoce el símbolo y la historia de la parábola, pero no entiende el significado del discurso alegórico

de Jesús. Es más, los discípulos no atinaban a comprender por qué Jesús usaba esta estrategia, ya que hasta este momento todavía les faltaba el discernimiento espiritual. De ahí que Jesús les lanza una conocida sentencia para que hicieran el esfuerzo de entender su mensaje: *“El que tiene oídos para oír, oiga”* (Mateo 13:9), invitándolos a reflexionar.

Cada comparación contiene un enigma, que bíblicamente se llama misterio, algo muy reservado y escondido que habría que descubrir como un tesoro: *“Jesús les dijo: ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos respondieron: Sí, Señor. Él les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas”* (Mateo 13:51-52). Jesús, por una lado revela su doctrina y a la vez oculta su significado, interpretación que sólo se puede hacer a la luz de la fe, que es la llave que abre el cofre del misterio.

El plan de Dios consiste en que se haga su voluntad en el cielo y en la tierra (Mateo 6:10), luego no puede haber disolución ni desenfreno en la tierra, pues la creación física de Dios es una prolongación de su fuero invisible.

Las parábolas cumplen el efecto que busca Jesús, pero alarma a los discípulos: *“Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?”* La respuesta de Jesús es directa y alentadora para sus discípulos: *“Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; pero a ellos no les es dado”* (Mateo 13:11). La comprensión de la doctrina debe ser espiritual. Es que, para ser discípulos de Jesús, es necesario que haya disposición interior del corazón y del espíritu.

Hay diferencia entre los discípulos y la multitud. Los discípulos siguen a Jesús con sincera actitud y se disponen a aprender y a obedecer. Mientras que el resto de la gente venía a Jesús por curiosidad, lo seguía por interés físico y material o simple tradición, pero sin ninguna intención de aceptar su doctrina nueva. La gente, en general, se portaba con las características propias de los judíos que ya había denunciado Isaías 6:9-10, diciendo: *“De oído oiréis, y no entenderéis; Y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, Y con los oídos oyen pesadamente, Y han cerrado sus ojos; Para que no vean con los ojos, Y oigan con los oídos, Y con el corazón entiendan, Y se conviertan, Y yo los sane”* (Mateo 13:13-15).

Sin lugar a duda el discipulado implica una relación más íntima y confidencial con Jesús. A los demás, aunque oyen no entienden, porque les falta el receptor de la fe. El Maestro impartía las instrucciones formales y académicamente entendibles para sus discípulos, que sí estaban dispuestos, convencidos y comprometidos a continuar la misión en la Iglesia.

El reino, se parece a una siembra que realiza una persona en el campo, muchas semillas se pierden, otras germinan (Mateo 10:1-9; 18-23) y algunas son falsas (Mateo 13:24-30; 36-43). Como en la agricultura, el reino crece (Mateo 13:31-33), pero también debe ser hallado (Mateo 13:44-50), por lo que no todos pueden hacer parte del reino (Mateo 13:47-52). La razón por la que el reino de los cielos sea explicado a través de parábolas, es profético (Mateo 13:10-17;34-35).

4. La organización eclesial

El cuarto discurso de Jesús se encuentra en el capítulo 18 de Mateo. La intención de esta disertación es la de enseñar cómo deben comportarse los discípulos y los apóstoles en el cuerpo de la iglesia, que Jesús mismo vino a establecer y a edificar de acuerdo con su voluntad y propósito. La idea es que sus seguidores afirmen el compromiso de contribuir a vivir en función de su disposición divina: *“Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”* (Mateo 6:10).

Nuestra labor, como elegidos de Jesús, es fructificar evangelizando (Mateo 7:16), trabajo que consiste en hacer lo que nos dice, para que su voluntad se incruste y enriquezca a nuestras vidas, para testimonio de todos: *“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”* (Mateo 24:14), que consiste en la plena instauración del Reino de Dios.

En las instrucciones que Jesús imparte a los discípulos cuando vinieron con la pregunta: *¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?”* (Mateo 18:1), aprovecha para explicarles que la comunión con Él debía resultar en frutos de la convivencia

entre los creyentes y no por el esfuerzo humano, sino porque están adheridos por su Palabra.

Acudiendo a las virtudes como la humildad, el ser humano demuestra que debe adoptar actitudes y cualidades que caracterizan a los niños: *“De cierto os digo que, si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe”* (Mateo 18:1-5).

La comparación que hace Jesús con la niñez es para que los discípulos entiendan que deben morar en la plena confianza y en la dependencia de Dios, viviendo con la sencillez de alguien que no piensa sólo en trabajar para tener y acumular, sino en ser receptivo a la misericordia y al cuidado divino, manteniendo siempre la pureza de corazón y siendo disponibles y enseñables en obedecer y aprender.

Nuestra esperanza del Salvador no es sólo para quienes ya estamos en la Iglesia y somos fieles y leales creyentes, el propósito de nuestra organización, es tener las puertas abiertas para que otros también entren y formen parte del cuerpo y del rebaño de nuestro Señor Jesucristo. Somos facilitadores, para que otros puedan conformar la iglesia, es decir, como miembros y líderes de la organización eclesial, estamos convocados a ser útiles en la edificación de la Iglesia.

Cuando hay alguien que cree, pero todavía está en formación y otro le impide la entrada a la Iglesia, es tropiezo para ese creyente aún pequeño, pero de gran valor para el reino de Dios.

Simbólicamente Jesús representa los motivos de tropiezo, a veces por nuestras acciones, otras por donde andamos, lo que vemos de mala manera y también debido a nuestros caprichosos deseos, en sí todo lo que nos lleva a separarnos de Dios es pecado, es errar y fallar, es desviarnos del camino, que es Jesús, y como consecuencia caemos en el fuego:

“Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego” (Mateo 18:8-9). Lo que nos salva es el discernimiento y la renuncia radical de lo que nos aleja de Dios y para eso es la Iglesia en el mundo, un refugio mientras llegamos al cielo.

Gran compromiso tiene nuestra organización eclesial, pues debe hacer que los elegidos no se pierdan y que los perdidos sean rescatados (Mateo 18:10-14). Nuestra misión es poner nuestros dones al servicio de los demás. La fuerza, la solidez, la unidad y la perseverancia de esta asamblea, es el perdón (Mateo 18:15-35), que tiene como resultado ayudar a otros a encontrar el camino de la salvación en Cristo.

5. La evaluación cristiana

Después de haber pasado por los requisitos del discipulado y los valores de la sucesión apostólica, y luego la comprensión del propósito de la recta doctrina entregada por Jesús a los creyentes y entendida la misión de la Iglesia, viene ahora la evaluación. Se trata de la valoración de nuestra conducta, por parte de Dios, respecto al discipulado, el apostolado, la doctrina y la misión de la Iglesia.

En Mateo, entre los capítulos del 23 al 25, Jesús comienza a hablarle a la gente y a sus discípulos sobre el juicio inminente que deben afrontar. En el ambiente, hay una atmósfera como alumnos inquietos y nerviosos, ante el examen final del período académico de una escuela. Mateo presenta un currículo espiritual, como en un curso oficial escolar, que al concluir hay un examen donde se mide la aprobación o desaprobación del alumnado respecto a lo aprendido, en este caso consiste en la evaluación de la asignatura enseñada por Jesús. La evaluación comienza en el capítulo 23 de Mateo contra las autoridades judías, luego en Mateo 24 viene el examen a la Iglesia junto con las advertencias de su segunda venida y después, en Mateo 25,

llega el juicio a todas las naciones. Es decir, tanto los judíos, como los cristianos y toda la gente del mundo en general serán evaluados a la luz de las enseñanzas de Jesús, conformados en dos grupos, los creyentes para recompensa y los incrédulos para condenación.

En el contexto de Mateo 7:24-27, Jesús les habla de la diferencia de la casa construida sobre la arena y de la casa edificada sobre la roca. En el primer discurso de los cinco que expone el evangelio de Mateo, les habla de la conducta del discipulado cristiano y la respuesta fue muy favorable, entre las personas que estaban presentes asintieron que aceptaban su propuesta (Mateo 7:28-29). Delante de la gente y de los discípulos, Jesús empieza refiriéndose a los escribas y a los fariseos que son representantes de la cátedra de Moisés (Mateo 23:1-2). La cátedra de Moisés es el puesto de autoridad que ocupaban los escribas y los fariseos ya en la época del imperio romano. Su ocupación consistía en custodiar, leer, interpretar y aplicar la Ley de Moisaica, y seguirla, y practicarla junto con sus enseñanzas.

Por eso, Jesús recomienda a la gente y a sus discípulos recibir sus enseñanzas y respetar los asuntos legales y religiosos, pero rechaza las malas acciones de quienes ostentan la autoridad (Mateo 23:3). Y qué cosas eran lo que hacían. Tan deshonestas y despreciables era sus acciones, pues, quien no vino a abolir la ley y los profetas, sino a cumplirla (Mateo 5:17), ahora tiene una posición hostil ante las autoridades judías. La respuesta es la vehemente descripción que hace Jesús de los escribas y fariseos (Mateo 23:4-7).

En el contexto académico, Moisés es el gran legislador y maestro, sus partidarios y sus sucesores son los escribas y fariseos (Mateo 23:1-39). Pero Jesús ahora es el nuevo Moisés, quien critica la falta de coherencia moral de quienes desempeñan ese poder, anticipando que, en el ejercicio de su autoridad, es diferente (Mateo 23:8-10). Jesús transformó la cátedra de Moisés en su propia cátedra con su enseñanza del evangelio. Y ahora quienes heredarían esa autoridad legítima y la enseñanza recta serían sus discípulos en la Iglesia. El cambio de escribas y fariseos a discípulos consiste en el testimonio, que en griego significa martirio (Mateo 16:24-26). El testimonio es lo que garantiza la identificación de los genuinos cristianos.

Otro requisito que no cumplían los escribas y fariseos era el servicio verdadero (Mateo 23:11-12). Así fue como los primeros cristianos aprendieron de los apóstoles, que son los nuevos maestros autorizados y enseñan lo que Jesús les mandó (Mateo 28:19-20). Así como al inicio del periodo escolar (Mateo 5:1), Jesús comenzó subiendo a una montaña y sentándose para enseñar a sus discípulos empezó a impartir con paciencia sus instrucciones, ahora también sentado, pero en el monte de los Olivos (Mateo 24:3), hace lo mismo. Jesús predice la caída de la antigua escuela (Mateo 24:1-28), con la venida del Hijo del Hombre (Mateo 24:29-51). El examen final consiste en evaluar la prudencia y la productividad de los discípulos en la Iglesia (Mateo 25:1-30) y luego llegará el juicio en la que se reúnen delante de Jesús glorioso todas las naciones (Mateo 25:31-39).

6. Complemento en cinco narraciones

El evangelio de Mateo se compone de cinco discursos y cinco narraciones, bien estructuradas teológico y pedagógicamente. Después de cada discurso, se narra el impacto de las obras y hechos de Jesús en su actividad pública. Jesús aplica de manera práctica sus enseñanzas con la gente que le rodea, con el propósito de que sus discípulos comprendan el alcance de su doctrina. Después del primer discurso, Jesús comienza a realizar una serie de sanaciones (Mateo 8-9). Son milagros de curación en los que Jesús demuestra su poder y su identidad como el Mesías, el ungido de Dios y el Cristo prometido que viene con autoridad y Palabra:

“Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8:16-18). La venida del Mesías, son promesas proféticas del Antiguo Testamento que tiene su cumplimiento en Jesús, en quien se manifiesta el poder de Dios y revela la presencia del reino de los cielos: *“Sin embargo, fueron nuestras debilidades las*

que él cargó; fueron nuestros dolores los que lo agobiaron. Y pensamos que sus dificultades eran un castigo de Dios, ¡un castigo por sus propios pecados!” (Isaías 53:4).

En el comienzo de la narración, Jesús manifiesta su autoridad haciendo milagros de sanación, mostrando poder sobre la naturaleza y ejerciendo un fuerte dominio contra los demonios. Realiza seis milagros en serie: con la curación del leproso, Jesús purifica (Mateo 8:1-4). Sanando al siervo del centurión, manifiesta el poder de su palabra (Mateo 8:5-13). Yendo a la casa de Pedro, y al sanar a su suegra y a otros enfermos (Mateo 8:14-17), se cumple la profecía de Isaías 53:4.

Luego viene el costo de seguir a Jesús (Mateo 8:18-22), recordando lo que dijo en el discurso del Sermón del Monte, en los capítulos 5,6 y 7 de Mateo, sobre las exigencias y la responsabilidad del discipulado. Costo que tiene su recompensa al aspirar tener la misma autoridad de Jesús, quien calma la tormenta (Mateo 8:23-27), y se impone contra los demonios (Mateo 8:28-34). El Maestro les está mostrando a sus discípulos cómo se hace, para cuando a ellos les corresponda salir al campo misionero (Mateo 10:5-15).

Otra disyuntiva es sobre el cambio de situación y transformación del ser humano. En el capítulo 9, Mateo presenta a Jesús con autoridad para sanar, perdonando pecados (Mateo 9:1-8) y de convencer hasta a los publicanos a ser sus discípulos, (Mateo 9:9-13) como signo de que Jesús tiene el poder de vencer hasta la muerte (Mateo 9:18-26). Poder y autoridad que revela: *“El Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar*

pecados” (Mateo 9:6) y que los comparte también con los seres humanos: *“Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres”* (Mateo 9:8).

Jesús viene a traer una nueva etapa, el vino nuevo necesita odres nuevos (Mateo 9:14-17). Las viejas estructuras de tradiciones, ritos y prácticas religiosas serán sustituidas por una organización viva, con el evangelio de Cristo y el Espíritu Santo. De ahí que tenga poder y autoridad de sanar (Mateo 9:18-31), porque es el Mesías prometido y que reconocen como *“Hijo de David”* (Mateo 9:27).

Jesús sana a un mudo endemoniado (Mateo 9:32-34) y los fariseos lo acusan de actuar por poder del demonio. Jesús recorre las ciudades y tiene compasión de las multitudes (Mateo 9:35-38). Predica, sana y llama a orar para que haya más obreros para la cosecha. Se hace la transición al nuevo testamento (Mateo 11-12). Revelación de Jesús como Hijo de Dios con milagros y sanaciones (Mateo 14-17). Jesús frente a las actitudes de diversos personajes y las actividades finales en Jerusalén (Mateo 19-22). El complot para prender a Jesús, la pasión, muerte, resurrección y la gran comisión (Mateo 26-28).



II. MARCOS COMO DIAKONÍA

UN TRATADO DE CONCIENCIA SOCIAL

1. Contexto cultural

Marcos es una reflexión sobre la realidad social, en la que vivió Jesús y se desarrolló la iglesia primitiva. El pueblo judío era dominado por el imperio romano. El avasallador controlaba política, administrativa y militarmente la zona, que es parte de la media luna fértil, que conecta a Egipto, Mesopotamia, Grecia y Roma. Judea es punto equidistante de tres continentes y cruce de caminos en la estrategia de las rutas comerciales, los imperios siempre han codiciado esta tierra y a sus alrededores y Judea participa del tráfico del negocio y adquiere riqueza, al igual que los pueblos aledaños. Cuando aparece el cristianismo en esta región, predominaba la agricultura y la ganadería, la pesca y la variedad de artesanías impulsada por carpinteros, herreros, alfareros, orfebres y tejedores.

En el intercambio de bienes y servicios, aparecía la exagerada desigualdad social, por la corrupción, la condescendencia de los líderes judíos y el apetito desenfrenado de la avaricia y la codicia de quienes adquirirían más poder en lo económico, político y religioso. Atropellos que conducían al pueblo a exigir justicia y a reclamar protección por parte de las autoridades

judías, pero ante la indiferencia de los gobernantes, la gente se hundía en el desespero, actuaba en defensa propia y se adhería a la esperanza del Mesías, el ungido y enviado de parte de Dios, quien muchas veces los sacó de su situación de esclavitud, los llevó a la victoria y los condujo a lugar seguro en las épocas de antaño. Así que, por causa de las políticas imperiales de “divida y reinarás”, la región se fraccionó en etnias de judíos (raza pura), samaritanos (israelitas y extranjeros), galileos (judíos y gentiles), decapolitanos y cesáreos (gentiles y paganos). Gentiles por no ser de raza judía y paganos por adorar a muchos dioses. Divisiones que producían pobreza, marginalidad, sin ayuda ni protección social y descarados abusos.

En Marcos, Jesús se pone de parte de los marginados y vulnerables, critica las estructuras injustas de poder, mientras predica que el Reino de Dios llega para todos. Entre tanto, la camarilla de religiosos, como sumos sacerdotes, saduceos, escribas y fariseos, con sus ataduras tradicionales rígidas, actitudes legalistas y su vanidad de poder, se preocupaban por su prestigio y su estatus social y criticaban a Jesús, buscando frenar su predicación que estaba llegando al pueblo. Pues la gente del común eran los perceptores de la gracia y las bendiciones del reino de los cielos y eran quienes se adiestraban de su enseñanza y recibían sanación, muchos sordos, endemoniados, ciegos inválidos y otros eran transformados.

Las élites judías y romanas, por conveniencia de ganancias deshonestas, proteger sus propiedades y conservar sus jerarquías, regulaban la vida cultural y social con el entusiasmo legalista de costumbres antiguas, poco prácticas y escaso valor

para la época. Para seguir manteniendo el prestigio y la autoridad moral, les interesaba avivar el ánimo religioso que giraba en torno al Templo de Jerusalén, con los sacrificios y los rituales y el cumplimiento de la ley mosaica. Sin embargo, el evangelio enfatizaba la accesibilidad al Reino de Dios, rompiendo con las barreras sociales y culturales sostenida por los gobernantes judeo-romanos.

Jesús se presenta como Siervo de Dios sufriente, que da su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45). Por eso, el interés de Marcos es que la misma gente descubra ¿Quién es Jesús? (Marcos 1-8). De ahí el secreto mesiánico: la orden de Jesús de que guardaran silencio de su autoridad y poder que manifestaban los milagros. La misión del Mesías (Marcos 9-16) se enfoca en la acción de Jesús y el discipulado, en el viaje a Jerusalén y el sacrificio final en la cruz.

Marcos destaca el período de transición y de interacciones entre la sociedad judía y la dominación romana en Galilea. Se desvelan las diversas creencias y prácticas religiosas (Marcos 2:18), la observancia del sábado (Marcos 2:24;3:4), cómo era la época de Jesús (Marcos 6:45 a Marcos 8:26), las festividades religiosas (Marcos 14:12) y las leyes alimentarias (Marcos 7:5-8). En fin, la cultura judea-griega, invadida por los romanos, estaba integrada por la sociedad de campesinos (Marcos 15:21), de pescadores (Marcos 1:16), de líderes religiosos (Marcos 2:16; 8:15; 14:43) y romanos (Marcos 15:39).

2. Retrato social

Al comenzar el ministerio, Jesús encontró una sociedad en crisis social, política y religiosa. Había una separación de ricos y pobres, judíos y gentiles, monoteístas y politeístas, sanos y enfermos, opresores y oprimidos, aliados y opositores. A los judíos, su origen étnico y religioso, los hacía superiores y privilegiados, quienes consideraban a los demás pueblos gentiles, por ser de raza distinta y paganos, llamados así por ser politeístas y por creer en dioses como Zeus, Apolo, Venus, Júpiter, Marte, entre otros dioses. Era usual la migración, por comercio y negocios, por mejores oportunidades y sobrevivencia, visitas a familiares o movilizaciones forzadas. Así que fe, ley y culto en peligro de contaminarse, despertaba el celo de los judíos, que los hacía aferrarse a conservar su pureza de raza y religión. Sacerdotes, escribas y fariseos, que controlaban el templo y la lectura, la interpretación y la enseñanza de la ley, descuidaban a los enfermos y marginados, a quienes consideraban impuros y castigados por Dios, por lo que eran excluidos del templo y de la vida social, al igual que a los gentiles, conformados por romanos, griegos, sirios y fenicios.

El evangelio de Marcos retrata una sociedad que excluye y margina a los otros por ser considerados impuros. Tales como leprosos (Marcos 1:40-45), paralíticos (Marcos 2:1-12), recaudadores de impuestos y pecadores (Marcos 2:15-17), endemoniados (Marcos 5:1-20), mujeres (Marcos 5:25-34), pobres y hambrientos (Marcos 6:30-44). Por tener otras costumbres y tradiciones (Marcos 7:1-23), por ser inmigrante y forasteros (Marcos 7:26), por padecer sordera (Marcos 7:31-37) o ser ciegos (Marcos 8:22-26) como Bartimeo (Marcos 10:46-52). Jesús se desenvolvió en una sociedad que ignoraba a niños y humildes (Marcos 10:13-16), devora las casas de las viudas, explotaban a las personas vulnerables (Marcos 12:38-40), viudas y mujeres (Marcos 12:41-44). Esta fue la vida social que Jesús encontró y con la humanidad que se crio, creció, vivió y comenzó su ministerio en este ambiente de discriminación, marginación y exclusión.

Jesús creció en Galilea, de donde salió para ser bautizado (Marcos 1:9). Fue en Galilea, donde empezó su ministerio público (Marcos 1:14). Y es en Galilea, junto al mar, donde comienza a llamar a sus primeros discípulos (Marcos 1:16-20). Cafarnaúm, a orillas del mar de Galilea, fue la ciudad base del ministerio de Jesús (Marcos 2:1). Además, allí tenía su casa (Marcos 9:33-35). Y precisamente, al resucitar fue a Galilea para encontrarse de nuevo con sus discípulos (Marcos 16:6-7). Así que Jerusalén quedó como un lugar de sufrimientos, de dolor y de muerte, y Galilea representa un estado de vida, al estilo de Jesús, tierra de gente humilde y disponible al encuentro con Cristo, para la continuidad de su ministerio y de su misión. Es desde Galilea donde parten los discípulos a todos los pueblos (Marcos 16:20).

Cabe destacar que la predicación de los primeros cristianos era para transformar la situación del pueblo judío con la llegada del reino de Dios (Marcos 1:14). Las buenas noticias de salvación con la llegada del reino, era para que cambiara la vida social de muchas personas. Por eso, los primeros cristianos eran judíos antes de la resurrección y siguieron siendo judíos después, pero restaurados por la obra y el mensaje de Jesús. Convencidos de que Jesús era el Mesías prometido a los judíos (Marcos 8:29), la primera comunidad cristiana no se separó para formar una nueva religión, sino para vivir el cumplimiento de la promesa de Dios.

El objetivo del cristianismo es cambiar una sociedad de personas poseídas por demonios (Marcos 1:32-34), enfermos (Marcos 1:40) y con espíritus inmundos (Marcos 1:23), y contrarrestar la presencia de los mismos espíritus inmundos (Marcos 1:24; 3:11); erradicar la pobreza y otras plagas (Marcos 3:10), descartar a los líderes sin compasión hacia los necesitados (Marcos 2:17). El mensaje mesiánico es para suprimir la hipocresía y la corrupción de los guías religiosos y las autoridades (Marcos 12:38-40), abolir la obsesión por el poder (Mateo 10:42) y velar por la justicia y la integridad en el liderazgo social: *“Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios”* (Marcos 3:15).

3. Crítica social

La crítica social que hace Jesús a las autoridades y gobernantes de su época, no son las de un líder político o la del Mesías esperado por el judaísmo, que sería *“un líder judío humano, descendiente del rey David, que reconstruirá el Templo, reunirá a todos los judíos en Israel, traerá la paz mundial y promoverá la observancia universal de la Torá”* (Talmud y la obra de Maimónides). El Mesías cristiano es Dios mismo quien se hace presente para cambiar las condiciones sociales, en favor de quienes están sufriendo y *“dar su vida en rescate de muchos”* (Marcos 10:45). Además, siendo Dios el que perdona pecados (Marcos 2:7), Jesús en su divinidad demuestra que tiene el poder de perdonar para salvar a los pecadores (Marcos 2:5-10), liberar del mal echando demonios, sanando y rescatando la vida de la muerte (Marcos 5:1-43). Dando su vida a precio de sangre (Marcos 14:24). Su muerte y resurrección son el mayor acto de redención y de reconciliación (Marcos 16:6).

Marcos enfatiza desde el principio la identidad de Jesús: *“Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”* (Marcos 1:1). Es reiterativo en afirmarlo, como en su bautismo (Marcos 1:11)

y en la transfiguración (Marcos 9:7). En las afirmaciones de los demonios (Marcos 3:11) y en la confesión del centurión romano (Marcos 15:39). El Mesías no es el super héroe de los judíos, sino el siervo que sufre por la humanidad (Marcos 10:45), modesto, sin exhibicionismo ni suntuosidad (Marcos 1:34). Dicha actitud se llama el secreto mesiánico: Jesús quiere que su verdadera identidad se comprenda a la luz de su muerte y resurrección, no por el éxito y la fama por eso *“les mandó que no diesen esto de él a ninguno”* (Marcos 8:30).

Eso sí, su mensaje es de libertad para los pobres, marginados y oprimidos (Marcos 7:6-9). Mientras los judíos se quejan del imperio invasor romano, Jesús les hace caer en la cuenta de que el problema social se haya en el sistema que favorece a los ricos y privilegiados, dejando en la miseria a los más vulnerables (Marcos 12:40). Los sacrificios y ofrendas son impuestos del templo que marginan a los más necesitados a la miseria, mientras a las autoridades judías de escribas, sacerdotes y fariseos, que controlan el sistema institucional, religioso y legal, les impulsa a incrementar sus ganancias (Marcos 12:38-39), viven a costa de los más pobres, por el sistema de donaciones según la ley del judaísmo (Marcos 12:43-44). Jesús presenta el proyecto del reino de Dios, donde prevalece la justicia, la igualdad y la compasión para todos. Siendo una denuncia y crítica social contra el sistema de corrupción que impera en Judea y sus alrededores. La composición social es contra la división de la cultura judía, los grupos de poder y las castas religiosas.

Con las recriminaciones que hace Jesús en sus directos mensajes, mueve a algunas personas cambiar (Marcos 10:17-

22). Porque entre los discípulos de Jesús no debe haber ambición, ni ansias de dominio, como tampoco mentalidad de poder y de jerarquía (Marcos 10:42-43). Jesús denuncia la estructura opresiva del poder social y político que funcionaba en el pueblo judío por parte de los dirigentes. Por otro lado, están las clases populares y marginadas. Jesús se rodea de campesinos, pescadores, mujeres, enfermos y pobres, mostrando preferencia por los que estaban al margen del sistema (Marcos 1:40-45). Jesús propone una nueva sociedad, donde todos son bien recibidos, sanados y valorados. Un reino en donde la justicia, la misericordia y el amor sustituyen a la opresión y al egoísmo. Estamos llamados a construir una Iglesia signo del reino de Dios. Como ayer la crítica sigue hoy a la iglesia contemporánea: (Marcos 2:15-16) y la propuesta de Jesús es la misma: *“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores”* (Marcos 2:17).

El mesianismo se caracteriza porque impone autoridad (Marcos 1:21-28). Desafía las normas de exclusión (Marcos 1:44), confronta las injusticias (Marcos 7:9-13) y la explotación a los pobres (Marcos 5:26); se enfrenta a religiosos que aparentan piedad (Marcos 7:21-23) y son incrédulos (Marcos 3:22-30), actúan por poder y prestigio (Marcos 11:31-33). Fariseos y escribas priorizan la observancia legalista (Marcos 10:5-6). Hay un llamando a la fe (Marcos 7:37; 9:25), a la justicia (Marcos 8:25), a la compasión y al amor mutuo (Marcos 3:1-6).

4. Dignidad humana

La preocupación de Jesús era rescatar a la humanidad perdida, que se había extraviado del plan divino de Dios: *“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el Evangelio”* (Marcos 1:15). Ahora la vuelta al paraíso tenía un costo único y monumental, que sólo Dios mismo podía redimir, en su Hijo unigénito (Juan 3:16). Al perder la dignidad divina los seres humanos crearon su propia civilización, para poder subsistir (Génesis 3:14-19). En el Edén se perdió lo que Jesús vino a rescatar. La caída de la humanidad no sólo fue desobediencia, sino una ruptura que afectó las relaciones con Dios, entre sus semejantes y la creación. Cambiar la confianza en Dios por confiar en sí mismo, fue una herida profunda en el ser humano que Jesús vino a sanar.

Lo contrario al judaísmo es Jesús y su propuesta cristiana (Marcos 7:9.13). La dignidad es una exigencia para cumplir los mandamientos de Dios y no es sólo un privilegio, sino una llamado a vivir de modo que refleje el carácter justo y compasivo de Dios (Marcos 3:1). A través de la enseñanza de Marcos, comprendemos que la dignidad es el valor propio e inalienable que

toda persona tiene por su sólida condición de su esencia humana, que es imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:27). La dignidad humana proviene de Dios, no de condiciones externas, ni de leyes positivas, ni de normas civiles o religiosas creadas por los gobernantes de países o de estados y de líderes que regulan una religión. Nadie pierde su dignidad, porque no se fundamenta en lo que tiene o hace, sino en la imagen de Dios. Todos somos iguales en dignidad.

La propuesta de Jesús, basada en el mensaje del reinado de Dios, es contraria a la postura del judaísmo. Pues en tiempos de Jesús, la religión judía estaba muy estructurada por la interpretación literal de la ley, por innumerables preceptos morales y por demasiadas normas rituales y estrictas reglas de pureza. Estas normas buscaban mantener la fidelidad a Dios, pero muchas veces se aplicaban de manera legalista y excluyente, olvidando el valor y la compasión hacia las personas, advertencia que ya les había hecho Dios por los profetas: *“Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos”* (Oseas 6:6). Y que Jesús les reafirma cuando comía y se juntaba abiertamente con publicanos y pecadores: *“Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”* (Mateo 9:11-13).

El Imperio Romano también violaba la dignidad humana, cuando invadía con violencia territorios, masacrando e imponiendo su poderío por la fuerza militar y el amedrantamiento a la población débil y con poca capacidad de defensa. El territorio palestino fue ocupado por Roma, para ser explotado, pero

ante la indignación del pueblo, fueron sometidos con severa represión y tratados como inferiores. Se cobraban impuestos abusivos: *“También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario”* (Lucas 3:12-13). Las autoridades ilegítimas quieren los impuestos y Dios viene por nuestra dignidad: *“Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”* (Marcos 12:17). Dignidad que le costó a Cristo su dolorosa pasión y cruel crucifixión (Marcos 15:15-20).

La dignidad reclama la obligación moral y justa de los gobernantes. Incluso en los sistemas dictatoriales y tiranos, el derecho a la dignidad exige compasión por los enfermos (Marcos 1:31; 2:16-17) y por los pobres (Marcos 12:44), como un deber prioritario (Marcos 14:7) y el enfoque de los poderosos (Marcos 10:21); los inocentes representan a Jesús (Marcos 9:37) y los azotados por enfermedades (Marcos 5:34) y los endemoniados (Marcos 1:34,39) demandan atención. El evangelio repara la dignidad de los marginados (Marcos 2:12; 5:15), interactúa con pecadores y recaudadores de impuestos (Marcos 2:16). Jesús mismo es quien sana leprosos (Marcos 1:41), ciegos (Marcos 8:32) y mendigos (Marcos 10:46). La misión de sanar y de restaurar (Marcos 6:13) son las señales evidentes de la fe de quienes estamos viviendo en Jesús (Marcos 16:17-18).

5. Transformación social

Marcos ofrece implicaciones profundas en la transformación de la situación que estaba soportando la gente humilde y desvalida de Palestina. Tal vez a nosotros no nos diga nada la imagen política de un reino, pero para los de la época de Jesús, implicaba justicia, liberación y desafío a las estructuras de poder. Hablar de un nuevo reino era un alivio para los marginados, enfermos y excluidos. Y al escuchar que se estaba acercando, despertaba la esperanza de que irrumpiría una autoridad superior a la romana y al colaboracionismo judío.

Es más, la parábola del crecimiento de la semilla (Marcos 4:26-29), que aparece sólo en este evangelio, es la revelación de que el reino de Dios, se instituye por gracia divina, es decir por obra de Dios, sin que tenga que intervenir con sus reglas de poder el ser humano. El apostolado que siembra la palabra no controla ni acelerar los destinos de una comunidad, como pretendían influir los guías religiosos en la manipulación de la gente. La nueva comprensión es que *“la semilla brota y crece sin que él sepa cómo”* (Marcos 4:27).

Con el Ungido llega el tiempo de Dios en contra del reino de los seres humanos (Marcos 1:15). La transformación es cambiar un régimen explotador, agresivo y causante de mucho dolor y sufrimiento, por el reino de amor, justicia y servicio. Es pasar de un trono imperial, al reinado de la cruz y de la gracia. En el imperio romano, el poder proviene del emperador, un ser humano que se autoproclamaba “hijo de dios” (*divi filius*) y “señor” (*kyrios*), como lo declaraba el senado en monedas y documentos oficiales. En el reino de Dios el poder proviene del cielo, que actúa a través de su Hijo (Marcos 1:1).

El reinado de los hombres está institucionalizado en la fuerza militar, el control y la dominación. El gobierno del reino de Dios está organizado para el servicio, la justicia y la misericordia (Marcos 10:42-45). La finalidad del reino de Dios es la de restaurar la vida, sanar enfermos, liberar cautivos y reconciliar a todos, en especial a los más vulnerables (Marcos 2:5-12). Y como magistralmente lo describe el caso del que estaba siendo atormentado por los demonios (Marcos 5:1-20).

Mientras el imperio excluye, el reino de Dios es inclusivo. La tiranía oprime a los pobres, se excede en impuestos y jerarquiza a la sociedad, Jesús se acerca a los pobres, marginados, enfermos, pecadores y entabla relaciones con las mujeres y los niños, a quienes se les desestimaba su función en la comunidad. A los que los judíos consideran impuros, Jesús les restaura su salud y su dignidad (Marcos 1:40-42). Al rodearse de los publicanos y pecadores, vistos como traidores y corruptos, Jesús los llama al cambio de vida y los incorpora en su ministerio (Marcos 2:15-17). Demuestra que con su gracia lo impuro se

purifica y lo repudiado lo devuelve y lo incorpora a la sociedad (Marcos 5:25-34). El imperio se vale de la religión para mantener el control administrativo y social, instrumentar al ser humano y legitimar el poder. Jesús denuncia la hipocresía y la corrupción de los líderes y los poderosos religiosos (Marcos 7:6-8), como haber convertido la casa de oración en cueva de ladrones vendiendo y comprando en el templo (Marcos 11:15-17).

Para el despotismo la cruz era símbolo de castigo y humillación. En Jesús es un signo de entrega, servicio, amor, redención y confesión de fe (Marcos 15:39). No se piensa en la violencia y la venganza, sino la reconciliación. El poder romano pasa por ser temporal. Mientras que el de Dios es eterno y productor de la vida. El reinado de Jesús vence con su vida a la muerte mediante su resurrección (Marcos 16:6-7).

La transformación social es un cambio del reinado mesiánico temporal y terrenal, según la concepción judía, por el Mesías, el Hijo de Dios (Marcos 1:15). Se pasa del Mesías humano al Ungido, Hijo de Dios (Marcos 1:1). Jesús confronta a los causantes de los padecimientos y sufrimientos, de la pobreza y de las enfermedades, de espíritus inmundos (Marcos 1:24; 3:11) y los demonios (Marcos 1:34.39), que arremeten contra Jesús y los apóstoles (Marcos 3:15; 6:12-13). Por la transformación social se abre juicio contra las autoridades judías y romanas que sirven al imperio del mal y su labor se reemplaza por la misión de los servidores leales (Marcos 10:45) y productores de sanidad y de bien (Marcos 6:53-56).

6. Conciencia social

En la actualidad entendemos por conciencia social, la solidaridad y la empatía por el dolor de los demás y se actúa para ayudar a mitigar el sufrimiento. Es ponerse en el lugar del otro para entender su situación, lo qué siente y cómo se siente. La fuente de la conciencia social es la comprensión y la compasión. Las primeras comunidades cristianas tomaron conciencia social en la fraternidad, porque entendieron que compartían la imagen y semejanza de Dios y en Cristo se convertían en hijos de Dios. La hermandad, reflejada en acciones individuales y colectivas, contribuyó a que iglesia primitiva impactara a la sociedad dominada por la cultura romana y por el judaísmo. La conciencia social de los primeros cristianos era muy sensible hacia las injusticias, la pobreza, la marginación y las diferencias de clase, que causaba las normas sociales del imperio y las prácticas religiosas del judaísmo.

A las personas generosas se les conoce como altruistas; y filantrópicas, son las personas que simpatizan con las causas humanitarias. Por su parte, las muestras de afecto que florece en las relaciones entre gente que se cae bien se conoce

popularmente como empatía. Pero en realidad, la empatía se va formando en el ser humano a partir de las creencias que se heredan en la familia, el grupo social y la comunidad donde la persona se ha ido desarrollando. La empatía es intuición, es instinto y es la clarividencia que posee una persona para distinguir la energía que se mueve en los lugares, capta olores, percibe colores, reconoce intenciones, lee pensamientos y discierne experiencias de las personas de su entorno.

La empatía se fortalece cuando se conecta más auténticamente con los suyos, como algo natural e innato en todos los seres vivos, para ser más efectivo a la hora de defender su vida y la de su entorno. La vida es individual y social, de interrelaciones, de intercambios y de adaptación, para la sobrevivencia y la mejora de la humanidad y de toda la creación. Juan Wesley expresó: *“el mundo es mi parroquia”* y enfatizó, que debíamos hacer todo el bien que podamos, por todos los medios, de todas las formas, en todos los sitios, a todas horas, con toda la gente, durante todo el tiempo. El mundo que la civilización ha querido construir, volvería a ser como el original Edén, pleno, vital; de igualdad, de espontánea evolución, sin heridas, ni quebrantos y se aclararía la atención comprensiva y compasiva hacia toda la coexistencia de la vida con generosa bondad: *“vestíos de compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia”* (Colosenses 3:12).

En las primeras comunidades cristianas se afirmaba que la fe genuina y auténtica se demuestra con obras de compasión: *“la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin*

mancha del mundo” (Santiago 1:27). Esto significa que el cristianismo desarrolló una forma de asistencia social comunitaria, sin revelarse abiertamente contra Roma, pero sí proclamaban una libertad con la fuerza de la solidaridad y el compromiso comunitario para el bien de todos, incluso con los esclavos, como lo hizo Pablo al exhortar a que el esclavo Onésimo sea recibido “*no ya como esclavo, sino como hermano amado*” (Filemón 1:16). Atrás quedaron las estructuras sociales injustas y las desigualdades más profundas del imperio romano.

El cambio de conciencia social fue tanto para el judaísmo como para los romanos, en la aceptación de la fe (Marcos 7:28-29), el endemoniado de Gerasa (Marcos 5:1-20), del judaísmo nacional se pasó a la fe universal. La conciencia social es cambio de aptitud (Marcos 1:17-18; 2:14) y recuperación de la dignidad (Marcos 1:42; 2:12), es opción por la vida (Marcos 3:4-5) y crecimiento natural del reino de Dios (Marcos 4:27), es promover el cambio (Marcos 5:20), vencer el mal (Marcos 9:27), ordenar el caos (Marcos 4:41; 5:13), discernir y razonar (Marcos 3:22-30), divisar al enemigo y valorar la diversidad y la unidad (Marcos 9:38-41). Es estar activos (Marcos 3:15; 6:7), con poder espiritual (Marcos 13:11), sirviendo (Marcos 9:35), sin buscar privilegios (Marcos 10:37) y obrando en obediencia hasta el fin (Marcos 16:15-20).



III. LUCAS COMO KERYSSO

UN CULTO DE ADORACIÓN Y PREDICACIÓN

1. Jerusalén lugar de culto

Aún en la actualidad, Jerusalén continúa siendo un visitado y populoso centro de culto religioso del mundo. Las tres religiones monoteístas del planeta y las tres únicas que tienen literatura inspirada por Dios, se asientan en la ciudad santa. Entre los puntos de encuentro, para el culto cristiano, se haya el santo sepulcro, único lugar donde la tumba está vacía. La vía dolorosa, camino de Jesús hacia la crucifixión. El monte de los olivos, en el cual Jesús instruyó a sus discípulos y ascendió al cielo. El cenáculo, aposento de la última cena. El jardín de Getsemaní, donde Jesús pasó la noche antes de morir. Además, en otros sitios de la ciudad se hayan las huellas de la presencia del cristianismo, como el barrio cristiano, santuarios, monasterios y catedrales de distintas denominaciones.

Este lugar espiritual de asidua peregrinación, tuvo sus primeros asentamientos en el siglo IV, antes de la era cristiana. Los cananeos, los jebuseos y los israelitas contribuyeron a la consolidación de la ciudad. Las huellas de la historia recuerdan las pisadas de ancestrales creencias y distintos ritos ceremoniales. Aquí se hallan los restos de las diversas expresiones

culturales y los vestigios de los imperios que la han apetecido. La ciudad registra las invasiones, los ataques y las veces que la han destruido con insensible y penosa crueldad. Babilonios, persas, griegos, romanos, bizantinos, musulmanes, cruzados, egipcios, otomanos, británicos, judíos, entre otros, se han instalado en Jerusalén para exteriorizar su religiosidad, imponer sus estrategias de control y gobernar con sus estructuras políticas, sometiendo a sus interés a toda la población.

Dios seguía conduciendo a un pueblo hasta que estuviera bien preparado y en el momento preciso enviar al redentor (Lucas 1:17). La revelación se fue dando paso a paso de manera progresiva. Por eso, esa tienda es semejante a la Iglesia, donde Dios habita por medio del Espíritu Santo. Hay que invitar a Jesús (Lucas 24:29-31), para que el corazón arda con su palabra y lo reconozcamos en la fracción del pan (Lucas 24:35). Cristo es lugar de naturaleza divina para morada de los vivientes. En efecto, se fortaleció Jerusalén como ciudad de culto, cuando el rey Salomón, construyó el templo para convertirla en ciudad de la permanente y para siempre morada de Dios (1 Reyes 8:13). La edificación de una casa para Dios es un signo para los seguidores de Jesús, pues el templo es figura de Cristo y de la Iglesia (1 Corintios 6:19). Levantar el templo físico se relaciona con la santidad del cuerpo, la morada del Espíritu Santo y la responsabilidad de los creyentes (Efesios 2:21-22). En el templo se hace la ofrenda a Dios y en nuestro cuerpo se crean los pensamientos y las obras para nuestra entrega a Dios.

Antes de Jesús, el templo que fue derribado lo volvieron a edificar. Después de Jesús el templo fue destruido y aún hoy

sólo una explanada y un muro yacen como reliquias. Para el judaísmo la señal del Mesías es que cumpla con la misión de reconstruir el templo, para los cristianos es el cumplimiento de las palabras de Jesús: *“Y a unos que hablaban de que el templo estaba adornado de hermosas piedras y ofrendas votivas, dijo: En cuanto a estas cosas que veis, días vendrán en que no quedará piedra sobre piedra, que no sea destruida”* (Lucas 21:5-6), advertencia que se conoce como el discurso escatológico de Jesús.

El evangelio de Lucas empieza en el templo (Lucas 1:8) y termina en el templo (Lucas 24:53). Toda la vida de Jesús y sus enseñanzas giran en torno a la subida a Jerusalén, lugar de culto (Lucas 1:41; 9:51). Los anuncios de Juan y de Jesús por decisión divina los convierten en un culto de ofrenda a Dios (Lucas 1:5; 26). Por una lado está la familia sacerdotal, Zacarías y Elisabeth (Lucas 1:5-25), ungidos y adoradores (Lucas 1:67-80). Por el otro José, María y su hijo Jesús, iniciadores de un nuevo pacto y familiarizados con la alabanza (Lucas 1:39-56) y la adoración (Lucas 2:8-20), el templo (Lucas 2:21-38, 41-52), y los rituales (Lucas 2:21-24). En la vida de Jesús aparecen en el templo, Simeón y Ana fieles adoradores (Lucas 2:25, 36), con el poder en la adoración espiritual (Lucas 1:15, 35, 41, 67; 2:25-35) figuras del cumplimiento del plan de salvación de Dios y la manifestación de Jesús como el Mesías prometido.

2. De Galilea a Jerusalén

El ministerio público de Jesús comienza con una preparación de su viaje camino hacia Jerusalén. El propósito de subir a Jerusalén es para consumir su misión de ser entregado, padecer, sufrir, morir y resucitar en cumplimiento del plan salvífico de Dios. Lucas es el evangelista que ubica la última tentación en la torre del templo de Jerusalén, símbolo de la ciudad cultural: *“Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo”* (Lucas 4:9), en señal de que su misión debía finalizar en el templo en un signo ritual de su sacrificio eucarístico. Jerusalén, ciudad del culto, es el escenario del gran desenlace como una liturgia ceremonial.

Jesús comienza su ministerio pasando por los diversos lugares de culto de Galilea, mientras va de camino rumbo a su ciudad natal y allí revela el designio de Dios para su tarea en la tierra (Lucas 4:14-16). Así que todo el ministerio de preparación antes de emprender el viaje definitivo hacia Jerusalén ocurre en Galilea. En su primera intervención, Jesús presenta su misión (Lucas 4:18-22), responde algunas objeciones (Lucas 4:23-

30), hace milagros, sana, echa fuera demonios y divulga el evangelio del reino de Dios (Lucas 4:43-44).

En su labor instruye a sus primeros discípulos, elige y envía a sus apóstoles y centra su ministerio en la compasión por los pobres, los marginados y los excluidos de las principales ciudades y lugares de Galilea (Lucas 4:31-9:50). Jesús estaba preparado y esperando la orden para emprender el camino (Lucas 9:51). Literalmente se lee: “Y sucedió, al cumplirse los días de su ascensión, y que él afirmó su rostro para ir hacia Jerusalén”. Con toda la fuerza ha determinado “*ir hacia adelante*”, en una pendiente de tener que “*subir*” para alcanzar su gloria: “*ser recibido arriba*”, en un anticipo de la gloria divina.

A partir de Lucas 9:51, el evangelio es reiterativo en usar los términos de ir, subiendo, encaminándose, yendo a Jerusalén. El evangelista redunda en la imagen del ascenso de Jesús, en un hecho consciente de culminar su misión en Jerusalén. Es un acto de obediencia al Padre, y como tal les muestra a sus seguidores el camino del discipulado (Lucas 14:27). Está señalando que este itinerario también es el camino de la Iglesia, que continúa su misión desde Jerusalén hacia todo el mundo (Lucas 24:47-49). El viaje no es sólo un recorrido, sino una experiencia viva en el progreso del crecimiento, en la vida espiritual y ministerial del plan de Dios (Lucas 9:53). Literalmente dice: “*haciendo camino hacia Jerusalén*” (Lucas 13:22). Significa que está construyendo un sendero. Como los versos de Antonio Machado: “*Caminante, no hay camino, se hace camino al andar. Al andar se hace el camino, y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar*”. Es como ir

haciendo la misión en el trayecto. Mientras viaja se va cumpliendo el plan de salvación. Por eso mientras va, abre senderos de sanación, milagros, expulsiones de demonios y predica el reino de Dios. Desde ya va salvando hasta la realización plena del plan de Dios (Lucas 17:11). El camino es una continua y progresiva tarea y al final completaría la acción con la pasión, muerte y resurrección. El camino va de Galilea, pasa por Samaria a Jerusalén (Lucas 17:11). En su plan de salvación rompe fronteras terrestres, vence diferencias culturas y acaba con los prejuicios religiosos (Lucas 18:31).

“Dicho esto, iba delante subiendo a Jerusalén” (Lucas 19:28). Indica que Jesús encabeza el camino, va al frente de sus discípulos, como guía decidido hacia su destino. La marcha continua hasta el final, sin detenerse, ni volver atrás, porque Jerusalén es el nuevo comienzo. Desde este lugar partirá la misión de la iglesia hacia todo el mundo (Hechos 1:8). Así es que Galilea es el tiempo de ambientación (Lucas 4:14), introducción del mensaje (Lucas 5:5), sanidades, resucitación (Lucas 7:11) y testimonios (Lucas 8:1). Luego se inicia un largo camino espiritual de reconciliación, desde la firme decisión de salir de Galilea (Lucas 9:51) hasta el momento de entrar en Jerusalén (Lucas 19:28). En la conversión (Lucas 10:25; 12:20; 15:11; 19:1) hay adoración (Lucas 10:39.42; 17:18), oración (Lucas 18:1) y palabra (Lucas 11:28), luego arrepentimiento (Lucas 13:3), y una gran cena de celebración (Lucas 14:15).

3. Lectura de las escrituras

El evangelio de Lucas se nutre bastante del Antiguo Testamento, con la finalidad de presentar la historia de Jesús, como desarrollo del designio de Dios revelado en las Escrituras del judaísmo. Desde el comienzo alude a la realización de las promesas: *“hechos cumplidos entre nosotros”* (Lucas 1:1). Lucas continúa su coherencia hasta el final, apuntando a la comprensión de las Escrituras como condición necesaria para creer en Jesús (Lucas 24:27). Simbólicamente todo el evangelio es una predicación de la palabra en una celebración cultural: *“entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras”* (Lucas 24:45). Es una interpretación de la pasión y resurrección a la luz de lo que se dice de Jesús en el Antiguo Testamento.

Lucas apoya su relato en citas bíblicas, alusiones, paralelismos y tipologías, como en las siguientes comparaciones: Deuteronomio 18:15 con Lucas 7:16; 24:19. Isaías 7:14 con Lucas 1:31-33. Zacarías 9:9 con Lucas 19:35-38. El Salmo 2:7 con Lucas 3:22; 9:35. Salmo 31:5 con Lucas 23:46. En Lucas, culmina la historia de Israel y comienza la historia de la Iglesia en una transición de continuidad con lo que empezó en el pueblo elegido.

Se une el pasado con el presente y el futuro de la Iglesia con la identidad legítima del plan salvador de Dios.

En otras ocasiones, el autor adapta las citas bíblicas a la comprensión de Jesús y a su misión a la luz de los escritos judíos (Lucas 24:46-47). Lo que le interesa al escritor, es que el lector tenga la absoluta certeza (ἀσφάλεια, *asphaleia*) del testimonio histórico y divino de los que vieron y oyeron a Jesús y que transmitieron y enseñaron su mensaje con veracidad (Lucas 1:1-4). Los hechos de Jesús son veraces, por eso acude a la expresión: ἐν ἡμῖν, *en hémin*, “entre nosotros” (Lucas 1:1). Lucas es la confirmación histórica y fundamento verificado en la transmisión de la tradición apostólica.

Lucas utiliza el lenguaje de los modelos narrativos y los temas de las antiguas promesas, como en el magnificat (Lucas 1:46-55) y el benedictus (Lucas 1:68-79) y las citas de los salmos (Salmos 98; 103; 132), y crea una descripción paralela con el cántico de Ana (1 Samuel 2:1-10). La infancia de Jesús promueve la fe de Israel y es fiel al pacto con Abraham y de David con Dios (Lucas 1:32-33), coincidiendo con las promesas de 2 Samuel 7:12-16 y con Isaías 9:7. Simeón (Lucas 2:29-32), pronuncia las palabras de Isaías (Isaías 49:6). La audiencia en el culto cristiano percibe la conexión entre las lecturas de la sinagoga judía y los sucesos del nuevo camino.

Jesús se presenta a sí mismo, como el cumplimiento vivo del plan de Dios (Lucas 4:16-21), lee la Escritura de Isaías 61:1-2, la interpreta y se aplica el mensaje a sí mismo: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:21). También

cuando Juan envió a sus discípulos (Lucas 7:20-22). Se trata del cumplimiento en Jesús del discurso profético (Isaías 35:5-6). Se aplicó el lenguaje del salmo 118:22, al concluir la parábola de los labradores malvados (Lucas 20:17). Lucas también estructura sus escritos trayendo figuras importantes del Antiguo Testamento (Lucas 9:30-31). Cuando Jesús purifica el templo (Lucas 19:45-46), no encontró ninguna oposición, porque conocían las Escrituras (Isaías 56:7 y Jeremías 7:11). Aunque después de que Jesús comenzó a predicar a la luz de sus Escrituras, se rebelaron contra la nueva enseñanza (Lucas 19:47-48). Lucas presenta la historia judía cumpliéndose en Jesús dentro del plan de salvación de Dios, según fue revelado en la ley, los profetas y los salmos. Por eso Lucas acude a la expresión: *“cumpliéndose lo que estaba escrito”*, como en Lucas 4:21;18:31;22:37;24:44-47), especialmente mediante el verbo griego πληρόω (plēroō), que significa cumplir, completado, plenitud.

Lucas da prioridad a las Escrituras: el cántico de María (Lucas 1:46-55), es de 1 Samuel 2:1-10. El cántico de Zacarías (Lucas 1:67-79) su referencia es de Malaquías 3:1 y de Isaías 9:2. El cántico de Simeón (Lucas 2:29-32) está inspirado en Isaías 42:6;49:6. Juan Bautista (Lucas 3:4-6) usó a Isaías 40:3-5. Jesús lee en el servicio de la palabra (Lucas 4:16) a Isaías 61:1-2 y predica haciendo referencia al texto de las Escrituras (Lucas 4:21). Jesús también citó los mandamientos (Lucas 18:20) y el final es un gran culto, en el cual se realiza un servicio de adoración total y completo (Lucas 24:13-35) y después de adorarlo volvieron al templo para continuar la alabanza (Lucas 24:50-53).

4. Escucha de la palabra

En el lenguaje humano se usa el vocablo Escritura (γραφῆ, graphē) que normalmente se refiere al mensaje escrito en letras y números de un idioma. En el evangelio de Lucas, Escritura es la palabra escrita del plan de Dios que se manifiesta en Jesús: *“Hoy se ha cumplido esta Escritura (graphē) delante de vosotros”* (Lucas 4:21). La graphē es una palabra inspirada que necesita revelación (Lucas 24:27). Jesús mismo descifra las Escrituras refiriéndose a su propia identidad, como Cristo, y a su misión de su pasión y de su gloria (Lucas 24:45).

Otro término que Lucas utiliza es ῥῆμα, rhēma (Lucas 1:37). Literal es “porque no será imposible junto a Dios ninguna palabra (ῥῆμα)”. María responde: *“Hágase en mí según tu palabra (ῥῆμα)”* (Lucas 1:38). La ῥῆμα designa que la palabra de Dios irrumpe en la historia y cumple lo prometido (Lucas 3:2). Cuando en la narración: *“pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”* (Lucas 2:19, 51), significa que “guardaba todas estas palabras” (ῥήματα, rhēmata). Se trata de palabras que conllevan la eficacia salvífica y no de simples expresiones verbales. De ahí que para Simeón es el cumplimiento de

lo que esperaba de Dios (Lucas 2:29). De igual manera sucede con las mujeres en el sepulcro, son apercebidas para que entendieran las prédicas de Jesús: *“Entonces ellas se acordaron de sus palabras (ῥημάτων, rhēmatōn)”* (Lucas 24:8). Tras la resurrección comprendieron lo que Jesús les decía mediante anuncios proféticos, los cuales eran auténticos mensajes de Dios.

Lucas también emplea λόγος (Lucas 4:32). Jesús dice que la semilla es la palabra (λόγος) (Lucas 8:11) y enseguida revela que el objetivo es escuchar la λόγος (Lucas 8:15). Cuando una mujer vocea admiración y devoción, Jesús responde: *“Pero aún más bendito es todo el que escucha la palabra (λόγος) de Dios y la pone en práctica”* (Lucas 11:28). Dando a entender que Jesús es el portador de la palabra (logos) de Dios, cuyo contenido es el mensaje del reino de Dios.

La gente se aglomera para escuchar su palabra (Lucas 5:1). La misión de Jesús es difundir la palabra de Dios (λόγος τοῦ Θεοῦ). La obediencia a la palabra produce resultados (Lucas 5:5-6), y sus vidas son transformadas (Lucas 5:10-11). Porque la palabra es el mensaje garantizado de Dios. Escuchar la palabra no es sólo oír el texto escrito (γραφῇ, graphē), sino recibir el mensaje de Dios (ῥῆμα, rhéma) y obedecer al Λόγος (Lógos) que es la Palabra transformadora de Dios.

El gran aporte de Lucas es que une la historia de la salvación en la Escritura (γραφῇ, graphē), con la historia de la proclamación del Evangelio (ῥῆμα, rhéma), mostrando que la Palabra escrita se cumple y se aviva a través de Jesús (Λόγος, Lógos) en su Iglesia. Escuchar las Escrituras es fundamental en el

evangelio de Lucas, pues como fiel colaborador de Pablo (Colosenses 4:14), sabia de su importancia (1 Timoteo 3:16-17), porque la Escritura tiene su origen en Dios y su finalidad en la formación del creyente. Con Lucas, leemos y escuchamos la palabra bíblica, la entendemos y la predicamos, dentro de la sucesión apostólica, para mantener en avivamiento la vida de la Iglesia (Romanos 10:8). La fe es nuestra respuesta a Jesús y el dinamismo para cumplir la voluntad de Dios. En escuchar la Palabra, creerla y hacerla, se cumple la promesa de la salvación. El proceso de la vida cristiana es escuchar la palabra, entenderla y enseñarla. Es lo que llamamos el plan total de la evangelización completa, porque anima a leer la Palabra, abre el entendimiento y responde a la obediencia de transmitir el mensaje para seguir convocando a los nuevos testigos.

En Lucas hay siervos de la palabra (Lucas 1:2), mensajero de la palabra (Lucas 1:19, 26), incrédulo de la palabra (Lucas 1:20), fieles (Lucas 1:38) dichosos (Lucas 1:45), profetas (Lucas 1:67), bendecidos (Lucas 1:65). Oidores y guardas de la palabra (Lucas 1:66; 2:19; 12:51). Dan gloria de Dios (Lucas 2:9) y alaban (2:15). oyen, preguntan y responden (Lucas 2:46-47). Se consiguen buenos resultados (Lucas 5:5), se levantan predicadores (Lucas 5:10), de todas partes se convierten (Lucas 5:6). Doce son enviados (Lucas 9:2) y luego setenta salen a predicar (Lucas 10:1), oyen a Moisés y a los profetas (Lucas 16:31), eficacia de la oración (Lucas 18:1-15) a filo de espada (Lucas 22:35-38).

5. Cena del nuevo pacto

Uno de los detalles que despierta interés en la cena del nuevo pacto, en la versión de Lucas, son las copas que representan dos momentos distintos de la celebración pascual, en medio de la partición del pan. En la primera copa Jesús declara que no beberá más hasta después de la llegada del reino esperado (Lucas 22:17-18). Es la copa de la restauración definitiva en el Reino de Dios.

Así es como Lucas relaciona la primera copa con el paso en el éxodo y la segunda copa la vincula con el paso de la muerte a la vida de Cristo, en la redención definitiva. Lucas fusiona la pascua judía y la cena cristiana en un sólo relato, mostrando la transición del antiguo al nuevo pacto, con la copa en sentido de expiación (Lucas 22:20). Esta segunda copa es la del nuevo pacto, con la que Jesús firma una nueva relación con Dios mediante su sangre. Igual a la enseñanza de Pablo, de quien posiblemente Lucas recibió la instrucción (1 Corintios 11:25).

En la cena cristiana, el acto de Jesús de partir (ἐκλασεν, eklasen) el pan y darlo a sus discípulos es señal de comunión eclesial (ἐκκλησία, ekklesia) y de la presencia viva de Cristo en

la Iglesia. Por eso, los discípulos siguieron haciendo el signo de la fracción del pan como un sacramento (Hechos 2:42), por lo que la participación, es la continuidad que hace Jesús en la entrega de su cuerpo.

En comunidad se parte el pan en memoria de Cristo, como un anticipo del reino de Dios. Es memoria de que Cristo camina con su Iglesia (Lucas 24:13–35). Jesús camina con sus discípulos, les comparte las Escrituras y lo reconocen en la fracción del pan (Lucas 24:30–31). La presencia viva de Jesús se manifiesta en la reunión de los creyentes, en la Palabra y en la cena del nuevo pacto. Como lo hizo en la bendición de los panes (Lucas 9:16–17), aparecen las mismas palabras de Lucas 22:19: *tomó, bendijo, partió y dio* (Lucas 14:15). Jesús invita a personas de todas las condiciones físicas y sociales (Lucas 14:15–24). Comer pan en el reino de Dios, significa participar de la salvación.

La cena del nuevo pacto expresa la culminación del ministerio de Jesús y anticipa su muerte como acto redentor. Lucas presenta este momento no sólo como un gesto ritual, sino la institución de una nueva alianza entre Dios y la humanidad, sellada con la entrega personal del Hijo de Dios.

El pan y el vino significa un nuevo pacto, en el que Jesús entrega su cuerpo y su sangre en un sacrificio redentor para el perdón y la salvación.

La Iglesia vive este amor de Dios en torno a la mesa del Señor: *“y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón”* (Hechos 2:46), como signo de unidad, como un anticipo del

banque eterno, cuando Jesús vuelva a beber del fruto de la vida en el Reino de Dios: “¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos” (Mateo 20:22). Jesús les respondió: “a la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados” (Mateo 20:23). De esta manera los discípulos perpetuamos su presencia y su mensaje en la comunidad.

En Lucas encontramos el mesón (Lucas 2:7; 22:11-13). Sentados para comer (Lucas 9:14). La mesa y el comer, la ofrenda y el diezmo (Lucas 11:37-42; 14:1; 21:1) provocación de la palabra (Lucas 11:53-54). Trabajar y sanar (Lucas 13:14). La cena (Lucas 14:12-13) y la gran cena (Lucas 14:15-24). El regocijo (Lucas 15:22-24, 32). El banquete (Lucas 16:19-31). Ceñirse y servir (Lucas 17:7-10). Casa de oración (Lucas 19:46). Fiesta de panes (Lucas 22:1,7). Copa del nuevo pacto (Lucas 22:20), servicio (Lucas 22:28-28), fracción del pan (Lucas 24:35) y alabar siempre (Lucas 24:53) en el pacto nuevo entre Dios y su Iglesia.

6. En permanente liturgia

La liturgia son reglas y normas que establece un grupo de personas, para realizar el culto religioso de una comunidad que adora y alaba a Dios en la asamblea de congregantes. En su etimología, liturgia proviene del griego λειτουργία, leitourgía, λαός, laós es pueblo y ἔργον érgon es obra, acción. Significa servicio en beneficio de la comunidad. En el pueblo judío la ley (torá) guiaba y planificaba la forma de adoración, pero con la llegada del cristianismo se reformó, el modo y el lugar del culto, en un ministerio espiritual. Los elementos centrales del culto judío fueron transformados, reinterpretados y completados en la plenitud de la liturgia cristiana.

El precepto externo de conducta y culto ceremonial del judaísmo, al ser modificado por el nuevo culto, se interiorizó por la acción del Espíritu Santo (Lucas 4:18-19). Jesús llegó a un acto litúrgico en la sinagoga y se sentó a enseñar, como lo hacían los rabinos, pero en un nivel espiritual por su divinidad. El culto ya no se centra en el templo con ritos sacrificiales y en la sinagoga con la enseñanza de la ley, sino en la guía y la acción liberadora del Espíritu del Señor.

El templo de Jerusalén, como lugar único del sacrificio, se cambió por las reuniones de casa y más tarde en santuarios locales, donde Cristo mismo es el nuevo templo y la Iglesia, morada del Espíritu Santo (Lucas 2:21-38). El sacerdocio levítico, mediador entre Dios y el pueblo, fue reemplazo por Cristo (Hebreos 4:14-16) y por el sacerdocio espiritual de todos los creyentes (1 Pedro 2:9), como participación espiritual de toda la comunidad de bautizados.

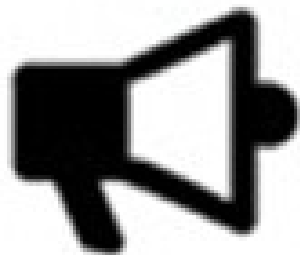
La vejez y la esterilidad amenazan la prolongación litúrgica (Lucas 1:8-10). En un acto litúrgico se anuncia la terminación de un sistema de culto antiguo, por un nuevo comienzo de celebración en la redención de Cristo. La transformación del judaísmo al cristianismo inicia en el centro del culto judío y da paso a la liturgia del resucitado. La bisagra que sirve de transición del Antiguo al Nuevo Testamento es el culto público del pueblo que pasa, de los sacrificios en un templo, a la celebración de la vida en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, en un sacrificio vivo, permanente y definitivo en Jesucristo. Por eso, en este evangelio el ministerio de Jesús parte de Galilea y hace una peregrinación hasta Jerusalén, en donde concluye el motivo de su procesión, que es la inmolación por la salvación de la humanidad (Lucas 9:22). El viaje de Jesús es una caminata litúrgica (Lucas 9:51). Su destino redentor es inevitable en el cumplimiento del plan divino (Lucas 13:33). Jesús hace conciencia de su misión divina y del destino profético, que lo conduce a la cruz y lo comparte con sus discípulos.

Para el pueblo judío, Jerusalén sigue siendo el centro del culto al Dios de Israel. Para el cristianismo, Jerusalén es el

escenario de los acontecimientos redentores de la vida de Jesús (Lucas 23-24) y el punto de partida donde se dio la transformación del judaísmo al cristianismo. Aquí fue donde se cambiaron las ofrendas y los sacrificios, por la cena del nuevo pacto (Lucas 22:19-20), se pasó de las leyes morales y rituales a la guía del Espíritu Santo (Hechos 2:1-4). Aquí se inició la misión universal (Hechos 1:8) y es símbolo de la *"Jerusalén celestial"* (Apocalipsis 21:2). Y para el islam, Jerusalén es el tercer lugar más sagrado, desde donde ascendió al cielo el profeta Muhammad.

En la Iglesia la historia, la fe y la esperanza la viven sus miembros en las iglesias locales, donde se da el encuentro entre Dios y la humanidad, se predica la revelación y la redención de Cristo, se adora, se alaba y se comparte la santa cena, y mientras se espera la segunda venida del Señor, se invita a la paz y se restaura la vida de quienes aceptan el mensaje de Jesús.

El centro y los motivos del culto es Jerusalén (Lucas 1-2). Los preparativos para la adoración es una evaluación situacional (Lucas 3:1-4:13). Galilea es la realidad y necesidad de milagros, sanación y enseñanzas, con lo que llegamos y con lo que empezamos el servicio de adoración (Lucas 4:14-9:50). Lucas es un camino permanente de subida hacia Jerusalén (Lucas 9:51-19:28), para celebrar el servicio de adoración en el templo alabando y bendiciendo a Dios constante (Lucas 24:52-53). La unidad de la iglesia y la perseverancia se fortalecen con la adoración (Lucas 24:13-35), en una liturgia de signos, palabras y acciones para expresar la fe en Dios y la santidad.



IV. JUAN COMO KERIGMA

UN PLAN DE EVANGELISMO

1. Gracia

La gracia es un regalo gratuito de Dios (Juan 1:14). Es la palabra del amor de Dios en Jesús. Por eso, cuando Juan usa la expresión Verbo (Λόγος, Lógos), es Palabra, Mensaje o Expresión divina. El mensaje es Jesús y la Escritura es el instrumento y el canal que contiene a Jesús para la humanidad (Juan 1:1). Es decir, Dios mismo se hizo hombre en la persona de Jesús. La naturaleza humana se revistió de gloria con el pensamiento de Dios, para habitar entre los seres humanos (Juan 1:12). Antes la ley mosaica se basaba en la obediencia de sus preceptos y en el mérito de cumplir sus mandatos. Ahora la gracia es un regalo que se derrama infinitamente (Juan 1:16-17).

Por tanto, desde el comienzo Juan confirma que la gracia tiene su origen en Dios (Juan 1:1), que se da a conocer en su Palabra (Juan 1:14) gratuitamente para los creyentes (Juan 1:12, 1:16). La Palabra que es Jesús, revela al Padre (Juan 1:18), con el único propósito de que seamos salvos: (Juan 3:17). La propuesta divina es el amor y su propósito es la salvación universal, no la condena. Jesús vino a dar vida desbordante: *“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”*

(Juan 10:10). Dar vida equivale a salvación, a la vida eterna y a la comunión con Dios, ya que, sin su gracia, que es Cristo, nos separamos de Él (Juan 15:5). Sin Cristo nada podemos hacer, pero la unión vital con Cristo, que es su obra de gracia, todo es posible, porque Cristo es el único mediador entre Dios y sus creaturas: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”* (Juan 14:6). Sólo por medio de su gracia se puede entrar en comunión con el Padre. Pues Dios mismo es la gracia encarnada que abre el camino a la vida eterna. En Juan, la intensidad del Padre es la salvación ((Juan 6:39-40). Dios desea que todos alcancen la vida eterna en Jesús (Juan 12:47). El envío del Hijo tiene como fin la salvación del mundo, en espera de la respuesta del ser humano (Juan 3:18-19). Rechazar la gracia es permanecer en la oscuridad separados de Dios, porque en la versión de Juan, sin la gracia del Verbo encarnado, el ser humano queda separado de la vida divina.

En sí, la gracia es la presencia de Dios encarnada en la persona de Cristo, quien es *“lleno de gracia y de verdad”* (Juan 1:14). Llenura significa plenitud completa. Por ser Verbo (Λόγος) es totalidad y siendo Hijo unigénito, conlleva en sí mismo toda la naturaleza de Dios (Juan 3:16). Juan afirma que Jesús también está lleno *“de verdad”* (Juan 1:14). La palabra verdad, en griego es ἀλήθεια, alétheia, cuyo sentido es más profundo que decir ciertamente, algo con exactitud o sinceridad como valor humano. La verdad en Jesús es la revelación plena, total y completa de la fidelidad de Dios mismo. En Jesús, Dios es plenamente fiel a su palabra y a su propósito.

Jesús pide al Padre que santifique a los discípulos por medio de la verdad, que es la palabra de Dios (Juan 17:17). Conocer la verdad es ser transformado por Jesucristo (Juan 10:28-29). Jesús revela la sustancia y la naturaleza divina (Juan 8:28-29), y transmite lo que el Padre le da, en contraste con el diablo que es el padre de la mentira (Juan 8:44). Jesús, Hijo de Dios, es la fidelidad y la verdad misma. Su palabra y sus acciones son confiables, porque reflejan la realidad divina.

La gracia y la verdad en Cristo indica una sobreabundancia del favor divino. El creyente recibe gratis de la plenitud de Cristo (Juan 1:17). En Cristo se inaugura un nuevo pacto, ya no en la obligación sino en la convicción de la gratuidad del amor divino. Es tanto el amor que nos muestra el rostro de Dios (Juan 1:18). La manifestación de la gracia es inseparable de la versión de Dios que revela Jesús. La gracia es Dios dándose a conocer y ofreciéndose al ser humano a través de su Hijo.

El verbo encarnado se da a conocer en palabra, sabiduría y humanidad como un regalo de Dios (Juan 1:1-18). La oferta de la gracia está disponible (Juan 1:12). Jesús es lleno de gracia y de verdad (Juan 1:14). De esa gracia tomamos todos (Juan 1:16) porque la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan 1:17). Los primeros discípulos fueron evangelizados (Juan 1:35-51). Los signos y señales son para creer (Juan 2:11). Debe haber un nuevo nacimiento (Juan 3:3) espiritual (Juan 3:5) para creer en la vida eterna (Juan 3:15). Por gracia del amor (Juan 3:16) el buen pastor da la vida por sus ovejas (Juan 10:11).

2. Pecado

Pecado es todo aquello que nos separa de Dios. Y en Juan, lo que nos separa de Dios es la incredulidad. Aceptar a Jesús es creer, y esa fe nos une a Dios. Pecado es negarse a recibir la revelación de Dios en Cristo (Juan 3:18). El contexto de la condenación está en la escena de Jesús y Nicodemo (Juan 3:3). El nacimiento nuevo, es el pacto de creer en el enviado de Dios, es la fe que abre el acceso a la vida eterna. El rechazo a Jesús conlleva la condenación de vivir separados de Dios.

Pecado son las tinieblas en las que duerme la humanidad, por no estar en la comunión con Dios (Juan 3:19-20). En el judaísmo, pecado también es una ruptura en la relación con Dios, que repercute en la separación comunitaria y en la reyerta habitual consigo mismo. Pero a diferencia de la fe cristiana, en el judaísmo, la causa de la fractura es por la desobediencia a la Torá (la Ley de Dios), es la transgresión moral a la ley.

En contraposición, el evangelio de Juan considera que el pecado es no reconocer a Jesús como el Hijo de Dios, que es quien, por su sacrificio deshace el pecado (Juan 1:29). Porque pecado es la ruptura de la relación con Dios al no creer en Jesús,

su Hijo (Juan 16:8-9). La fe en Jesús elimina el poder del pecado, porque Cristo es lumbrera en su palabra (Juan 8:12) y es libertad espiritual de Dios (Juan 8:32). Pecado es rechazar la revelación de Dios en Cristo, es no creer en Jesús como el Enviado del Padre (Juan 3:19-20). El pecado no es una acción, ni un acto malo, pecado es vivir en tinieblas (Juan 9:41).

El pecado de los fariseos es el rechazo adrede a su Palabra, fingiendo estar en lo cierto. Esa incredulidad y rechazo no es sólo una transgresión moral, sino la condición de estar separado de Dios por no creer en su Hijo (Juan 15:4-6). Además, el pecado nos impide ver la gloria de Dios y nos impide ser discípulos de Jesús (Juan 15:7-8). El discipulado es intrínseco a la unidad espiritual con Jesús y con su palabra, ya que sin esa conexión no se puede ejercer la evangelización (Juan 5:10).

Así pues, pecado es resistirse a la gracia, a la verdad y a la luz de Cristo (Juan 8:24). Morir es desconocer la descendencia divina de Jesús (Juan 15:21). La separación de Dios hace culpable al ser humano, cuando rechaza al Hijo que es la manifestación del Padre (Juan 16:8-9). La incredulidad es lo que nos separa del amor y la vida de Dios (Juan 8:34).

El pecado es una insensatez que oprime a la persona, mientras que el poder del Hijo la libera (Juan 8:36). La libertad plena se da sólo en la comunión con Jesús, quien es el autor de la vida y vencedor de la muerte, al destruir el pecado del mundo (Juan 1:29). Del pecado no se sale con el sólo esfuerzo humano, ni la fe salvadora de Cristo es por pura voluntad del creyente. La capacidad de creer y permanecer en la fe salvadora supera

cualquier mérito humano, porque la salvación es la obra redentora del amor de Cristo en la cruz por la humanidad: *“cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu”* (Juan 19:30). ¡La deuda está pagada!

Se pide enderezar el camino del Señor (Juan 1:23), al comienzo purifica el templo, que es su cuerpo (Juan 2:13-22). Todos pecaron (Juan 3:20; 8:7) y van a la muerte (Juan 8:21,24), esclavizados (Juan 8:34), por ser hijos del diablo, homicida y padre de la mentira (Juan 8:44), por eso acusan a Jesús (Juan 8:46, 49; 9:16, 24-25, 31). Les preocupa el pecado en otros (Juan 9:2, 34), pero Jesús les confirma que todos tienen pecado (Juan 9:41; 15:22, 24). El Espíritu los convencerá (Juan 16:8-9; 19:11) y el perdón de pecados los involucra a todos (Juan 20:23).

3. Dios

Dios es el término común que se utiliza para nombrar al ser supremo, hacedor, soberano, absoluto, trascendente, perfección, infinito, bondad y plenitud. Es reconocido como causa primera y realidad última del universo. Inteligencia pura. Creador de la ordenación de la leyes universales, de lo invisible y lo visible. Es origen y orden, sustentador de todo lo que existe y que procede de su esencia. Dios se da a conocer en su creación por la razón de su naturaleza divina de verdad y amor. Nada hay por encima de Dios. Existe por sí mismo y aunque es invisible al mundo físico, se expresa en la dimensión espiritual y existencial para comunicarse a través de signos y señales que entiende el ser humano.

En Juan, se nos da a conocer el misterio creador con mayor claridad a través de Jesús (Juan 1:1-4). Juan abre su evangelio con la afirmación de que la Palabra es eterna, que existe antes de la creación, es divina y está con Dios y es Dios, haciendo referencia a Cristo, quien es el agente de la creación. En sí la creación es una obra personal del Hijo eterno, de donde proviene la vida. Así que la creación está hecha para que todos los

pueblos, en todas las épocas y culturas, conozcan a Dios (Romanos 1:20). La creación es la escritura universal y la natural predicación, para aquellas personas que aún no tienen acceso a la palabra revelada de su Hijo Jesucristo (Juan 1:18). De esta manera, Cristo revela plenamente a Dios, es su imagen visible, eterno, soberano y preeminencia absoluta. Sin embargo, para reconocer a Dios en Jesús, no basta con conocer sus prodigios y milagros, hay que creer que su rostro es Dios actuando en la historia humana (Juan 14:9). Quien reconoce a Jesús como Hijo de Dios hecho hombre, conoce a Dios, porque Jesús y Dios comparten la misma naturaleza divina.

Además, Jesús también es una propagación de Dios en la reproducción de sus hechos: *“Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”*. Jesús puede dar vida resucitando muertos (Juan 11:43-44) y eso sólo es poder Dios y Jesús lo hace y lo dice: *“Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá aun después de haber muerto. Todo el que vive en mí y cree en mí jamás morirá. ¿Lo crees, Marta?”* (Juan 11:25-26). Es una demostración del poder de Dios. Jesús sabe todo al igual que Dios: (Juan 2:24-25). En las bodas de Caná, conocía que no había llegado el tiempo (Juan 2:4), pero luego estando en Jerusalén, discurría con plena conciencia y propósito que es el momento de su pasión (Juan 13:1). Dios manifiesta su amor perfecto y espera la respuesta de fe de los creyentes (Juan 16:30).

Puesto que Dios está siempre presente en Jesús y Jesús está con nosotros, debemos honrar su estancia en la adoración (Juan 4:23-24). De esta manera la vida de los creyentes se sostiene por Cristo (Juan 14:19-20) y el Espíritu Santo sella la presencia

divina en el creyente (Juan 16:7). El nombre de Dios comparte con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la misma naturaleza divina en cuanto crea y da vida, conoce profundamente todo lo humano y todo lo futuro, y habita en todos y no está limitado por lo físico. El estándar de la relación del ser humano y Dios no es el saber de Dios, sino el amor que se profesan (Juan 13:34). Amar es participar de la vida de Cristo (Juan 15:5). En Juan Dios se define por su amor que se demuestra en la salvación (Juan 3:16). Y la salvación se define como la convivencia del ser humano con la vida eterna, que es participar de la vida misma de Dios desde ahora.

El Padre desea la comunión con sus hijos (Juan 17:3). Luego la vida eterna no es simplemente vivir para siempre, sino vivir en relación con Dios. La vida eterna comienza ahora, no después de la muerte. El verbo es Dios (Juan 1:1). Dios es amor y su propósito es que vivamos en amor (Juan 5:42). Dios por amor al mundo envió a su Hijo, para salvación (Juan 3:16-17); y si no creemos en su Hijo, la ira de Dios actuará (Juan 3:36). Dios es Espíritu (Juan 4:24) y los muertos oirán su voz y vivirán (Juan 5:25). Dios enseña (Juan 6:45) su doctrina (Juan 7:17) y el que oye a Cristo, oye a Dios (Juan 8:47) y conoce a Dios, que es vida eterna (Juan 17:3); Dios es también nuestro Padre (Juan 20:17). La obra de Dios es creer en Cristo (Juan 6:29).

4. Cristo

Después de que Juan habla de la naturaleza divina de Jesús (Juan 1:1-18), pasa a la misión redentora del Mesías o Cristo, el ungido de Dios. Jesús significa Salvador; Mesías es ungido en hebreo y Cristo en griego. La misión de Jesús, quien es el Verbo divino, se desenlaza en su muerte como Cordero. El Verbo y el Cordero es el mismo: *“el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Juan 1:14), para que la redención sea un nuevo pacto con la humanidad. Con Israel, era de Dios a pueblo (Levítico 26:12, Jeremías 30:22, Ezequiel 36:28), pero con la Iglesia es de Padre a hijos (Juan 1:12). Jesús afirma explícitamente que compartimos el mismo padre con él (Juan 20:17).

El símbolo del antiguo pacto fue representado en el sacrificio de un cordero (Éxodo 12:1-14; 29:38-42; Levítico 4:32-35; 14:12-13), en donde la inmolación significaba la liberación de la esclavitud, la sangre del pacto y la identidad del pueblo restaurado. Pero al llegar el momento culminante del plan de Dios, el signo del nuevo pacto es el Cordero que ofrece la salvación para todos (Juan 1:29). Además, incita a sus propios discípulos a seguir al Cordero, dándoles la señal de que ese es el

redentor, el Mesías o Cristo esperado, del mismo que les había hablado (Juan 1:35-37). Es una invitación a dejar el antiguo modo de creencias y empezar a ser discípulos de Jesús. La obra de Jesús es diferente a la del antiguo pacto (Juan 1:15-16). Jesús muere en la cruz y resucita en sacrificio definitivo y perfecto, que Dios decidió en reemplazo de los sacrificios y ofrendas de animales del antiguo pacto (Juan 1:29). Además, en el mismo escenario salvífico, Juan llama a los bautizados a vivir en consecuencia la relación permanente con Cristo, que acepten la indicación de seguir a Jesús, como discípulos de su nuevo y divino Maestro (Juan 1:36).

En el evangelio joánico, los discípulos de Juan, el profeta, siguen a Jesús por ser el Mesías, el Cristo anunciado y el esperado del antiguo pacto (Juan 1:40-41). Por haberle Andrés confesado a su hermano su encuentro con el Mesías (Juan 1:41), Pedro llega a Jesús (Juan 1:42). Luego del encuentro personal de Felipe con Jesús y de su llamado a ser su discípulo (Juan 1:43-44), Felipe compartió su testimonio de su fe salvadora con su amigo Natanael (Juan 1:46). Sin entrar en polémica le dice no me creas a mí, pruébalo por ti mismo (Juan 1:49). Ante Jesús todos se doblegan, nadie se resiste al amor divino de Jesús. Así, la fe comienza con una inquietud inicial, se aviva con el testimonio de la fe evangelizadora, se profundiza al contacto directo con Jesús y se persevera hasta el final cuando se continúa caminando con Jesús.

Por eso, la labor del evangelista es conducir nuevos prospectos a la presencia de Cristo, de lo demás se encarga Jesús, quien espera que todos alcancen la paz, el gozo y la armonía

que produce la salvación. Como lo hizo la mujer samaritana: “¿No será este el Cristo?” (Juan 4:29), para que ellos mismos tengan su propia experiencia personal con Jesús. Lo mismo sucede ante la incertidumbre y la incredulidad del apóstol Tomas, al final se rinde expresando su testimonio de fe: “¡Señor mío, y Dios mío!” (Juan 20:28). En el evangelio de Juan, es el mismo Jesús quien revela que él es el Mesías: “sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:25-26). Jesús se autodeclara explícitamente como el Cristo. Después de la curación del ciego de nacimiento, “le dijo Jesús: Pues le has visto, y el que habla contigo, él es. Y él dijo: Creo, Señor; y le adoró” (Juan 9:37-38). En la acción evangelizadora no hay secreto mesiánico, ni nada queda implícito, sino que se afirma la identidad mesiánica, con autoridad divina y el poder de Jesús mismo.

El evangelio de Juan presenta a Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29, 36). Los discípulos lo siguieron por ser el Mesías, el Cristo (Juan 1:41). Jesús mismo revela que él es el Mesías (4:25-26; 9:37-38). Jesús manifestaba su gloria a través de las señales (Juan 2:11). Jesús es el Cristo, el Salvador del mundo (Juan 4:42), es el Hijo del Dios viviente (Juan 6:69; 11:27). Jesús es la luz (Juan 1:4, 9:5), el agua viva (Juan 4:11-14); el pan vivo (Juan 6:51); la puerta (Juan 9:10); el buen pastor (Juan 10:11); la resurrección y la vida (Juan 11:25); Jesús es vida eterna (Juan 17:3).

5. Fe

La fe es la confianza que se deposita en alguien o en algo. Es la adhesión a una percepción de la realidad, que se toma como verdadera y que da sentido a la vida personal y grupal. Las expresiones de fe se reseñan desde los orígenes de la humanidad. Por la arqueología, se presume que los primeros signos de fe aparecen, cuando los seres humanos comenzaron a expresar su realidad invisible o trascendente, hace unos 100 mil a 70 mil años. A partir de ese tiempo se hayan huellas de entierros funerarios, pinturas rupestres de animales sagrados, rituales y símbolos. Hay señales de creencias en fuerzas superiores y espirituales. Se aprecian los tótems y amuletos que representan protección, espíritus o poderes invisibles. Así, desde la prehistoria, los seres humanos ya mostraban comportamientos religiosos en la expresión de su fe.

La fe es la respuesta de cada uno al propósito de Dios. Fe es vivir en la consciencia y la obediencia al plan salvífico de divino. A través de la fe nos incorporamos a Jesús, el Hijo de Dios, y es por la fe que perseveramos en Cristo para participar de la vida eterna (Juan 17:3).

Los judíos pensaban que la fe era por los lazos sanguíneos que los unía a Dios, sin contar ni promover la conversión, ni la adhesión personal a Cristo, como tampoco se interesaban por el discipulado y la evangelización (Juan 8:32-34). Por otro lado, la fe ocasional tampoco refleja la fe verdadera (Juan 4:20). Se trata de la fe por temporada y como se sienta el creyente. En efecto, la fe de emergencia es usada en los momentos de inminente peligro, ante catástrofes y fenómenos naturales (Juan 6:26). Los convoca los milagros sin reconocer a Cristo.

En cambio, la fe salvadora, es la fe que brota del evangelio. Es la fe que rescata al pecador de la muerte espiritual y lo lleva a vivir en la gracia de Dios. Mediante la fe que salva, la persona consigue la transformación. El creyente se centra en Jesús como su único Salvador (Juan 3:16), lee, entiende y enseña la palabra (Juan 20:31). El salvado cree en los mandatos y los practica (Juan 14:23). La fe salvadora genera el nuevo nacimiento (Juan 3:3). Quien tiene la salvación madura espiritualmente, persevera en Cristo (Juan 15:4-5), produce frutos (Juan 15:8) y recibe el privilegio de ser hijos de Dios (Juan 1:12-13). Por la fe salvadora creemos y confiamos en Jesús (Juan 3:16). La fe real se traduce en la relación personal con Jesús. Luego ni la fe intelectual, cultural, ni tecnológica, salvan, aunque coinciden con la fe en muchos de sus cometidos, coexisten juntas para el bien de la humanidad en lo espiritual y lo físico.

La fe y la ciencia se asemejan en que ambas buscan la verdad. La ciencia en el ámbito físico y la fe en el sentido de la vida. No hay ciencia sin literatura, como no hay fe sin la palabra escrita. La fe le encuentra sentido al orden del universo, la

ciencia se maravilla de su funcionamiento. La fe orienta la vida hacia el bien, la tecnología mejora el bienestar y la calidad de vida. La tecnología resuelve problemas, la fe ofrece propósitos. La tecnología supera limitaciones, la fe conduce a la trascendencia. Por la fe y la ciencia, el ser humano se anima a crear, imaginar y transforma el ambiente. Tanto la fe como la ciencia se rigen por decisiones, relaciones, comportamientos, valores y prioridades. El mensaje evangelizador se transmitió más rápido por el uso de la ciencia y de la tecnología de la época, como los papiros y los pergaminos y el transporte para la movilización. Hoy día existen las biblias digitales y las aplicaciones para la evangelización. La fe exige coherencia moral y la ética normaliza a la ciencia y a la tecnología. Tanto la fe como la ciencia requieren criterio, prudencia y conciencia. La fe mal interpretada puede dividir y el mal uso de la tecnología puede aislar, ambas deben tener una buena conciencia. La fe conduce hacia el futuro de la vida eterna, la tecnología mira hacia el progreso con la innovación y los avances científicos.

Las palabras de Jesús son vida (Juan 6:63), vida que se traduce en salvación (Juan 12:44-50). La vida eterna se alcanza creyendo en el Hijo (Juan 3:36) y no en la propia gloria personal (Juan 5:44; 12:43). El Hijo tiene la autoridad del Padre para dar vida (Juan 5:19-23). El pasar de muerte a vida se deriva de creer en las palabras de Jesús (Juan 5:47). Los discípulos de Jesús y sus sucesores son portadores de la misma salvación a través de las palabras (Juan 17:20). El evangelio, con sus señales, se ha escrito para creer en Cristo (Juan 20:31).

6. Lo que debes hacer

La estructura del evangelio de Juan representa una figura de herradura, pues de la manera como están organizados los temas de Jesús forma una U, interpretando el descenso y el ascenso de Jesús. Es la imagen de una línea curva que baja y luego sube. Jesús llega de arriba desde la eternidad y regresa glorioso en el plan eterno de Dios. La ilustración consiste en una ruta descendente, que en su base hace una curva para luego elevarse en una recta ascendente. Son como dos montañas unidas en el valle por un río. La persona baja por una de las montañas se sumerge en las aguas, pasa el río y sube por la montaña de enfrente. Jesucristo estando en el cielo, baja a la tierra y vuelve a subir al cielo. Muy parecido al viaje del héroe, que describe la transformación personal de alguien, que sale de su vida cotidiana, cómoda y familiar; afronta una serie de eventos y vicisitudes y recibe la ayuda de un mentor, para hacer frente a los desafíos, apoyado por sus amigos. Entra en una caverna profunda, vence, sale y recibe una recompensa. El camino de regreso es más arriesgado que el de ida, afronta persecuciones y al final, supera una gran prueba que lo purifica. El personaje

regresa a su mundo con el honor y la gloria, que le permite transformar su realidad y la de los suyos.

El descenso es para creer en Jesús y el ascenso es para quienes ya creen en Jesús. El incrédulo espera milagros para creer en Cristo; el creyente, por haber visto al hacedor de señales, sigue con fidelidad el camino del redentor y testifica por escrito que Jesús es el Señor (Juan 21:24).

El prólogo y el epílogo son textos clímax en el evangelio de Juan. En uno figura la encarnación del descenso y en el otro es la cumbre prodigiosa del ascenso. Son las dos puntas de la herradura o el símbolo de la letra U, semejante a la diéresis. Pues tanto el prólogo, como el epílogo, parecen separados del cuerpo del libro, como si nada tuvieran que ver con el desenvolviendo del ministerio de Jesús y el acontecimiento de su pasión, muerte y resurrección. Sin embargo, son dos puntos importantes de conexión de la divinidad con la humanidad. El prólogo demuestra que Jesús viene del cielo a la tierra, el epílogo comprueba que Jesús sale de la tierra y va al cielo. Así es que en el prólogo descubrimos la identidad divina y eterna del Verbo (Juan 1:1–18). Entre tanto, el epílogo sitúa a Jesús resucitado en Galilea junto a sus discípulos, usando la pesca abundante como signo para continuar su ministerio (Juan 21:1-14).

En medio del prólogo y el epílogo se encuentra el nudo del ministerio público de Jesús, en siete señales (1:19-12:50), junto al discurso de despedida y sus fatales consecuencias (Juan 13:1-19:43). Entre las señales y su exhortación hay un quiebre en la narración. Jesús les empieza a enseñar a sus discípulos un

camino de ascenso, tortuoso y penoso, que con fe deben transitar. Es como si Jesús emprendiera la vía de retorno al Padre con muchas pruebas y controversias, hasta sufrir la pasión y muerte (Juan 13-19) y luego la triunfante resurrección (Juan 20). Con los siete signos, los discípulos y sus prospectos creen (Juan 2:11). El objetivo es despertar la fe (Juan 20:31). Todo el evangelio de Juan tiene como único fin hacer que las personas crean en Jesús y, por medio de esa fe, reciban la vida eterna.

Las siete señales (Juan 2:1-11 hasta Juan 11:1-44), son para convencer a sus discípulos de que Jesús es Señor, Ungido y Salvador (Juan 6:68-69). Los discípulos que ya creen en su plan de salvación, les expone las exigencias del reino de los cielos, cuyas consecuencias finales conducen hasta dar la vida con tal de que el mensaje llegue a los inconversos (Juan 13-17). Al finalizar sucede el arresto, el juicio y la crucifixión (Juan 18-19). Sufrir la penosa pasión, muerte y sepultura, para luego recibir la gloriosa resurrección (Juan 18-20). Se ve su divinidad en su entrega voluntaria y en su victoriosa batalla sobre la muerte.

El evangelio de Juan es para creer quien es Jesús (Juan 2:1-12:50). La segunda parte del evangelio es para hacer (Juan 13:1-17:26), para que puedan soportar las consecuencias del juicio, crucifixión y sepultura de Jesús (Juan 18:1-19:42) y las apariciones después de la resurrección (Juan 20:1-21:25). Por eso, hay que leer la Biblia, entenderla y enseñarla. Porque las palabras del evangelio nos guían para estar en el amor de Dios y en relación con los hermanos en la fe.



**V. HECHOS DE LOS APÓSTOLES
COMO KARISMA
LAS ACCIONES DEL ESPÍRITU SANTO**

1. Promesa del Espíritu Santo

Así como Jesús es la promesa de Dios, a través del Mesías, para la salvación de todo el mundo: *“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”* (Juan 3:17), el Espíritu Santo, es la promesa de Dios para los cristianos en la Iglesia de Jesucristo, como lo confirma Jesús resucitado: *“Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”* (Hechos 1:4-5). El Espíritu Santo consolida la acción redentora de Cristo, pues es sello de garantía en la obra evangelizadora y guía permanente para el caminar de la Iglesia: *“así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”* (Hechos 2:33). Es el regalo por parte de Dios, para el testimonio de su presencia divina y de su poder en la tierra.

La presencia de Cristo ahora es espiritual, sin límite de tiempo y espacio. El Espíritu de Jesús da poder, consuelo y dirección a cada creyente. Jesús, una vez glorificado, recibe del

Padre la autoridad y el poder para enviar al Espíritu Santo. La gloria del Hijo se percibe en el poder que tiene para diseminar al Espíritu Santo en todos los creyentes y por toda la Iglesia. Jesús con su Espíritu reviste de poder a la Iglesia. El fluir del Espíritu Santo, entre los congregantes, es la señal de que Cristo reina y actúa hoy en su Iglesia.

La misión de la Iglesia es anunciar y construir el Reino de Dios en la tierra, haciendo discípulos de Jesucristo para la transformación del mundo a través de la evangelización, la enseñanza, la adoración, los carismas, el servicio y la comunión fructífera, gracias a la presencia continua del Espíritu Santo.

Pues desde el ministerio público de Jesús, su poder emanaba del Espíritu Santo: *“sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo”* (Juan 1:33). Ese mismo poder continúa en la Iglesia por la presencia viva del Espíritu Santo, anunciado por Jesús: *“que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí”* (Hechos 1:4), dando continuidad al cumplimiento profético: *“y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días”* (Joel 2:28-29).

En los hechos de Pentecostés, Pedro explica que están viendo el cumplimiento de la promesa de Dios. Los postreros días se están viviendo en Hechos 2:17-21, con el despertar espiritual, ya no sólo de forma individual como en el antiguo pacto, sino a todos los creyentes sin distinción alguna. Es el

cumplimiento de la promesa del Padre anunciada por Jesús en Lucas 24:49 y en Hechos 1:8. La misma promesa que Dios ya había anunciado que derramaría su Espíritu sobre su Iglesia, anticipando el suceso de Pentecostés: *“os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y pondré dentro de vosotros mi Espíritu* (Ezequiel 36:26-27), es el Espíritu que transforma el corazón a uno obediente a Dios: *“mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos”* (Isaías 44:3), para los actuales y los nuevos creyentes.

Jesús actuaba por el Espíritu Santo (Hechos 1:2), les asegura la promesa del Padre (Hechos 1:4; 2:33), el bautismo con el Espíritu Santo, a diferencia del bautismo con agua (Hechos 1:5). Se trataba de que iba a venir sobre los discípulos el Espíritu Santo (Hechos 1:8). El tiempo era: *“dentro de no muchos días”* (Hechos 1:5). Promesa a la que pudieron esperar con perseverancia en oración, por medio de la obediencia y la fe (Hechos 1:12-14). La espera fue diez días, cuando *“estaban, todos, unánimes, juntos”* (Hechos 2:1).

2. Poder para testificar

El término poder, en griego es δύναμιν, dynamin, que se traduce como fuerza especial y don divino para hacer la obra de Dios. Se trata de la potestad de Dios en los hechos de Jesús y de los apóstoles. Es la capacidad espiritual, la potencia o la energía activa emanada del Espíritu Santo. Por su parte, testigo en griego es μάρτυς, martus. Se refiere a quien atestigua hechos orales o por escrito de Jesucristo. Cuando alguien declara quién es Jesús, qué hizo y cómo transformó su vida, se llama testigo del mensaje de Jesucristo y si entrega su vida por causa del evangelio también es testigo. El término griego πρεσβεύω (presbeuō) significa actuar como representante oficial y llevar un mensaje autorizado en nombre de Dios. La autoridad de Jesús y el de los evangelizadores es la misma cuando se transmite fielmente su mensaje. Cristo testifica del Padre, nosotros testificamos de Jesucristo. Jesús hablaba lo que oía del Padre, nosotros hablamos lo que recibimos de Cristo. Por eso, evangelizar es hacer un llamado directo, urgente y amoroso para que todos se vuelvan a Dios.

Hoy continúa la invitación de Jesús por medio de sus evangelizadores, quienes hacen visible la verdad con la autoridad de Jesús: *“me seréis testigos, μάρτυρες”* (Hechos 1:8). En el sacrificio de Esteban se evidencia el significado de testigo, ya que anuncia el mensaje de Jesús y muere a causa de su predicación: (Hechos 22:20). En este caso, se observa que Esteban es testigo por su muerte y Pablo es testigo porque lo presencié.

Es claro que, el poder es para testificar con la naturalidad del Espíritu Santo en la vida del creyente. Se trata de obrar de tal manera que sus actos sean la confirmación del mensaje de Jesús (Hechos 2:43). El testigo con poder debe hablar con valentía el mensaje de Jesucristo (Hechos 4:31). Lo que significa que la misión de la iglesia sigue siendo una labor de Dios obra, a través de sus testigos (Hechos 5:12).

La autoridad que ejerce la Iglesia no descansa en sí misma, por ser asamblea de creyentes en Cristo Jesús, sino porque Dios sigue usando a los evangelizadores como testigos fieles de su mensaje, para la transformación de las vidas de los incrédulos a creyentes: *“y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor”* (Hechos 11:21). La iglesia primitiva era poderosa por ser espiritual y en la actualidad nuestra Iglesia será efectiva, si continúa conectada a la misma fuente espiritual, al igual que los primeros testigos del mensaje evangelizador: *“respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”* (Hechos 5:29). La lealtad total a Dios nace del testimonio espiritual. Ya que cuando las costumbres temporales y la autoridad humana entran en conflicto con la obra de Dios, el testigo de Cristo debe escoger la

obediencia divina, aún si eso implica el costo de su vida, que lo convierte en un poderoso mártir de la Palabra.

La misión de la Iglesia depende del poder (dýnamis) del Espíritu Santo, que empodera a sus miembros para testificar. Pues, cuando nos preguntamos el cómo, con qué recursos y hasta dónde se extiende la misión de la Iglesia, las respuestas se encuentran en el poder para testificar que concede el Espíritu Santo. El énfasis está en el poder que identifica al testigo, pues el testimonio es el resultado del poder. El mensaje debe ser anunciado con audaz valentía, clara veracidad y sabiduría profética. Por eso hay que olvidarse de la evangelización como espectáculo y de los evangelizadores espectaculares, que opacan el carácter, la conducta y la proclamación de la fe.

El poder del Espíritu Santo es para ser testigos (μάρτυρες, martyres). Hay que tener motivos, resistencia y fuerzas para soportar el martirio (Hechos 1:6-8), a pesar de no saber los tiempos (chronous, χρόνους) o las sazones (καιροὺς, kairous), que manifiestan el tiempo del Señor. El poder no es para hacer señales, σημεῖον, sēmeion, (Hechos 3:12), ni prodigios, τέρατα, terata, simplemente (Hechos 5:12). Tampoco, el testimonio se centra en los milagros, δυνάμεις, dynameis (Hechos 19:11), sino que el poder es para ser testigos, es decir mártires (Hechos 3:15), de las consecuentes amenazas (Hechos 4:17), los azotes (Hechos 5:40-42) y hasta con la muerte (Hechos 7:58-60).

3. Llenura para hablar

La palabra llenar del griego πληρόω, pléroó, significa completar o satisfacer. Cuando Jesús pronostica la destrucción de Jerusalén, está anunciando un juicio divino, porque se ha completado el tiempo para la evaluación, pues son días en que la medida del juicio llega a su plenitud: *“porque estos son días de retribución, para que se cumplan, πλησθῆναι, plēsthēnai, todas las cosas que están escritas”* (Lucas 21:22). Es decir, en ese momento, los actos proféticos han cumplido con lo que debían hablar de Dios. Se dieron tantas profecías que ya llegaron a su tope.

En todo momento debemos mantener la llenura de la Palabra para hablar: *“todos los presentes fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otros idiomas, conforme el Espíritu Santo les daba esa capacidad”* (Hechos 2:4). La expresión llenura, πληρότης plērótēs, del Espíritu Santo, significa que Dios prepara, equipa y envía a la Iglesia a evangelizar. La llenura de la Palabra es el poder para testificar: *“recibirán poder... y serán mis testigos”* (Hechos 1:8). La llenura es para hablar de Dios. Y la llenura sucede cuando el Espíritu Santo llega y ocupa toda la vida del creyente: *“entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les*

dijo: gobernantes y ancianos de nuestro pueblo...” (Hechos 4:8). Toda llenura del Espíritu Santo conduce a la acción de testificar con vigor: “después de esta oración, el lugar donde estaban reunidos tembló y todos fueron llenos del Espíritu Santo. Y predicaban con valentía la palabra de Dios” (Hechos 4:31). La llenura del Espíritu Santo es más que la convicción de recibir al Espíritu Santo.

Con la presencia del Espíritu hemos alcanzado la conversión, mientras que la llenura del Espíritu es para la misión: *“así que Ananías fue y encontró a Saulo, puso sus manos sobre él y dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, quien se te apareció en el camino, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo” (Hechos 9:17). La conversión de Saulo fue cuando recibió al Espíritu Santo en el camino hacia Damasco. Luego recibió la llenura del Espíritu Santo, para la obra misionera de la evangelización, como apóstol a los gentiles, predicador del evangelio y un instrumento escogido: “el Señor le dijo: ve, porque él es mi instrumento elegido para llevar mi mensaje a los gentiles y a reyes, como también al pueblo de Israel” (Hechos 9:15).*

Además, la llenura es una gracia que continúa dándose: *“Saulo, también conocido como Pablo, fue lleno del Espíritu Santo y miró al hechicero a los ojos” (Hechos 13:9). La llenura del Espíritu Santo mueve a predicar de Cristo: “y enseguida comenzó a predicar acerca de Jesús en las sinagogas, diciendo: ¡Él es verdaderamente el Hijo de Dios!” (Hechos 9:20). Los discípulos son llenos y comienzan a hablar. Jesús subió del bautismo con la llenura, πλήρωμα, plērōma, del Espíritu Santo, para dar testimonio: “Jesús, lleno, πλήρης, plērēs, del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto” (Lucas 4:1). Los discípulos*

llenos del Espíritu fueron escogidos para el servicio en la administración de los bienes de la iglesia: *“buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”* (Hechos 6:3). Dios preparó a Esteban con la llenura del Espíritu y estuvo firme en la fe hasta su muerte: *“pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”* (Hechos 7:55). La llenura del Espíritu es signo de victoria.

El suceso de la conversión vuelve disponible y enseñable al creyente, para que Dios lo llene del Espíritu Santo. Sin embargo, aunque todo es por gracia de Dios, la llenura del Espíritu Santo llega, si nos mantenemos obedientes a la Palabra (Colosenses 3:16), si pedimos sin cesar (Lucas 11:13), si cultivamos la santidad (Efesios 4:30; 1 Tesalonicenses 5:19). Es decir, si le permitimos al Espíritu Santo que gobierne, dirija y ordene nuestra vida plenamente (Hechos 1:8; 4:31).

Como un viento recio llenó toda la casa (Hechos 2:2), las lenguas como de fuego fueron repartidas a cada uno (Hechos 2:3) y todos eran llenos del Espíritu Santo y hablaban en otras lenguas (Hechos 2:4), en los idiomas de cada oyente (Hechos 2:8). La llenura espiritual les hizo hablar con seguridad (Hechos 2:14), y no sólo a los apóstoles (Hechos 4:1), sino a los nuevos creyentes (Hechos 4:29-31) y habitantes de Jerusalén, ciudad poblada por publicanos y pecadores, que iban aceptando la nueva doctrina de Jesús (Hechos 5:28; 17:6-9).

4. Dirección espiritual

La dirección espiritual es el acompañamiento continuo que recibe el creyente, para caminar fielmente dentro de la voluntad de Dios, discerniendo, obedeciendo y actuando conforme al impulso del Espíritu Santo, quien es el agente formador, guía y fuerza misional de la Iglesia, desde su origen. Desde el inicio de la comunidad cristiana, el Espíritu Santo no sólo envía, sino que acompaña el proceso interno de fidelidad y obediencia. Los mandamientos de Jesús a la Iglesia naciente fueron transmitidos *“por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido”* (Hechos 1:2), lo cual revela que la dirección divina no opera como instrucción humana aislada, sino como mediación espiritual que sostiene y conduce a los discípulos.

La Iglesia reciente no recibió un canon completo del Nuevo Testamento, sino que fue guiada inicialmente a través de la Escritura del Antiguo Testamento, interpretada por el Espíritu como Palabra vigente y profética para la misión (Hechos 1:16; 2:17; 28:25). Esto muestra que la dirección espiritual no es subjetivismo, sino discernimiento basado en la Palabra revelada y actualizada por el Espíritu. Es el Espíritu Santo, quien dirige al

creyente, desde su conversión, al perdón, a la fe y lo orienta a la obediencia mediante el bautismo y la recepción del Espíritu (Hechos 2:38). La dirección espiritual comienza cuando el creyente no solo cree, sino que es incorporado a un caminar guiado desde Dios. El Espíritu no solo instruye, también equipa. A quienes se van añadiendo a la Iglesia les concede dones, activa su vida espiritual y los habilita para servir y testificar (Hechos 2:38). Esto indica que la dirección espiritual incluye formación de identidad y activación de propósito, no sólo consejos éticos.

El Espíritu acompaña a los consagrados no sólo con claridad doctrinal, sino con valor espiritual frente a adversarios, dando sabiduría, defensa inspirada y firmeza interior (Hechos 4:8; 6:10; 7:51, 55; 21:11). La dirección espiritual no evita el conflicto, sino que fortalece al creyente para mantenerse fiel dentro de la voluntad de Dios aún bajo presión. El Espíritu guía el momento exacto de la acción misional: indica, activa, confirma y desplaza al discípulo según el propósito de Dios (Hechos 8:29, 39; 9:17, 31; 11:12). Esto enseña que la dirección espiritual no es un acompañamiento pasivo, sino discernimiento que desemboca en obediencia concreta y movimiento evangelizador.

El Espíritu escoge, envía y acompaña a quienes Dios llama específicamente a la misión (Hechos 13:2,4; 16:6-7; 20:28). Esto confirma que la dirección espiritual también implica confirmar llamados, trazar rutas y poner límites, como se ve cuando el Espíritu impide o redirige caminos (Hechos 16:6-7), mostrando que guiar es también cerrar puertas para abrir otras según Dios. La dirección espiritual no sólo consuela, también

advierte. El Espíritu anticipa tribulaciones y prepara el corazón del discípulo para permanecer fiel dentro del propósito de Dios (Hechos 20:23), revelando que acompañar espiritualmente es preparar para la fidelidad perseverante, no para una fe sin pruebas. En el cuidado y la conducción del liderazgo congregacional, el Espíritu guía a la Iglesia como comunidad, encargando el cuidado pastoral y la supervisión espiritual del pueblo de Dios (Hechos 20:28). Esto muestra que la dirección espiritual es eclesial y formativa, se camina con otros, bajo al guía de Dios, para sostener la fidelidad del cuerpo de Cristo.

Los mandamientos vienen por el Espíritu Santo (Hechos 1:2), quien guía a la reciente iglesia a través de la Escritura del Antiguo Testamento (Hechos 1:16; 2:17; 28:25). Equipa de dones a quienes van siendo añadidos a la iglesia (Hechos 2:38) y a los consagrados los llena de valor ante los adversarios (Hechos 4:8; 6:10; 7:51, 55; 21:11) y les indica cuando deben actuar con el poder del evangelio (Hechos 8:29, 39; 9:17, 31; 11:12). Escoge a los misioneros y los acompaña (Hechos 13:2, 4; 16:6-7; 20:28) y les advierte de las tribulaciones (Hechos 20:23).

5. Oración en el Espíritu

En el libro de los Hechos, el Espíritu Santo no es un acontecimiento ocasional, sino un movimiento permanente, relacional y misional que pulsa en el corazón orante de la Iglesia. La oración de los primeros cristianos no funciona como prelude decorativo de la misión, sino como el espacio continuo donde el Espíritu actúa, desciende, llena, empodera y unifica. Tras la ascensión, los discípulos perseveran unánimes en oración (Hechos 1:12-14), mostrando que la Iglesia nace orando juntos antes de actuar juntos, esperando no desde la pasividad, sino desde la obediencia al mandato de Cristo. Esta perseverancia orante se convierte en el umbral pneumático del envío.

Este patrón alcanza su punto fundacional en Pentecostés (Hechos 2:1-4), donde el Espíritu desciende sobre una comunidad que ora, espera y obedece. Aquí la oración no es el objetivo final, sino la condición que ensancha el corazón comunitario afina el discernimiento y prepara a los discípulos para la acción misional. En Hechos, orar es más que hablar a Dios, es generar el ambiente donde Dios habla y mueve.

Lo extraordinario en Hechos, es que el Espíritu no sólo cae al finalizar la oración (Hechos 4:31), sino que, cuando acababan de orar, irrumpe haciendo temblar el lugar, llenando a todos y activando el anuncio con denuedo. Pero también cae mientras los apóstoles hablan (Hechos 10:44), y aún más, cuando comienzan a hablar (Hechos 11:15), repitiendo el patrón del principio divino de Pentecostés. Esto enseña que el Espíritu Santo no depende de la perfección del discurso ni del control humano del momento, sino de la fidelidad de la comunidad al consenso de Dios. El Espíritu se mueve antes, durante y después, porque su dirección no es lineal, sino envolvente y constante.

El texto también muestra que el Espíritu se transmite por imposición de manos (Hechos 8:17; 19:6), no como acto mágico, sino como signo de autoridad delegada por Jesús y discernida por la comunidad apostólica. Este gesto sella una verdad eclesiológica clave en el Hexagrama, porque los dones son dados por el Espíritu, pero son activados y confirmados en la Iglesia, bajo obediencia a Cristo. Por eso, nadie puede usurpar, ni comprar, ni apropiarse de ese poder, sin conversión ni envío legítimo (Hechos 8:18). La dirección espiritual incluye tanto dar impulso como poner límites a lo ilegítimo.

Aún más, el Espíritu Santo interviene en el consenso conciliar de la Iglesia, dando unidad espiritual en decisiones misionales que afectan al cuerpo entero (Hechos 15:28). La fórmula: *“ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...”* revela que el discernimiento en Hechos es pneumático y comunitario a la vez. No es por mayoría humana, sino por el consenso que se produce por escuchar juntos a Dios. La unidad misional es

fruto de orar juntos, discernir juntos y decidir juntos bajo el gobierno del Espíritu, no bajo la psicología del acuerdo, sino bajo la teología de la obediencia compartida.

La oración es el ambiente del movimiento del Espíritu (Hechos 1:12-14; 2:1-4; 8:15; 4:31). El anuncio del Evangelio es activado por el Espíritu antes, durante y después del hablar apostólico (Hechos 10:44; 11:15). Los dones son dados, discernidos, confirmados y transmitidos dentro de la autoridad de Jesús y la comunidad eclesial (Hechos 8:17; 19:6). La unidad misional es conciliar, pero no meramente humana, es Dios quien la concede (Hechos 15:28). La dirección espiritual es puente, motor, límite y envío dentro del ciclo misional.

Por tanto, la oración no es un acto privado, sino el ambiente relacional donde la misión se genera y se discierne, se confirma y se impulsa. El Espíritu Santo se mueve en la Iglesia como voz que guía, fuego que activa, fuerza que envía y unidad que cohesiona. Y la dirección espiritual es el acompañamiento que asegura fidelidad al propósito de Jesús, evitando tanto el activismo sin Espíritu como el espiritualismo sin misión.

6. Hechos del Espíritu santo

El Espíritu Santo es una realidad presente y decisiva en la naturaleza y en el accionar de la iglesia cristiana (Hechos 1:8; 2:4). Con el Espíritu Santo, la iglesia supera obstáculos (Hechos 7:55), propaga el evangelio (Hechos 8:39), integra a los gentiles (Hechos 10:44-48; 15:7-11), selecciona a los líderes (Hechos 13:2; 20:28) y se abre a los nuevos campos misioneros (Hechos 13:4; 16:6-10). Con la oración, la iglesia discierne la voluntad divina en el Espíritu Santo para realizar su misión (Hechos 1:23-25) y percibir la visión (Hechos 11:5; 22.11). En Hechos, el Espíritu Santo es sujeto y fuerza misional de la Iglesia

En Hechos de los Apóstoles, el Espíritu Santo no es un recurso auxiliar, sino el sujeto que, inicia, impulsa, gobierna y expande la misión de la Iglesia. Desde el comienzo, Jesús declara que la identidad misional del discípulo nace *“cuando el Espíritu venga sobre vosotros”*, habilitando a la Iglesia para ser testigo con δύναμις, que es el poder efectivo y público (Hechos 1:8). Esa promesa se cumple cuando los creyentes son llenos y comienzan a hablar conforme el Espíritu les concede expresarse (Hechos 2:4; 2:4), revelando que el anuncio cristiano no surge del

voluntarismo humano, sino del ímpetu espiritual recibido en encuentro comunitario con Dios.

El Espíritu, es también fuerza interior de resistencia y visión. Esteban, en medio del martirio, contempla la gloria de Dios: *“Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”* (Hechos 7:55), mostrando que la Iglesia, con el Espíritu, supera incluso el obstáculo extremo de la persecución, porque su misión no depende de la aceptación del mundo, sino de la presencia de Cristo visible en la hora decisiva.

En el accionar misional, el Espíritu transporta a la Iglesia más allá de sus fronteras étnicas, culturales y religiosas. Tras el bautismo del eunuco, Felipe continuó anunciando en otras ciudades el mensaje salvador: *“Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe; y el eunuco no le vio más, y siguió gozoso su camino”* (Hechos 8:39). Señal de que la misión es itinerante, no estática, y que el servidor del evangelio es movido por el Espíritu hacia nuevas audiencias y territorios.

El momento más impactante ocurre en casa de Cornelio, donde el Espíritu desciende sobre los gentiles, sin mediaciones humanas previas, mientras Pedro proclama a Cristo (Hechos 10:44-48), lo que permite a la Iglesia reconocer, que Dios no hace acepción de personas; integra a los no judíos (Hechos 15:7-11) y proclama una nueva eclesiología universal. Pues la señal de Jesús en el mundo es una Iglesia multi pueblo, reconciliada y unida por el mismo Espíritu.

El Espíritu elige y confirma a los líderes en la Iglesia. En Antioquía, *“dijo el Espíritu Santo: apartadme a Bernabé y a Saulo”* (Hechos 13:2-4), revelando que el liderazgo cristiano es fruto de discernimiento espiritual explícito, no de auto postulación. Más adelante, los presbíteros son advertidos de que el Espíritu los ha puesto como obispos para pastorear la Iglesia del Señor (Hechos 20:28), subrayando que la autoridad es delegada por Dios para la misión y el cuidado, no para el dominio.

El Espíritu también abre y cierra rutas misionales según la voluntad divina. Prohíbe ir a Asia y a Bitinia (Hechos 16:6-7) y, en cambio, otorga la visión del varón macedonio (Hechos 16:9-10), demostrando que la Iglesia no decide campos misionales por estrategia sociológica, sino por dirección pneumatológica. El Espíritu es quien envía, limita, redirige y amplía.

La oración es el laboratorio del discernimiento. Los apóstoles oran para elegir al sucesor de Judas (Hechos 1:23-25), consultan al Espíritu en concilio (Hechos 15:28) y oran para percibir visiones reveladoras (Hechos 11:5; 22:11). Así, la Iglesia aprende a convivir orando, discernir escuchando y moverse obedeciendo. En Hechos, la Iglesia es misional porque es pneumática; anuncia porque es enviada; lidera porque es discernida; y convive porque ora bajo el mismo Espíritu que la impulsa hacia el mundo como señal viva de Jesús.



**VI. CARTAS APOSTÓLICAS
Y APOCALIPSIS COMO KOINONÍA
PARA GUIAR A LA IGLESIA
A VIVIR EN COMUNIDAD**

1. La obra de Pablo

Pablo representa una figura singular en los orígenes del cristianismo. Es un apóstol que no emergió desde una casta sacerdotal, sino desde el trabajo manual, la itinerancia y la revelación del Espíritu. Su oficio como fabricante de tiendas (Hechos 18:1-3) es una declaración misional. Desde allí se entiende que su ministerio no dependía de un sistema clerical ni de una legitimación institucional, sino de un llamado divino que se hacía en la vida cotidiana. Trabajaba con sus manos y anunciaba con su voz a Cristo como Mesías y Señor.

El punto inaugural de su misión ocurre en Antioquía, donde fue discernido, apartado y enviado por el Espíritu Santo, en medio de una comunidad orante que ayunaba, adoraba y escuchaba la dirección divina (Hechos 13:1-4). Su envío confirma un principio eclesiológico que luego él mismo reproducirá. La misión cristiana no es individualismo apostólico, sino comunión impulsada por el Espíritu. Pablo no se autode-signa misionero: es enviado por un “nosotros” espiritual que reconoce la voz de Dios. Su autoridad no nace del cargo, sino del envío pneumatológico confirmado en comunidad.

Como predicador itinerante, vivió un ritmo ministerial que alternaba con el de trabajo secular con tiempos dedicados al anuncio verbal del Evangelio (Hechos 18:5). Su predicación no era permanente en un sólo lugar, sino móvil, contextual, adaptativa, estratégica. Desde Tesalónica, su mensaje se propagó con tal fuerza, que la iglesia local misma se convirtió en emisor misional hacia otras regiones (1 Tesalonicenses 1:8-10). Esto revela que, para Pablo, la misión no es sólo expansión geográfica, sino multiplicación de sujetos; la Iglesia no es receptora pasiva de doctrina, sino portadora activa del Evangelio.

Sus cartas constituyen la obra doctrinal más influyente del Nuevo Testamento, no sólo por su contenido teológico, sino por su función unificadora. No fueron escritas como tratados abstractos, sino como instrumentos de cohesión comunitaria, identidad compartida y dirección misional. Los escritos paulinos no eran documentos privados, sino textos proclamados públicamente para todos los hermanos (1 Tesalonicenses 5:27), porque la enseñanza debía ser escuchada, compartida y vivida por toda la comunidad. La doctrina, en su visión, no era sólo para ser comprendida, sino para ser vivida.

Las cartas eran intercambiadas entre iglesias distantes (Colosenses 4:16), lo cual confirma que la Iglesia del siglo I ya vivía una forma temprana de conexión interterritorial: una red de comunión doctrinal, espiritual y misional que se reconocía como un sólo cuerpo en múltiples territorios. La unificación de la Iglesia no dependía de un centro de poder, sino de un centro de fe: Cristo actuando en el Espíritu entre los discípulos.

Pablo también introdujo la disciplina, pero no como ejercicio de poder jerárquico, sino como cuidado misional de la comunión. Instruyó a la Iglesia a señalar a quien rechace la enseñanza apostólica (2 Tesalonicenses 3:14), pero no con fines punitivos, sino correctivos: preservar el cuerpo relacional que sostiene la misión. Para Pablo, la corrección protege la comunión, y la comunión protege la misión. Se observa un triple movimiento inseparable: trabaja en lo secular sin abandonar lo sagrado. Anuncia a Cristo sin monopolizar la voz. Escribe doctrina para sostener comunidad y misión. Así, el triunfo doctrinal de Pablo no fue el de imponer una enseñanza, sino el de crear una Iglesia que conviviera desde su centro, en una comunidad enviada que se reconoce como familia de Dios en Cristo, unida no por estructura, sino por coherencia espiritual.

Su legado, leído desde la misionalidad integral, se sintetiza en la convicción poderosa de que la Iglesia no avanza porque recibe doctrina, sino que avanza porque la doctrina la convierte en comunidad que es enviada. Por eso, la señal que transforma al mundo no es sólo el mensaje proclamado, sino la comunión que lo encarna y lo impulsa. Pablo escribió cartas para que la Iglesia fuera más organizada, más unida y más misionera. Su triunfo no fue administrativo, sino relacional, doctrinal y pneumatológico. Fue, en esencia, el triunfo de una Iglesia en movimiento, sostenida por el Espíritu, centrada en Cristo e impulsada desde la vida real.

2. Tendencias cristianas

La misión se reconoce en la comunión, la doctrina se sostiene en la encarnación y la Iglesia se corrige para convivir en Cristo. Las cartas del Nuevo Testamento revelan un cristianismo plural en acentos, pero unificado en Jesucristo, cuya señal en el mundo es una Iglesia que convive discerniendo, enseña encarnando y sirve en movimiento misional.

La comunidad cristiana confiesa que todo don proviene del Padre de las luces (Santiago 1:17), lo que impulsa a un servicio social activo de cuidar al vulnerable, visitar al oprimido y actuar con justicia como evidencia del encuentro con Cristo (Santiago 1:27; 2:14-17). El servicio es señal del origen divino del Evangelio que incide en la vida humana. Las cartas sostienen que Jesús es plenamente humano y que, por medio de Él, la humanidad recibe justificación y vida (Romanos 5:18-19; 1 Corintios 15:21-22). Es imagen visible del Dios invisible y plenitud de la Deidad (Colosenses 1:15; 2:9; Hebreos 1:1-3). Pablo enseña el misterio de la doble naturaleza, divino y humano, como paradigma de humildad y servicio (Romanos 1:3-4; Filipenses 2:5-8). La doctrina triunfa cuando la Iglesia convive

desde el Cristo encarnado, no desde polarizaciones doctrinales o hegemonías teológicas. Las cartas describen a la Iglesia como un rebaño pastoreado por líderes que sirven, no que dominan (1 Pedro 5:1-4; 1 Timoteo 3:1-7; Tito 1:5-9). Se advierte contra la ambición de poder (3 Juan 9-10). Aunque hay estructura, el propósito no es crear una institución autosuficiente, sino una comunidad que discierne convivir en Cristo como único Maestro y Pastor (1 Pedro 2:25; 5:4; 1 Timoteo 2:5).

La tendencia del NT no es “paulinismo institucional”, sino Iglesia conciliar en comunión. El Espíritu Santo distribuye dones como Él quiere (1 Corintios 12:11; Hechos 8:18-20) sin exaltar emocionalismo, sino servicio al cuerpo en convivencia misiona (1 Corintios 12-14). Se corrigen excesos y confusiones doctrinales (2 Corintios 11:4; Gálatas 1:6-9). Se advierten interpretaciones equivocadas que distorsionan el conocimiento y fracturan la convivencia (2 Pedro 3:16; Colosenses 2:8; 1 Pedro 3:16), como el desenfreno carnal que rompe la dignidad de la convivencia cristiana (Romanos 13:13; 2 Pedro 2:18; Efesios 4:17-19), conductas indecorosas y adicciones del exceso (Gálatas 5:19-21; 1 Tesalonicenses 4:3-8), negación de la resurrección, que destruiría a la comunidad (1 Corintios 15:13-15).

Las cartas muestran tendencias ascéticas que discernían cómo convivir también con el propio cuerpo, afectos y vocación, como la abstinencia relacional y sexual discernida por llamado, no por desprecio al cuerpo (1 Corintios 7:1-7). Abstenerse de embriaguez y vida disoluta (Efesios 5:18; 1 Pedro 4:3-4). Abstenerse para consagración vocacional (2 Timoteo 2:21-22; 1 Corintios 7:1-7). La disciplina también es koinónica, pues

quien rechaza la doctrina debe ser acompañado con corrección comunitaria, para volver a la comunión (2 Tesalonicenses 3:14-15), lo que muestra que la corrección busca restaurar convivencia, no ejercer poder punitivo institucional.

Las cartas del Nuevo Testamento muestran un cristianismo que triunfa, cuando se discierne a Cristo plenamente humano y divino, anuncia desde la comunión recibida en el Espíritu, sirve desde la encarnación del Mesías y corrige para restaurar la convivencia misional del cuerpo. La señal de Jesús en el mundo no es la institución, sino la comunión. No es la imposición: es el consenso discernido. No es la teoría, es la convivencia en movimiento. No es el carisma desenfrenado: es el don que edifica al cuerpo. No es el evangelio diferente: es el Cristo compartido. Esa es la victoria paulina, católica (universal) y neotestamentaria, que es convivir en comunión, como anuncio viviente del Cordero en el mundo.

Servicio social (Santiago 1:17;), humanidad de Jesús (Romanos 5:18-19; 1 Corintios 15:21-33), divinidad (Colosenses 1:15; 2:9); divino y humano (Romanos 1:3-4; Filipenses 2:5-8). No al paulinismo (1 Corintios 16:9; Gálatas 1:6-9), iglesia institucional (1 Timoteo 3:1; 1 Pedro 5:1-4), carismática (1 Corintios 12:11). Interpretación equivoca (1 Pedro 3:16; Colosenses 2:8; Filipenses 3:1-3), desenfreno carnal (2 Pedro 2:18; Efesios 4:17; Romanos 13:13), abstinencia (1 Corintios 7:1), negación de la resurrección (1 Corintios 15:13-15).

3. Dominación paulina

En las cartas, la influencia doctrinal de Pablo es amplia y transversal, pero su propósito no es dominar a la Iglesia como institución de poder, sino preservar, proteger y expandir la Koinonía, es decir la convivencia espiritual que es señal de Jesús en el mundo. Lo que podría parecer como “dominación paulina” es en realidad gobernanza doctrinal para la comunión, un esfuerzo por evitar fracturas del cuerpo, integrar a los pueblos y sostener la misión universal en Cristo. Es la propuesta divina de la universalidad de la salvación como fundamento de la comunión.

La convivencia eclesial se apoya en la inclusión de todos los pueblos en el plan salvífico de Dios. Pablo proclama el anhelo misional de Israel por la salvación (Romanos 10:1) y luego explica que la caída de unos abrió la puerta a la salvación de otros, provocando un designio divino de salvación universal que une a judíos y gentiles en un mismo movimiento de Dios (Romanos 11:11). La salvación de los gentiles no es el final del plan para Israel, sino parte del propósito de Dios. El ingreso de los gentiles sostiene y prepara la restauración futura de Israel.

La salvación funciona como puente de reconciliación dentro del cuerpo mesiánico. Pablo sostiene que el Evangelio fue planificado por Dios como promesa previa para incluir a las naciones (gentiles) y no como un añadido tardío (Romanos 1:16-17; Gálatas 3:8).

La posición paulina afirma que en Cristo no hay división excluyente entre judíos y gentiles, porque ambos son incorporados a un mismo cuerpo mesiánico por la fe y el Espíritu (Romanos 3:29-30; 1 Corintios 12:13; Gálatas 3:28). Enseña que esta salvación cumple la promesa a Abraham, quien sería padre de muchas naciones, no sólo de una (Romanos 4:11-12, 16-18). Presenta la salvación gentil como mecanismo misional con propósito futuro para Israel, no como sustitución, sino como puente que prepara restauración y reconciliación (Romanos 11:11-15).

La comunión mesiánica es para que ningún pueblo quede excluido, ninguna iglesia sea autosuficiente y toda doctrina conduzca a convivir bajo un sólo Señor. Las cartas contienen advertencias severas, con la intención de sostener la unidad, en contra de las interpretaciones equivocadas que fractura la convivencia (1 Pedro 3:16; Colosenses 2:8) y en contra de las doctrinas extrañas que rompen el cuerpo (1 Timoteo 4:1), como las palabrerías vanas que dividen (2 Timoteo 2:14-16). Rechaza el desenfreno carnal que destruye el testimonio comunitario (Judas 4-7; 2 Pedro 2:2-3; Romanos 13:13) y corrige a quienes dividen la convivencia (Tito 3:9-10; 1 Timoteo 1:20; 1 Corintio 5:2).

El objetivo de estas correcciones es preservar la coherencia del cuerpo, restaurar la convivencia en Cristo y proteger la

señal de Jesús en el mundo. Aunque Pablo reconoce la existencia de líderes (1 Timoteo 3:1; 3:1; 1 Pedro 5:1-4), el patrón dominante de estos líderes debe pastorear sirviendo, no dominando; proteger el rebaño, no controlarlo; unificar la doctrina para preservar comunión, no imponer institucionalismo. La estructura existe para la comunión; no la comunión para la estructura. La influencia doctrinal en las cartas no es un imperio teológico, sino una convergencia doctrinal al servicio de la comunión misional. La salvación universal, la gracia compartida, la fe delegada, la oración discernida, la reunión convocada, la escritura organizada, el pastoreo servicial, la corrección doctrinal y el testimonio compartido existen para un sólo propósito: *que la Iglesia conviva como un solo cuerpo en Cristo, siendo así la señal de Jesús en el mundo*. En las cartas, Pablo no domina la Iglesia, sino que sirve a su Koinonía. Su triunfo no es doctrinarismo, sino comunión en movimiento.

Salvación universal (Romanos 10:1; Romanos 11:11). PlanTEAMIENTO de la salvación: gracia (Efesios 2:8-10), pecado (Romanos 6:17) Dios (2 Corintios 1:3-4), Cristo (1 Juan 4:10), fe (2 Timoteo 1:13), escritura (Tito 1:9), oración (1 Tesalonicense 5:17-21), convocar (Hebreos 10:25), compañerismo (2 Timoteo 2:2), testimonio (1 Corintios 15:14-15). Sana conducta (Judas; 2 Pedro 2:2-3; 2 Timoteo 3:1-6). Sana doctrina (1 Timoteo 4:1; 2 Timoteo 2:16). Sana escritura (2 Timoteo 2:14-16; Tito 1:10-14) Sana comunidad (Tito 3:9-10; 1 Timoteo 1:20; 1 Corintios 5:2).

4. Ley o no ley

Pablo encarna una identidad triple: judío por nacimiento, griego por lengua y romano por ciudadanía (Filipenses 3:5-6; Hechos 21:37; 22:28). Esa combinación lo convierte en un puente viviente, no en un promotor de sistemas excluyentes. Su gran obra doctrinal consiste en discernir cómo convivir como un sólo cuerpo mesiánico, sin dividir a la Iglesia entre identidades rivales, sino reconciliarlas en comunión misional, es decir en *koinonía* centrada en Cristo.

Pablo afirma que la salvación no proviene del control humano de la ley, sino del acto soberano de Dios que llama a la comunión por gracia (Gálatas 3:20; 3:20). Sin embargo, esa postura no es ruptura de identidad judía, pues Pablo mismo confirma que sigue siendo judío, heredero de las promesas y parte del pueblo de Dios (Romanos 3:1-4; 11:1; 1 Corintios 7:18-19). La tensión entre Ley y no Ley en Pablo, no es abandono del judaísmo, sino discernimiento cristológico para la convivencia de los pueblos en la *koinonía*.

En el concilio de Jerusalén, Pablo defiende que los gentiles no deben cargar el peso de las obras de la ley mosaica (Hechos 15:1-31). No lo hace para crear una “Iglesia sin ley”, sino para

proteger la convivencia del cuerpo mesiánico, evitando que la identidad judía se convirtiera en barrera de comunión. Lo que Pablo impulsa es una koinonía liberada de cargas divisoras, pero obediente a las leyes universales de Dios dadas a Noé, válidas para todos los pueblos como abstenerse de idolatría, sangre, ahogado y fornicación (Hechos 15). La liberación de la ley es un acto koinónico, es decir de comunión universal, que quita lo que divide para conservar lo que une.

El evangelio es movimiento relacional que busca ganar al otro para convivir como hermanos. Pablo declara su método misional: *“Me he hecho siervo de todos para ganar a más”* (1 Corintios 9:19-24). Se adapta relacionamente, convive con todos sin renunciar a Cristo, y usa la pedagogía del oficio, la cultura y la misión para incluir y no excluir (1 Corintios 18:1-3) como trasfondo biográfico del mundo laboral. Su ímpetu no es abolir, sino ganar para la comunión del evangelio, donde la doctrina es anuncio para el buen convivir.

Pablo espera un momento futuro donde Israel será restaurado y los gentiles incorporados plenamente al pueblo de Dios (Romanos 11:25-27). Esa esperanza no es etnocéntrica, sino koinónica y escatológica, en la cual Dios unirá a todos los pueblos bajo el Mesías para convivir con Él y entre sí. La meta final no es la ley, ni la abolición de la ley, es koinonía universal bajo el señorío de Jesucristo.

Todos somos uno en Cristo, en la comunión como señal mesiánica al mundo. Las cartas proclaman el núcleo de la convivencia cristiana (Gálatas 3:28; Colosenses 3:11). Esto no es

uniformidad cultural, sino coherencia espiritual de los pueblos que discernen convivir bajo un mismo Señor.

El debate de “Ley o no Ley” en Pablo, es un acto de discernimiento para la comunión. No rechaza la identidad judía, sino que rechaza su absolutización. No elimina la ley, elimina las obras de la ley como barrera. No propone autonomía doctrinal, propone coherencia relacional. Su obra no es antinomismo, ni paulinismo sectario, es koinonía mesiánica. Pablo enseña para que la Iglesia conviva; libera para que la Iglesia incluya; corrige para que la Iglesia no se fracture; y anuncia para que el mundo vea la señal de Jesús, en un sólo cuerpo reconciliado, donde Cristo es el todo y está en todos.

Pablo, el judío (Filipenses 3:5-6), el griego (Hechos 21:37) y el romano (Hechos 22:28). Se alejó de las obras de la ley (Gálatas 3:20), pero siguió judío (Romanos 3:1-4; 11:1; 1 Corintios 7:18-19). Esperando la restauración y la incorporación de los gentiles (Romanos 11:25-27; Gálatas 1:15-17), liberó a los gentiles de las cargas de las obras de la ley y los encomió a seguir en las leyes universales de Dios dadas a Noé (Hechos 15:1-31), ganándolos para el evangelio (1 Corintios 9:19-24). Todos son uno en Cristo Jesús (Gálatas 3:28; Colosenses 3:11).

5. La iglesia

La Iglesia, en las Cartas del NT y el libro del Apocalipsis, es una comunidad judeo-gentil que discierne convivir, resiste la persecución y triunfa en la gloria del Cordero. En las Cartas del Nuevo Testamento, la Iglesia es una comunidad formada por judíos y gentiles, unida por la confesión mesiánica centrada en Cristo (Hechos 13:14-16; Romanos 1:3-7; Gálatas 2:7). Pablo no describe dos iglesias, sino un sólo cuerpo conviviente en Cristo, donde el anuncio del evangelio es encomendado según las audiencias, pero la comunión es universal.

A la Iglesia se le advierte acerca de la ira divina, que viene contra el pecado y la autosuficiencia humana (Romanos 2:5-6; 3:5-6), por lo cual es exhortada a huir del juicio que se libra mediante la obediencia a Cristo y la convivencia en la verdad del Reino (1 Tesalonicenses 4:16-17; 1 Corintios 7:29-31). Esa “huida de la ira” no es cobardía espiritual, sino discernimiento escatológico para preservar la comunidad en misión.

Pablo también narra tensiones internas, donde falsos hermanos inducen y espían la libertad del evangelio (Gálatas 2:4; 2:4). Sin embargo, esas crisis no anulan la naturaleza de la

Iglesia, sino que la purifican doctrinal y relacionamente para proteger su koinonía misional. Las cartas no ocultan que la Iglesia es perseguida (1 Tesalonicenses 2:13-16) y que sus raíces judías cargan el peso histórico de las promesas (Romanos 9:1-5). La persecución no destruye a la Iglesia, la persecución confirma su identidad eclesial, como cuerpo mesiánico no terrenal, sino espiritual y esperanzado.

La eclesiología paulina presenta a la Iglesia como el cuerpo de Cristo, donde la convivencia no es sociológica, sino coherencia orgánica y espiritual: *“si un miembro padece, todos padecen”* (1 Corintios 12:12-27). Además, es un cuerpo justificado por la fe y reconciliado por gracia (Romanos 5:1). Aunque hay reconocimiento de líderes (Gálatas 2:9-12), su autoridad es funcional y misionera, no absolutista. Las columnas sostienen la comunión, no la reemplazan.

Esta Iglesia que convive bajo Cristo es también la Iglesia que espera la parusía, παρουσία: segunda venida de Jesucristo (1 Tesalonicenses 4:16; 2 Tesalonicenses 2:1-2), vive en esperanza matrimonial con Cristo como Esposo (Efesios 5:22-23), pero no desde categorías terrenales de jerarquía humana, sino como vínculo mesiánico de amor y comunión.

Los Principios eclesiológicos y koinónicos del Apocalipsis enseña que la Iglesia no es dueña del Reino, sino es invitada a Cristo por él mismo: *“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”* (Apocalipsis 3:20). No decide sin escuchar, sino que discierne obedeciendo al Espíritu: *“oiga lo que el Espíritu dice...”*,

Apocalipsis 2-3). No es terrenal en su identidad, es espiritual en su destino (Apocalipsis 21-22; 1 Corintios 15:50). No es uniformidad cultural, es convivencia multi pueblo en Cristo (Apocalipsis 7:9-10). No es jerarquía institucional, es realeza delegada del Cordero (Apocalipsis 1:5-6; 5:9-10). No es derrota por persecución, es victoria por coherencia en Cristo (Apocalipsis 12:11; 19:7-9; 22:5). Las cartas de Pablo consolidan la doctrina para sostener la convivencia mesiánica del cuerpo; Apocalipsis la confirma para sostener la perseverancia del cuerpo.

La Iglesia no es descrita como una institución terrenal que domina, sino como una comunidad espiritual que discierne convivir bajo Cristo, escucha al Espíritu, resiste la ira del pecado, soporta la persecución sin perder identidad, se reconoce como un solo cuerpo de judíos y gentiles, y finalmente triunfa en la gloria del Cordero, reinando con Él en coherencia eterna. La señal de Jesús en el mundo no es una estructura institucional, es una Iglesia que convive, discierne, resiste, obedece y triunfa bajo el gobierno del Cordero. Esa es la victoria escatológica de la koinonía cristiana.

Iglesia formada por judíos y gentiles (Hechos 13:14-16; Romanos 1:3-7; Gálatas 2:7), huyen de la ira divina (Romanos 2:5; 3:5-6), son inducidos (Gálatas 2:4) y perseguidos (1 Tesalónica 2:13-16; Romanos 9:1-5). Cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:12-27), justificados (Romanos 5:1), parusía (2 Tesalonicenses 2:1-2), figura matrimonial (Efesios 5:22-23, jerárquica (Gálatas 2:9-12), fin inmediato (1 Tesalonicenses 4:16; 1 Corintios 7:29) al reino y gloria (1 Tesalonicenses 2:12), espiritual, no es terrenal (1 Corintios 15:50) y si victoriosa (1 Corintios 15:55).

6. Originalidad paulina

En las cartas y el libro del Apocalipsis, Pablo aparece como una voz original, fundacional y relacional, cuya contribución más distintiva no es la creación de un sistema doctrinal autónomo, sino la incidencia del encuentro con Jesús que reorganiza la convivencia del cuerpo mesiánico. Pablo no es un teólogo de la comunión, llamado a unir pueblos, resignificar la ley y producir coherencia espiritual en Cristo.

El origen de la doctrina paulina es el encuentro divino, no la imitación humana. Pablo afirma haber recibido el evangelio por revelación directa de Jesucristo, no de tradición humana (Gálatas 1:12; 1:12). Su enseñanza nace del encuentro con el Resucitado, que incide en su misión y lo impulsa a integrar a otros a esa misma comunión, no a sustituirla. La koinonía en Pablo es cristológica y pneumatológica a la vez, que son dos pilares convivientes (Gálatas 2:20). La idea es vivir *“en el Espíritu”*, pues si *“si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él”* (Romanos 8:9). En Pablo, Cristo y el Espíritu no compiten; conviven como fundamento de la comunión del cuerpo. Judíos y gentiles comparten una misma condición y esperanza: Todos han pecado y

están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23). El perdón y la salvación se reciben por creer en Cristo (Romanos 3:25). La salvación es universal porque la comunión también lo es, pues todos entran por la fe compartida en Cristo.

La ley no es abolida, sino discernida para la convivencia universal. Pablo declara que quienes pecan sin ley, sin ley perecen, y quienes pecan bajo la ley, por la ley son juzgados (Romanos 2:12-16). Con ello muestra que la ley sigue siendo criterio ético, pero no frontera de comunión. No se renuncia a la ley, sino que se renuncia a su uso divisorio. Pablo encarna y enseña la convivencia de dos circuncisiones complementarias: Circuncisión física, practicada también por Pablo por discernimiento misional, no por imposición doctrinal (Hechos 16:3; 1 Corintios 7:18-19). Circuncisión del corazón, que permite convivir espiritualmente a judíos y gentiles sin absorber su identidad (Romanos 2:29; Colosenses 2:11-12). La originalidad paulina consiste en mostrar que judaísmo y gentilidad no son bloques rivales, sino identidades llamadas a convivir bajo Cristo, mediante la transformación del corazón. Pablo enseña que la promesa a Abraham alcanza a los incircuncisos que creen, y también a los circuncisos que creen, para que Abraham sea padre de todos los creyentes (Romanos 4:9-12, 18-21). La victoria doctrinal paulina, es hacer convivir a todos como descendencia reconciliada del Mesías en la fe de Abraham.

El Apocalipsis culmina lo que Pablo comenzó a enseñar: Un pueblo de toda tribu, lengua y nación, unido bajo el Cordero (Apocalipsis 7:9-10). Cristo como Príncipe de reyes que hace a la Iglesia realeza sacerdotal (Apocalipsis 1:5-6). Las

bodas del Cordero son figura matrimonial mesiánica, no institucionalista (Apocalipsis 19:7-9). Dios morando con la humanidad como convivencia eterna (Apocalipsis 21:3-4). La koinonía del Apocalipsis confirma el principio paulino: *todos son uno en Cristo bajo el Cordero, en convivencia universal y victoriosa*.

La originalidad de Pablo no es crear una doctrina paralela, sino producir comunión paralela a la misión: una koinonía que nace del encuentro con Jesús y convive en el Espíritu, incorpora identidades sin anularlas, resignifica la ley para unir y no para excluir, y una pueblos para que todos convivan como familia mesiánica y herederos de la promesa abrahámica, hasta que esa comunión triunfe en la gloria del Cordero. Pablo no uniforma la Iglesia, la reconcilia. No domina, integra. No sustituye la ley, la discierne para convivir. No absorbe identidades, las incorpora. Su victoria no es el “paulinismo”, sino la comunión mesiánica que hace visible a Jesús en el mundo y en la historia.

Llamado por Jesucristo (Gálatas 1:12). Vivir en el Espíritu (Romanos 8:9; Gálatas 2:20). Judíos y gentiles reciben el perdón (Romanos 3:23) y se salvan por creer en Jesucristo (Romanos 3:25), sin renunciar a la ley (Romanos 2:12-16) de la circuncisión física (Hechos 16:3; 1 Corintios 7:18-19) y circuncisión de corazón para gentiles (Colosenses 2:11-12; Romanos 2:29). La idea es Judaizar a los gentiles (1 Corintios 7:19) y gentilizar a los judíos (Romanos 3:30), para que se cumpla la promesa a abrahámica (Romanos 4:9-12, 18-21).

Conclusiones

La misión de la Iglesia es formativa antes que programática.

El mandato de Jesús: *“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”* (Mateo 28:19–20), revela que la misión no comienza con la acción, sino con la proclamación (*kerigma*), la enseñanza (*didaskalia*) y la predicación que impulsa a la obediencia (*kerysso*). Un pueblo no puede ser enviado a transformar lo que primero no ha comprendido y abrazado.

Los dones del Espíritu (*karisma*) no son un complemento del ministerio, sino su activación. En la visión wesleyana, el movimiento del Espíritu no sólo inspira la fe, sino que equipa, direcciona y habilita a la Iglesia para cumplir la *Missio Dei*. Los dones no existen para la autopromoción eclesial, sino para el servicio misional y la edificación del cuerpo de Cristo.

El servicio (*diakonia*) es la credibilidad encarnada del Evangelio en la comunidad que circundan la comunidad de fe. No hay

misión auténtica sin acción visible. Marcos presenta el servicio como ministerio concreto, cercano y práctico. La Iglesia no sólo anuncia el Reino: lo hace tangible en el alivio del sufrimiento, la justicia social y la compasión activa, convirtiendo el mensaje en puente entre fe y comunidad.

La comunión (*koinonía*) es el ecosistema donde la misión se sostiene en el lugar concreto y en el tiempo real, en una comunidad avivada por el Espíritu. Las cartas del Nuevo Testamento y el Apocalipsis muestran que la unidad no es uniformidad, sino coherencia espiritual. La misión perdura cuando la Iglesia es comunidad reconciliada, organizada desde el amor, el cuidado mutuo y la colaboración, no desde la competencia.

Discernir es un acto de fidelidad, no de control. Medir la vida misional no contradice la fe. La Iglesia es llamada a examinarse (2 Corintios 13:5), cuidar su enseñanza (1 Timoteo 4:16), reconocer su fruto (Mateo 7:17) y revisar su fidelidad misional (Apocalipsis 2-3). Por tanto, evaluar no es burocratizar al Espíritu Santo, sino obedecer el patrón bíblico que Cristo entregó a su Iglesia para el desempeño de la misión.

El Hexagrama Misional revela que el fruto de la misión es la Iglesia misma en movimiento. Las seis dimensiones no son fases aisladas, sino fuerzas convergentes que producen una séptima realidad: la Iglesia enviada, renovada y continuamente reformada por Cristo. No es la misión la que nace de la Iglesia; es la Iglesia la que nace de Dios que envía.

La misión integral produce discípulos integrales. La insistencia, resistencia y persistencia de quienes responden al llamado

misional, demuestran que la eficacia no es un valor secular ajeno a la fe, sino el resultado natural de un pueblo que vive la misión con propósito, carácter y esperanza.

La originalidad paulina confirma que la misión es inclusión reconciliadora de toda la humanidad y no de un pueblo exclusivo. La salvación de los gentiles y la restauración futura de Israel, muestran que la misión es también puente de convivencia en el cuerpo mesiánico, donde la fe une sin anular, y el perdón reconcilia sin exigir asimilación cultural.

La misionalidad trasciende el templo y se despliega en el lenguaje del mundo en lugares concretos y tiempos medibles. Un medio digital, cuando nace de criterios misionales, no sustituye a la Iglesia, puesto que la iglesia tangible extiende su voz, multiplica su alcance y democratiza el acceso a la formación bíblica, convocando a las nuevas generaciones con hambre de sentido, transformación y propósito.

Cerrar el ciclo es honrar el envío. La misión será siempre continua, pero su comprensión debe ser completa. Integrar las seis dimensiones en un sólo marco es afirmar que la Iglesia es anunciada, enseñada, empoderada, servidora, unida y enviada, hasta que Cristo sea todo en todos (plērōma, πληρόω).

Operatividad Instrumental

1. Naturaleza del instrumento

El Hexagrama Misional es un **instrumento de diagnóstico ministerial**, que operacionaliza seis dimensiones esenciales de la misión cristiana, *Kerigma*, *Didaskalia*, *Kerysso*, *Karisma*, *Diakonía* y *Koinonía*, permitiendo medir tendencias, fortalezas, deficiencias y patrones de énfasis en comunidades de fe.

2. Variables analizadas

Cada dimensión se define como una **variable independiente** dentro del marco de evaluación:

1. *Kerigma: anuncio del evangelio afuera de la comunidad*
2. *Didaskalia: formación doctrinal y pedagógica de los creyentes*
3. *Kerysso: proclamación pública con autoridad espiritual*
4. *Karisma: ejercicio y desarrollo de dones espirituales*
5. *Diakonía: acción social y servicio hacia el prójimo*

6. *Koinonía*: vida comunitaria y vínculos relacionales

Cada variable se observa mediante indicadores específicos y medibles.

3. Indicadores observables (ejemplo)

Aquí una muestra representativa de las variables, que a la vez se pueden ampliar:

1. ***Kerigma***: invitación a nuevos oyentes, testimonios, lenguaje evangelístico
2. ***Didaskalia***: estructura educativa, claridad doctrinal, discipulado progresivo
3. ***Kerysso***: claridad comunicativa, unción espiritual, relevancia contextual
4. ***Karisma***: identificación de dones, participación ministerial, diversidad funcional
5. ***Diaconía***: ayuda concreta, incidencia social, colaboración comunitaria
6. ***Koinonía***: confianza relacional, resolución de conflictos, sentido de pertenencia

4. Escala de medición

Cada indicador se califica con una escala Likert de 1 a 5:

- 1 – *Muy débil*
- 2 – *Débil*
- 3 – *Funcional*
- 4 – *Fuerte*
- 5 – *Muy fuerte*

Esto permite **cuantificar percepciones y prácticas** en forma estadística y comparable.

5. Interpretación de resultados

Cuando una dimensión presenta calificaciones bajas: *“Donde estas respuestas revelan debilidad, esa dimensión necesita renovarse”*. Cuando una dimensión muestra fuerza: *“Donde muestran fortaleza, la iglesia está funcionando con gracia en esa expresión de la misión”*.

El análisis debe considerar:

- *sesgos de percepción*
- *diferencias generacionales*
- *contexto sociocultural*
- *historia congregacional*

6. Resultado esperado

El resultado final es un **perfil misional** de la iglesia, expresado visualmente como:

- *gráfico hexafactorial*
- *radar chart misional*
- *distribución porcentual por dimensión*

Esto permite construir un **plan estratégico de misión**, fundamentado en datos reales y no en intuiciones o impresiones subjetivas.

7. Conclusión técnica

El Hexagrama Misional es un instrumento de evaluación cualitativo-cuantitativo, validable en múltiples contextos eclesiales, cuyo propósito es orientar la toma de decisiones pastorales, fortalecer las áreas descuidadas y consolidar la misión integral confiada por Cristo a su Iglesia.

La misión nace de Dios que envía (*Missio Dei*), no de iniciativas humanas.

La Iglesia no es el origen de la misión, sino su resultado: es formada y enviada por Cristo y guiada por el Espíritu.

El Evangelio forma antes de enviar.

Kerigma, *Didaskalia* y *Kerysso* revelan que el anuncio, la enseñanza y la predicación son fundamentos que educan la fe y generan obediencia misional.

El Espíritu equipa la misión.

Karisma es activación de los dones del Espíritu para edificar y movilizar a la Iglesia hacia el servicio del Reino, no hacia el protagonismo institucional.

El servicio encarna la verdad proclamada.

Diakonía es la credibilidad práctica del Evangelio: justicia, compasión y acción concreta que conectan la fe con la transformación social.

La comunión sostiene el envío.

Koinonía no es sólo convivencia, sino unidad espiritual organizada desde el amor, el cuidado mutuo y la colaboración del cuerpo de Cristo.

Discernir y evaluar la misión es un acto de fidelidad.

Medir espiritualmente no es controlar, sino examinar fruto, enseñanza y obediencia a Cristo, identificando lo que Él desea renovar en su Iglesia.

Cuestionario - evaluación del hexagrama misional

Instrucciones:

Por favor, marque con una X o círculo la opción que considere correcta para cada afirmación: 1 = Muy débil | 2 = Débil | 3 = Funcional | 4 = Fuerte | 5 = Muy fuerte

A. KERIGMA — Anuncio del evangelio

1. Frecuencia del anuncio del evangelio a personas nuevas
☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5
2. Claridad del mensaje evangelístico
☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5
3. Invitación intencional a nuevos oyentes / visitas
☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5
4. Testimonios públicos y personales de fe
☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

B. DIDASKALIA — Enseñanza y formación

1. Estructura de enseñanza bíblica

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

2. Claridad doctrinal y fidelidad bíblica

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

3. Discipulado progresivo (aprendiz → servidor → líder)

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

4. Evaluación continua del aprendizaje en la comunidad

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

C. KERYSSO — Predicación

1. Claridad y estructura de la predicación

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

2. Relevancia contextual del mensaje

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

3. Sensibilidad al Espíritu Santo

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

4. Aplicación práctica para la vida diaria

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

D. KARISMA — Dones y ministerios

1. Identificación y reconocimiento de dones

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

2. Oportunidades para ejercer los dones

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

3. Diversidad de ministerios en la iglesia

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

4. Formación y mentoría ministerial

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

E. DIACONÍA — Servicio y acción social

1. Sensibilidad a las necesidades del prójimo

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

2. Proyectos de ayuda concreta y sostenida

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

3. Impacto social visible en la comunidad

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

4. Participación activa de la congregación en el servicio

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

F. KOINONÍA – Comunidad y relaciones

1. Nivel de confianza relacional

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

2. Resolución de conflictos

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

3. Integración de nuevos miembros

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

4. Sentido de pertenencia y familia en la iglesia

☐ 1 ☐ 2 ☐ 3 ☐ 4 ☐ 5

COMENTARIOS ABIERTOS (opcional)

¿En qué área sientes que la iglesia necesita crecer?

.....
.....

¿Qué fortalezas destacarías de la iglesia?

.....
.....

DATOS (opcional y anónimo)

Edad: ____ Tiempo en la iglesia: ____ años

¿Tiene un ministerio activo?

☐ Sí ☐ No

HEXAGRAMA MISIONAL



La misión no es un destino que se alcanza, sino un horizonte que nos alcanza a nosotros.

Cuando la Iglesia escucha a Cristo, aprende de la Escritura, sirve desde el Espíritu y camina en comunión, entonces descubre su forma más pura: ser un pueblo siempre enviado, siempre renovado, siempre en movimiento hacia Dios.

El Hexagrama Misional de las Seis Dimensiones de la Misión, no pretende sustituir los planes denominacionales existentes. Sino que ofrece un marco teológico y formativo, que ayude a iglesias y líderes a comprender, evaluar y vivir de manera integral los énfasis misionales, que la Iglesia ya ha discernido, para su ministerio, en el lugar donde Cristo la ha enviado.